



Nelson Ferreyra

Entre
Banfield
y ya

EDICIONES INDEPENDIENTES RUBÉN SADA

Nelson Ferreyra

Entre
Banfield
y ya

EDICIONES INDEPENDIENTES RUBÉN SADA

Ferreyra, Nelson Oscar

Entre Banfield y yo / Nelson Oscar Ferreyra. —1a ed. —Quilmes :

Ediciones Independientes Rubén Sada, 2018.

186 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-704-165-1

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Comunicación con el autor: ferreyra_nelson@yahoo.com.ar

Instagram@ene_ferre

© Ediciones Independientes Rubén Sada, 2018.

<https://edicionesindependientesrubensada.blogspot.com.ar/>

(Tel +54-11-4224-5134)

Rep. del Líbano 1980. (1879) Quilmes Oeste.

Prov de Buenos Aires, Argentina. Libro de edición argentina.

Hecho el depósito que establece la Ley 11723

PRÓLOGO

Cuando me mudé a Banfield estuve asustado. Era el inicio de una nueva vida, el punto de partida de vivencias hasta ese momento impensadas para mí. Corría el año 1994 y Gaby me daría el primer mejor regalo de la vida: Agustina. Un largo rato después vendría mi segundo gran obsequio: Manuel.

Amor y mucha esperanza era lo único que tenía para ofrecer por aquellos años. El trabajo lo trajo bajo el brazo Agustina, las responsabilidades también.

Cuando me mudé a Banfield, no lo conocía. Llegué a la casa de la calle Segunda Pirovano de casualidad. Una diminuta casa, con una sola habitación, un baño triste con una puerta bajita; un ciruelo y Lorena, mi primer perra.

Al pisar Banfield, los libros eran de otros e Ingeniería no estaba en mis planes.

Banfield me aceptó, me cobijó, me ayudó a forjar una familia y crecer, pero sobre todo a creer.

Entre Banfield y yo es una manera de agradecer todo lo bueno que llevo vivido acá. Este libro es mi esposa e hijos, mis amigos, la familia en Navidad, los asados, es la misa previa a cada partido del Taladro, la gente, los árboles y las casas con tejas.

Entre Banfield y yo es ese secreto que existe entre dos grandes amigos. Son todas las cosas que viví en ese espacio de tiempo que existe entre mi llegada al barrio y hoy. Es un pacto irrompible.

Siempre me costó superar la timidez y el pudor. Escribir es una forma de derribar esa barrera. Entonces, en este, mi primer libro y cómo dice Dárgelos: “Todas esas palabras que de pudor no saben, hablan por mí”.

Nelson Ferreyra.

BIOGRAFÍA NO AUTORIZADA

DEL AUTOR DE “ENTRE BANFIELD Y YO”

Nacido en abril de 1969 bajo el nombre de Nelsao Ferreyra Aldunate, Nelson Ferreyra dio sus primeros pasos en la literatura casi al mismo tiempo que comenzaba a caminar. Sus padres contrataron una mujer sólo para que cambiara sus pañales, hiciera su comida y le leyera cuentos. De esta forma se crió en la frontera de Chaco y Corrientes, entre chamamés y libros.

Brillante ejecutor del acordeón y estudiante excepcional de sus secretos, llega a tocar con Los de Imaguará en la fiesta del Chanco Jabalí en la Isla del Cerrito, en Corrientes.

A los 15 años, cursando su tercer año de bachillerato, escribe su primer cuento, titulado “No me ayuda el acné” donde describe con lujos de detalles los avatares de un primer amor, en principio, no correspondido.

Terminando su paso por la escuela secundaria, en pleno desequilibrio hormonal e inspirado en la leyenda del Pomberito (duende nortño), escribe un libro nunca publicado cuyo título final fue “Con la P de... Pomberito”. Dicha obra sufrió varias veces modificaciones de título, de acuerdo con los temas en ella tratados. Se presume que llegó a tener 25 títulos, siendo los más relevantes: “Hay fiesta durante la siesta”; en esta obra, el autor claramente pone énfasis en el horario en que el pombero sale a recorrer el rancherío. “Misma altura que largo” es otro de los títulos, donde el Pomberito, hablando en primera persona, analiza profundamente su sombra. Pero el título más sugestivo es “Un polvo en tu rancho”, donde Nelson hace una descripción casi pictórica de una tarde de

verano; por efecto de la tierra seca y el viento norte, todo se envuelve en la polvareda y además muestra al duende parado en ferviente diálogo con una joven paisana.

Posteriormente Ferreyra Aldunate se inscribe en la Facultad de Derecho en Resistencia, Chaco, donde finalmente abandona la carrera en tercer año. Según él mismo cuenta, decide dejar esa casa de estudios luego de una gran decepción, ya que su mentor (un eximio leguleyo de la ciudad de Barberán) es descubierto en asociación ilícita por trata de blancas y menores desde Paraguay a Buenos Aires.

Ya entrado a los veintitantos años escribe el gran cuento futbolístico “Soy el gordo que va al arco”, mofándose de su estado físico y de su capacidad para jugar diestramente a ese deporte.

La primer novela que se le conoce y con la que empieza a ganar adeptos y acérrimos enemigos es publicada en 1995. El título de la obra “Lo sagrado de la vaca no es la carne”, deja entrever su *leit motiv*. Describe en ella los negociados del sindicato de la carne en su provincia y puede leerse a un Ferreyra Aldunate reaccionario, motivado tal vez por la escasez del alimento y lo elevado de su precio. A raíz de esto, luego de encontrar una lengua del cuadrúpedo rumiante colgada del timbre de su departamento, decide mudarse a Buenos Aires y aún así debe cambiar continuamente de domicilio.

Ya instalado en la urbe porteña se inscribe en la facultad de letras, donde comienza a dictar clases de semiología como Ayudante de Cátedra. Al mismo tiempo ingresa a un taller de música, donde elige el bajo como instrumento de estudio.

Al momento de finalizar su carrera universitaria tiene terminada su nueva obra literaria llamada “El bajo y el acordeón no son santos”, donde claramente explica virtudes y defectos

de estos instrumentos. Cita en su libro a celebridades tales como el Chango Spasiuk y Diego Arnedo, relacionándolos con cierta secta demoníaca y algún tipo de pacto con Luzbel. A raíz de este libro y su repercusión, es convocado a formar parte de un nuevo disco de Divididos, invitación que rechaza debido a que no acepta que Mollo sea la voz cantante, pidiendo ocupar su lugar.

Entre 1996 y 1999 escribe una saga de tres cuentos cortos, llamados: “Alabado sea el ceño” donde, a lo largo de la obra, describe cómo el ceño fruncido, o no, de una dama puede revelar, o no, sus más profundos deseos carnales. “Buenos Aires, partuza eterna” deja ver a un Ferreyra envuelto en fiestas y orgías varias.

Sin duda alguna “Todos unidos escribiremos” es el libro que traza la línea de su época de docente. Se dice que esta saga fue escrita en tres días corridos y, dada la mala economía por la que atravesaba el autor, fue vendida de antemano a la editorial Kapeluz. Estos cuentos perfectamente hilvanados unos con otros tuvieron un éxito mediano.

Ya por el año 2000 y siendo un escritor amado por pocos, odiado por una gran mayoría, pero nunca intrascendente, edita su octavo libro, al que titula “Siete, lindo número” en el cual describe su gusto por la lotería y los juegos de azar, aunque algunos allegados al talentoso escritor arguyen que se trata de una obra dedicada enteramente a la baja espalda de su novia de época. Frases del tipo “duraznito carnoso” “lomo a la parrilla” y “medallón de carne” llevan al lector a pensar en esta segunda opción.

Se desconoce el porqué de su reclusión entre 2001 y 2007. Algunos adujeron que se debió al exceso de sexo, alcohol en sangre y una posible iniciación en las drogas.

Otros dijeron que dicho alejamiento de la sociedad era a causa de encontrarse escribiendo su obra maestra, (la cual al momento no ha sido editada) de la que lleva escritos alrededor de trescientos capítulos.

En marzo de 2008 sacude el mercado de la literatura con una novela profunda titulada “Miente esa balanza, esto no es panza” donde puede verse al gran escritor dejarse llevar por la angustia debido al paso del tiempo, las canas y su protuberancia estomacal.

En 2009 se toma un año sabático. Decide adentrarse en el Amazonas en busca de tranquilidad y quizás como forma de posible inspiración para escribir nuevos libros.

Ya en el año 2010, escribe hasta aquí su última obra literaria, titulada “He vuelto en vuelto”. Obra de difícil análisis y entendimiento ya que relata su retorno a Argentina con apenas el sobrante del pago de una caipirinha.

Definitivamente un autor como Nelsao Ferreyra Aldunate ha adquirido una magnitud tal que merece tener una página aparte en esta rama del arte, ya que enriquece el género.

Escritores como el descripto, no hacen más que enaltecer la literatura de estas latitudes. Asimismo, se lo puede incorporar a la vasta lista de autores de la talla de Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Belén Francese, Titi y Benedetto y, por qué no, del benemérito Jacobo Winograd.

JULIO de 2010.

BANFIELD CAMPEÓN

Es domingo, el sol asoma tímido entre unas nubes que amenazan con tirar toda su artillería líquida sobre esta parte de Buenos Aires, estoy al sur, en Banfield, pueblo, alma y vida de un sueño que me prohibió dormir bien la noche anterior. Son las nueve de la mañana y al fin nos juntamos con los pibes, tomamos las armas en nuestras manos, bandera, bufanda, gorro, y entradas y partimos a otra parte del sur, allá por el barrio de Quilmes. El viaje se comparte entre ansiedad, chistes forzados y ganas de gritar toda la felicidad junta. Ganas de dejar todo en la cancha, aunque estemos bastante lejos del verde césped, verde como la esperanza.

Al fin llegamos, entre policías y falsos cuidacoches nos metemos en la boca de una calle que lleva al lugar indicado. Se siente en el ambiente la misma ansiedad y nerviosismo que se apoderó de mí y de mis amigos desde hace un rato. Pasamos de la seguridad del campeonato ganado de antemano a: «¿*Mirá si meten un gol?*»

Escalamos la tribuna, nos miramos, fumamos, hablamos sin escuchar, el tiempo se clavó y no llega más la hora de definición. Al fin las once indican que ya estamos a 90 minutos de la gloria o de la tristeza. Algunos cantan, otros fuman, todos miramos. Los ojos bien abiertos y el corazón que sale del pecho.

Van 15 y se escucha el primer alarido: «*Penaaaaa!*». Miro al cielo y me tensiono, veo que la redonda acaricia la red y la garganta, el corazón, el alma y los sueños se apoderan de todos: «¡*Gooolll!*» 1 a 0 estamos más tranquilos, pero falta mucho... Sigue la bola dando mil vueltas y en un descuido, centro cervecero y a cobrar 1 a 1, sufrir de nuevo. «¿*Por qué carajo*

tenemos que sufrir tanto?» Escucho reflexionar a alguien y lo comparto.

Banfield va, toca, toca, toca y de repente con el cordón del botín derecho, el Gato goleador, el Gato devoto de la Virgen de Luján saca de mí un grito, mezcla de aullido y rabia: 2 a 1 arriba, pero...falta mucho.

Los cigarrillos parecen de chocolate, pasan uno tras otro y firmaría mi despido del laburo por que terminara el partido, un centro perdido, una carga al arquero no cobrada y una máquina que grita parda. Esa misma máquina no funciona más después de eso, y deja con uno menos a la fábrica de Quilmes 2 a 2 y final de un primer tiempo para el infarto.

Arranca el segundo y la señal de la cruz vuelve a salir de mis manos; pasa el tiempo y pareciera que estamos en un gran museo, todos quietos, todos callados, locales y visitantes por primera vez comparten ese sentimiento que es el silencio. El tiempo pasa y pasa, no nos llegan, no lastiman, contraataque albiverde, 30 minutos, foul al “gordo pelado que ni corre”, centro a la olla, paga un arquero que salió a ver si había sol y por atrás de todo desde “el río”, desde el alma, llega un cabezazo, no importa quién, ni cuándo, ni cómo, entró y con eso alcanza, después veremos quién fue. Salto, grito, puteo, saco bronca y emoción, ahora sí, no se puede escapar y menos con una cervecería sin todos los empleados. Al faltar un obrero no es lo mismo, serán las excusas, pero, chito, lola, calenchu....van cuarenta y nada parece cambiar la historia, sólo ésta, la última jugada: contragolpe mortal, otra vez desde el río llega un centro que el gordo pelado y sin piernas baja como si se equivocara, “*tomá, hacelo vos*”. El Yagui solo, de frente al arco, sin el apoyo de su compañero Scoobie, le pega con un mortero, clava el cuarto, no veo entrar el balón, pero escucho el rugido de todas las gargantas en una, me

tiro arriba de todos y me importa poco lo que sigue, estamos en primera, nadie nos saca de ahí, estamos en el fútbol grande, estamos donde siempre debimos estar. Asquerosa alegría.

El domingo se quiere ir a dormir y yo me resisto a que el día pase. Me entero que en el barrio porteño de la Boca un equipo del sur volvía a Primera B, el deportivo La Cordillera, volvía a la B, si algún condimento le faltaba a este día era ese... ¡felicidad completa!

*“Y ya lo vas a ver,
y ya lo vas a ver,
al Taladro jugando en primera
y a Los Andes jugando en la B...”*

20/05/2001.

UN RAMONE SUELTO EN BANFIELD

Yo era nuevo acá, en esta ciudad, en este pueblo. Llegaba desde una ciudad distinta, casi sin árboles, casi sin ciudad. Grandes palomares. Edificios magros y conventilleros. Una copia fiel de Fuerte Apache.

Pantalones negros y remera “ramonera”, era mi juvenil uniforme en aquel barrio y por un tiempo también lo sería acá en Banfield. Veinticinco años. Rockero.

En mi llegada a Banfield me llamaron la atención algunas cosas de las que al poco tiempo estaría enamorado: la feria, la placita, la cancha, los árboles, la gente... No sería lo único, ya que Él sería para mí, la mayor atracción de la zona.

Douglas Glenn Colvin (Dee Dee Ramone) nació allá por 1951 y durante cuarenta y tantos años fue un tipo raro, a veces bueno, a veces “malo”. La bipolaridad lo transmutaba; ahora un tipo apacible, bonachón, músico prolífico: ahora irónico y temperamental. Inestable.

Su infancia en Alemania lo llevó a jugar entre las cenizas de postguerra con restos de armamentos y cascos de soldados mutilados en batallas que dejaban tendales de fantasmas. Aprendió a tocar la guitarra casi al mismo tiempo que conoció las drogas, diferentes todas, pero útiles a un mismo fin: salir de ese estado de depresión irreversible o euforia desmesurada. Así, mientras desgarraba la guitarra dejaba la escuela, la familia y luego de un largo, largo viaje se instalaba en Nueva York para crear a los Ramones. El nombre de la banda fue extraído de una frase de Paul McCartney

“*Uan, chu, tri, for*” ordenaba Dee Dee al mando de su bajo veloz y era suficiente para ponerle punk a mi vida de

pibe, para adornar con música a aquel Cementerio de animales de Stephen King que tanto miedo me diera en la pantalla grande.

¡Gabba Gabba Hey, Gabba Gabba Hey! El equipo de audio en mi habitación del segundo piso de torre monoblock a todo volumen reproducía toda la velocidad que mi vida de dieciséis, diecisiete años, me pedía. Era una manera de mostrarme diferente, yo no escuchaba la música del barrio y Los Ramones eran mi grito de guerra en esa ventana de vidrio con persiana verde que daba a un vacío dos pisos abajo donde la cumbia, la polca y el chamamé eran la banda de sonido de barrio pobre.

Ese grito junto con el “*Hey Ho let´s Go*” se pegoteaban en las paredes de mi habitación y daban vida a los posters y parecía que Joey y Dee Dee Ramone salían de ese cartón brillante para tocar y cantar en mi pieza. Tan jovencito yo, tan velozmente joven, tan Ramonero.

Y ahora en Banfield, recién llegado, con una beba hermosa, estrenando familia hermosa, y mis pantalones aun negros, aun rockeros y mi remera ramonera.

—¿Me da dos paquetes de fideos y una manteca? Don Luis miraba mi remera.

El almacén estaba frente a mi casa y el almacenero miraba mi remera y señalándola me preguntaba:

—¿Vos sabes quién vive acá a la vuelta? ¿Estás seguro que querés saber, pibe?

Mi mirada incrédula no entendía que Don Luis me decía: “Acá vive Ramón, un gringo que toca en esos rockeritos que tenés en la remera. Bochincheros”.

No entendía. Yo lo miraba y no entendía hasta que una pregunta nerviosa salió de mi boca:

—*Don Luis, ¿usted me habla de un Ramone, uno de los de verdad?* —Él rió, yo casi lloro.

—*Pintos. En Pintos casi la otra esquina* —dijo.

Fue suficiente para recorrer día tras día esas cuadras. Suficiente para iniciar mi búsqueda. No supe cuál era la casa hasta hace poco, nunca lo vi y anduve andando cuadras: una, dos, tres, cuatro... *uan, chu, tri, for...*

Pintos y Pirovano Segunda o Nicora es donde la primera se trunca con la segunda formando la T en el paredón del “Club de los ingleses o Club Lomas”. Ahí consulté a un vecino:

—*¿Usted sabe dónde vive Di, Di?*

—*¿Quién, pibe?*

—*Di Di, un rockero. Uno que no habla castellano. Vive en esta cuadra.*

—*No pibe, ni sé quién es ese que decís.*

Frustrante.

Quería ver a Dee Dee. Preguntarle cómo hizo para formar la legendaria banda, para ser parte de la revolución del año '77 y el Punk como bandera. Preguntarle cómo lo trataba el barrio, sobre todo esto me interesaba saber: cómo encajaba en el barrio. De Nueva York a Banfield, de la Quinta Avenida a Pintos y Pirovano, algo debe haber pasado para cambiar a la Gran Manzana por nuestro querido Banfield.

El motivo tenía nombre: Bárbara. Y lo que pasó fue amor. El amor de una piba de 16 años que conquistó a este músico de treintitantos años. El amor hizo que él se alojara en Banfield en la casa de la abuela de ella. Bárbara, su novia argentina, con la que además destrozaron la barrera del idioma. Ese idioma inglés del que yo tampoco tenía idea pero que sabía

era posible saltar con gestos y mímica para hablar con él en caso de tenerlo frente a mí.

Y caminé. Y recorrí. Y pregunté, pero no encontré ni a Dee Dee, ni a Bárbara, ni a su perro Ramón (el perro que tuvo en Banfield). Pero imaginé cada pisada de este cerebro musical de Los Ramones, recorrí cada baldosa imaginando su mal y su buen humor casi simultáneos.

Dicen que vivió también en Calzada, en La Plata, en Burzaco, dicen que tocó canciones de Ramones en una vereda con una criolla, pero a mí sólo me importa que estuvo en el mismo barrio del que yo me había hecho carne. Y entiendo que así como yo, él sintió algo particular por el barrio, algo por encima de los otros lugares donde anduvo, algo que lo distinguió y que lo llevó, ya en Estados Unidos, a bautizar a su perro con el nombre de nuestro pueblo: Banfield.

Dee Dee Ramone para el resto del mundo, o TiTi para nosotros, los de Pintos y Pirovano, los de Banfield.

Y quien lea esto verá que todo está quizás velozmente contado, tan veloz como fue mi vida a los 17 años.

EL DIEZ

—¡Goooool, gooollll, golazo! ¡Vamos Banfield carajo! ¡Y dale, y dale y dale Banfield, dale!

La mañana de aquel miércoles 6 de septiembre me sorprendió soñando; levantaba los brazos al cielo y agradeciendo, reía. La euforia inigualable del gol agónico llenaba los espacios de mi cara y mi garganta, al mismo tiempo que veía a la redonda gatear inmaculada, yéndose a dormir al fondo de la red, a la ratonera. De aquel lado, la popular visitante se paralizaba y los primos de Lanús bajaban la cabeza sin encontrar explicación. Todavía mi boca estaba llena de gol cuando el árbitro hacía sonar mi despertador. El agua caliente de la ducha terminaba por despabilarme sin lograr quitarme la sonrisa.

La rutina comenzaba otra vez, pero ese día era diferente porque necesitaba volver temprano a Banfield. El Diez era un motivo más que suficiente para volverme lo más rápido posible al barrio.

Salí a la calle: la feria en la esquina estaba semidesierta y el sol no llegaba a calentar mi cabeza húmeda. El viento a ráfagas me abrazaba y el frío en el nacimiento de septiembre, seguía intacto. En la estación Banfield un tren que venía de Glew me esperaba con sus puertas abiertas. Adentro todas las caras eran iguales: opacas, sin vida y me acompañarían hasta la estación Moreno de subtes.

Ya en el majestuoso edificio, el frío había quedado atrás y el calor fabricado me abrazaba. Como un autómatas saludé al personal de seguridad y alcancé a subir el ascensor un segundo antes que las puertas se cierran. Bajé en el piso dos, supe

que deberían pasar sólo nueve horas para el partido.

Nada era más importante que el Diez, que a las siete de la tarde me llenaría los ojos con su zurda endemoniada.

Una voz ronca, aún adormecida, me sacó de mi estado zen, mi jefe y una repentina reunión. Sus preguntas rebotaban en las paredes de la oficina en penumbras: *«Que qué pasó con la planilla presupuestaria. Que en qué quedó el análisis del ahorro energético. Que cómo estamos con los tiempos para hacer el simulacro de evacuación:»* ¿A vos te parece? Rompernos las pelotas con esa idiotez, ¡por favor, viejo...!”

Me fui a la calle, aunque estaba ahí sentado, escuchando como siempre, me había ido a través del ventanal. El clima allá abajo en la calle me llamó la atención. Si bien era un día de sol, el frío ponía su manto helado sobre todo. La gente a la distancia me daba indicios unívocos. Sonreí al ver a un hombre trabar pelea con el viento.

Salí de la oficina de Scarlotti casi una hora y media después. Llegando las once de la mañana, la suerte me hizo un guiño y mandó a Salcedo -un gran pelotudo- a mi escritorio. Un tipo petisón, regordete, con prolija barba candado y pelo eternamente grasoso. Salcedo es de los que te tira una soga con un adoquín en la otra punta cuando te estás ahogando.

Aproveché que el furibundo garca estaba a mi lado y empecé la primera jugada del día para poder tomarme el buque a las seis.

A voz en cuello, continuando con una conversación inexistente, le dije:

—*Tengo mi vida más allá de estas paredes. No quiero, ni pienso, quedarme a vivir acá adentro, y como dijo Perico, ¡a las seis yo me las pico!*

Miré directamente a la cara de Salcedo mientras habla-

ba, sabiendo lo que vendría. El petiso no tardó en recoger el guante sin siquiera preguntarse por qué le había dicho eso. Reconozco que me sorprendió su amplia franqueza cuando respondió:

—*Pero no, querido, acá nadie te va a obligar a quedarte. Nadie te vigila, son paranoias tuyas.*

Listo. Primer paso adentro.

Cuando esto pasa, digo, esto de tener que irme puntualmente a las seis, salgo con la frente alta mirando a todos. Me divierte ver cómo Salcedo se hace el gil y me relojea disimuladamente. Repite la acción dos veces, me mira y no puede dominar la idea de que me vaya puntualmente. En la última relojeada, su cara ya no lo soporta y se torna de un color rosa fuerte, las venas de la frente se le hinchan y transpira. Tiene que exorcizar, entonces, a los gritos escupe la pregunta: “¿*Laburás medio día hoy?*” o elige una más emotiva: “¿*Qué pasa? ¿Es tu aniversario?*” Su voz flota dejando el eco en el ambiente. En ese momento miro a Bartolomé Salcedo y no respondo, sólo sonrío. Levanto la diestra y la agito. Encojo cuatro de mis cinco dedos y lo saludo amablemente.

El punto es que ese miércoles debía irme a las seis de la tarde para estar en el sur como máximo a las siete. El Diez, sin habérmelo dicho, me esperaba.

Al mediodía almorcé un sanguchito de crudo y queso en el escritorio, lo bajé con agua y cuando estaba por darle duro al postre vigilante apareció el jefe de mi jefe: ¡Madre santa, Etcheguren! ¿No podía pasar diez minutos después? No. Debía pasar en el momento en que queso y dulce estaban siendo desenvueltos. Una leve inclinación de cabeza me sirvió como gesto de saludo.

—*Che, ¿qué haces comiendo ahí? ¿No salís?* —Si antes

no quise hablarle para evitar cualquier tipo de charla, ahora debía responder:

—*Pasa que hoy me tengo que ir a las seis en punto.*

Mientras mi boca recitaba una tras otra las letras de cada palabra, mi cabeza giraba en busca de testigos para asegurarme que una de esas extraordinarias reuniones de las seis menos cinco de la tarde no apareciera. Además, le daba una mano a Salcedo porque le evitaría complicaciones con sus contorsiones habituales.

Etcheguren, sonrió a medias, y mientras acomodaba su corbata de seda al cuello de la impecable camisa celeste replicaba:

—*Cualquiera que escuche diría que te tenemos preso, viejito.*

Sin dejar de desenvolver el paquete, contesté tranquilo, como cansado:

—*No es la idea, jefe.*

Mi objetivo de salir puntualmente era inamovible, me sobrecargué de trabajo para que el tiempo pasara rápido. Traté de no tener más de sesenta segundos libres y evité pensar cuánto quedaba para irme y, por fin, ver al Diez haciendo firoleto con la zurda.

Me levanté a buscar un vaso de agua, en el camino susurré algo al oído a Jazmín: Morocha, ojos color azabache, veintisiete años, ¡una diosa! Era casi imposible no mirarla, y mucho menos dejar de decirle algo. Para colmo de males —o gracias a Dios —Jazmín labura a tres escritorios del mío y está más buena que comer un Sugus de menta. Ese día le susurré: “El frío de la tarde pierde por goleada contra el calor que vos desprende”. Retrocedí sobre lo dicho y me creí gracioso, instantáneamente una sonrisita avergonzada se escapó de mi boca

y me apené de mí mismo.

De regreso rodeé el ancho de la oficina evitando pasar nuevamente al lado de Jazmín. Si me preguntaba: “¿Por qué diste toda la vuelta?” respondería seguro: “Porque fui a buscar la impresión a la máquina de allá.

Miré de reojo a Jazmín y apuré el paso.

“Está tan buena” pensé, y me senté tranquilo, nadie se había apiolado de mis sigilosos movimientos.

Después de darme cuenta de mi ingreso a la edad de pre-
viejo verde, supuse terminado el día. Las seis de la tarde es-
taban al alcance de la mano. Ordené mi escritorio y miré la
hora: diecisiete y cincuenta y cinco. Estaba listo para salir
disparado en busca del Diez cuando la voz inconfundible de
mi jefe fue un cachetazo inesperado. Despacio, dejé todos los
papeles sobre el escritorio y giré sobre mi eje. No era cierto,
no me estaba pasando. ¿El plan? ¿Salcedo y Etcheguren? ¿La
comida en el escritorio? Todo se fue al reverendo carajo. Sin
decir nada, miré el reloj.

—*Fatorusso, ¿Ud. debía irse a las seis, no?* —lo escuché
hablando con Etcheguren. Levantó el brazo izquierdo y lo de-
tuvo cuando el reloj quedó frente a sus ojos. Siguió diciendo:

—*Entonces métale y venga m´hijo, quedan tres minu-
tos para las seis. Sólo es una pregunta, me responde y se va
silbando bajito.*

¿Qué será lo que este tipo quiere preguntarme? No lo
imaginaba, pero no tenía alternativa, debía ir a su oficina.
Salcedo reía. Resignado, pensé en el Diez y ese abrazo trans-
pirado que me daría más tarde, cuando terminara el partido
y festejáramos la victoria.

—*Diga.* —Se notaba claramente mi fastidio. Mi espalda
se apoyó contra la puerta.

—*Ud. diga, Fatorusso.*

Mi cara de asombro fue indisimulable. Agregó:

—*Voy a ir al grano, m´hijo ya que, como sabemos, hoy es un día de puntualidades.* —Prendió la luz de su velador de escritorio, acomodó sus anteojos y arremetió:

—*Vea, ¿Ud. no está interesado más allá de lo laboral en Jazmín, verdad? Discúlpeme la pregunta* —y mientras hablaba, su mano se paseaba por la cabeza semicalva, prolijamente peinada.

—*Sucede que esta tarde lo vi husmeando por su escritorio y bue, ¿Usted me entiende, no?*

Afortunadamente dudé la respuesta. Quería decirle: «*Redomado viejo verde ¿quién te pensás que soy?*» Pero fui políticamente correcto y dije:

—*Pero no, señor, ¿cómo se le ocurre? Somos circunstanciales compañeros de trabajo.*

Él, claramente había tomado a Jazmín como parte de su jardín y no estaba dispuesto a ver a algún otro jardinero cerca. Para no dilatar la cosa, apresuré la pregunta unida a la despedida:

—*¿Es todo? Hasta mañana.*

Distinguí un alivio en su sonrisa. Dijo:

—*Ojalá llegue a tiempo para lo que debe hacer. Hasta mañana.*

Salí sin saludar al resto. El Diez, ese gran Diez, esperaba que estuviera al costado de la cancha, en Banfield.

Todavía no lograba salir de mi calentura cuando, con el sobretodo en la mano, pisé la vereda, que me recibió con un cachetazo helado. La calle Moreno, estaba en penumbras con la noche pisándonos los talones. Absolutamente todos apu-

rábamos el paso. Acaso ¿también debían ir a ver al Diez? Quizás cada cual tenía un Diez esperando. Caminé una cuadra y metros con el frío como amarga compañía, debía subirme al subte como fuera. Cada vez faltaba menos para las siete y si perdía ese subte que mostraba sus ojos amarillos a la distancia, había grandes chances de no llegar a tiempo. Encontré en el andén a un viejo amigo, quien adivinando mi expresión dijo *“hagamos algo, cuando abre la puerta te ponés adelante, te empujo y entramos”*.

Me lancé a la muchedumbre e inmediatamente fui despedido al andén por la marea humana. Bajaba gente. Me quedé pegado a la puerta para no perder posición. Subimos, pasaron las estaciones y llegamos a plaza Constitución. El tren a Ezeiza me esperaba con su panza hinchada de gente. Me acomodé como pude. Todo era soportable para llegar al final deseado. Nuevamente pensé en el Diez, seguro su zurda ya estaba pisando el verde césped.

¿Me estará buscando entre la gente? No, no creo, no sabía de mi promesa en voz baja. Además jugaba a las siete.

Me sacó de mis cavilaciones un tremendo olor a milanesa al que se agregó el olor a cerveza. Tenía que soportarlo, no había espacio y este era el tren que me permitiría llegar a ver al zurdo con la globa.

Cuando escuché el silbato lejano del guarda quise mirar la hora, pero para llevar la mano hasta la altura de mis ojos, tendría que pasar por toda la humanidad de una blonda señorita, que seguro no hubiera creído la historia del Diez y mi necesidad de ser puntual.

Otro pitazo lejano, doble esta vez y las puertas se cerraron.

—*¡Vamos carajo, llego!* —Dieciocho minutos de tren,

más tres de caminata, y estaría viendo el partido. Imaginaba su zurda pegándole de lleno y como en mi sueño, empujada por el grito de gol que salía desde mis tripas, veía la redonda yéndose a dormir allá abajo, al rincón.

Las puertas amagaron abrirse, con esos típicos movimientos de abre/cierra-cierra/abre: ¡psss! ¡psss! Deduje que a alguien se le quedó el bolso, o un talón, o la mochila afuera. Me acomodé. Un amague más y saldríamos. Las puertas hicieron un último “ppssss” y se abrieron. Ya no se cerraron más.

Primero fue un murmullo, luego un boca a boca veloz. Las palabras golpeaban fuerte en mis oídos. Tuve ganas de llorar, putear y cagarme a trompadas con cualquiera. El guarda pasaba por los vagones informando “Accidente en Avellaneda, no sale hasta nuevo aviso”.

Bajé la cabeza, acomodé la mochila, levanté la vista y pude ver el andén: desolación en todas las caras. Entre celulares y corridas, la información se ampliaba a cada paso: «Se tiró uno abajo del tren».

Hijo de mil puta, ¿no tenía otro horario para hacerse mierda? Atormentado, dejé salir el pensamiento de mis entrañas. Me sentí una basura, pero me sobreseyeron de cargo y culpa todos los que gritaron mi pensamiento a viva voz. Tuve un segundo de meditación: Yo, un egoísta que sólo pretendía llegar a una cancha a ver a un jugador de fútbol, no sólo no me lamentaba por el accidente sino que recontraputeaba por ese boludo que se amasijó ¡en plena hora pico!

—*Si es un accidente en serio, esperemos al menos que no se haya metido abajo del tren, sino, no nos vamos hasta las nueve o diez de la noche. Entre que llega el forense y todo eso...* —Al escuchar semejante hipótesis se me cayó una lágrima, jamás sabré si por la frialdad que todos tenemos a esa hora o por la impotencia de no llegar a tiempo a ver al Diez.

—*Si al menos se cayó a un costado*, —continuó diciendo la voz —*es mas fácil, porque el tren puede seguir*.

Más escuchaba, más me apenaba todo. No quise seguir oyendo.

—*Si tan sólo arrancara ahora llegaría corriendo a la cancha, todavía quedan quince minutos hasta las siete*. — La frase, se me plantaba en la cabeza. Entre tanta desazón e impotencia me encontré hablándole al tren: «Dale, salí, cerrá las puertas y salí». No pude evitar sentirme un idiota. Pensaba en el Diez y la angustia volvía a apoderarse de mí. ¿Qué le diría?:

«Perdón, no llegué porque a alguien se le dio por no vivir más». No entendería. Quizás podía decirle: «Te juro que la semana que viene voy y veo todo el partido». Pero... ¿quién me aseguraba que Scarlotti no me iba a hacer quedar hasta las mil? O podría haber otro fulano como el de hoy que decidió patear el tablero y hacer saber a miles su decisión final.

Mientras más pensaba esto, más entendía que ese miércoles frío y ahora totalmente encapotado era “el” día. El teléfono celular podría haberme ayudado, pero opté por dejar que las ganas tomaran la decisión y finalmente me quedé sin hablar. Escribí un mensaje de texto escueto. “No llego. Se tiró un tipo. No hay trenes”.

El dueño de la milanesa y la cerveza en lata no se había bajado, lo supe porque tanto comida como bebida habían cambiado su estado de materia; de sólido y líquido pasaron a gaseoso. La hora, el tiempo, el reloj, las siete menos tres y mi aceptación, ya no llegaría ni para ver las manos en alto de los jugadores, en el saludo final. «Tal vez si el partido arrancó tarde podría llegar, pero no, me hubieran avisado»... mi cabeza no descansaba buscando el milagro.

Me llamó la atención una señora que hablaba por teléfono a los gritos: “Te aviso que no hay trenes. Síiii quedate tranquila... te voy avisando”. Marcaba otro número “Hola, Rodo, ¿qué hacés viejo? Sigo en plaza Constitución. Se mató un tipo. Yo quería llegar y cocinar, sí, bueno, bueno, cuando arranque esto te llamo”.

Las siete o diecinueve horas, lo mismo daba, aunque hubiera querido viajar en el San Vicente, no había forma de estar en el sur hasta pasadas las ocho. «Quizás -cavilé- el finado no cayó debajo, sino que quedó a un costado del tren y podríamos salir enseguida».

Siete y cuarto. El dueño de la milanesa intentó hablarme justo en el momento en que una estampida encontró lugar dentro del tren. “¡Ya sale!” gritó uno y todos corrieron. Tuve que hacer fuerza para que no me lleve la oleada.

Siete y veintiocho, el dibujo en el relojito de la señora del celular me pisoteaba toda esperanza.

Una segunda estampida revelaba que la cosa iba en serio, el tren saldría en breve. Mientras, yo pensaba en el Diez: «¿Me habrá buscado entre la gente? Seguro hizo un gol, salió corriendo a dedicármelo y no me encontró». Podía imaginar la sonrisa feliz, podía ver la camiseta fuera del pantaloncito y los labios estampándose en el escudo del pecho.

«¿Qué voy a decirle?» Me atormentaba pensando que yo había influido para que él estuviera jugando. Pero ¿qué podía hacer? Buscaba alguna buena excusa, algo convincente, cuando el ingreso de un tren proveniente del sur a las dársenas cortó todo pensamiento y me alivió un poco el peso. Hubo un rumor y gente expectante con caras atentas: “*Sale primero el que recién entró*”. Hubo un dejo de duda luego de esa afirmación. Una nueva estampida amagó salir de mi tren para

pasarse al recién llegado. El rumor fue más fuerte y el color verde del semáforo confirmaba la partida. De pronto, mis piernas tomaron velocidad: ¡estaba corriendo de un tren a otro! Como un boludo, pero ahí estaba, atropellándome con la gente para tener una plaza en el tren... ¿para qué?

Ocho menos cuarto. Mi nuevo tren estaba completo. De haber habido un mosquito seguro se quedaba afuera. Un vendedor de medias se abrió paso a través de la masa amorfa que conformábamos, “*a cinco pesos la media, a cinco pesossss, si tiene y puede, no se lo pierda*”, todos reíamos, él también. Seguía haciendo frío afuera, seguía el calor intenso adentro. Luego de hora y media arrancó el tren al sur.

Entre Avellaneda y Gerli pasó algo inédito. Allá en la mitad del vagón vi volar una piña junto con una puteada buena, propia de tablón de estadio de fútbol: “*¿Pero la concha de tu madre, como me vas a manotear las bolas?*” Detrás de esa frase, la mano fue un rayo en la cara de alguien. El golpeador no paraba de decir “*puto de mierda, puto de mierda, ¿cómo carajo vas a hacer eso?*” el golpeado sólo decía, “*estás loco, vos estás loco, no te toqué*”. El golpeador fue de nuevo al ataque, con las consabidas puteadas, el golpeado trataba de huir, pero no había adónde ir. Finalmente tres personas intervinieron para separar y calmar los ánimos. En estación Lanús, no sé cómo, el golpeado desapareció.

Nuevamente el Diez acaparó todo mi espacio mental, seguramente ya había dejado el vestuario para ir a descansar. Dejé de mirar la hora, no tenía sentido. En Remedios de Escalada una inusual treintena de estudiantes se agolparon a las puertas del vagón. Cuando el tren estacionó fue una verdadera lucha de poderes, entre los de acá para impedir que siga subiendo gente y los de ahí afuera por entrar a cualquier precio. En la disputa el guarda perdió su gorra, la que fueron

pasando hasta que alguien la acomodó nuevamente en su cabeza. Por supuesto era imposible que este hombre pese a su esfuerzo, pudiera tocar el botón de la chicharrita que da el OK al maquinista para seguir viaje. En ese momento la pregunta retumbó en el vagón: “¿No tené control remoto?” Una sonrisa gastada salió de mí. El guarda finalmente pidió a un pasajero que apretara “ese botón del medio, dos veces”, se cerraron las puertas y seguimos rumbo a Banfield.

Llegué a la estación y el frío me pegó fuerte. Ya daba lo mismo. ¿El Diez estaría aún esperando? Salí y corrí a tomar el colectivo. Pude ver las luces rojas doblando la esquina: ¡se había ido! Veinte minutos de frío y algunas gotas heladas después, subí y me senté. No miré ni escuché nada ni a nadie. Era el tramo final del viaje, el tramo anterior a encontrarme cara a cara con el Diez y toda mi culpa. Bajé en la esquina de siempre, las gotas que acompañaron mi viaje ya no caían, pero el frío estaba intacto.

Caminé mirando al cielo la cuadra y pico que me separaban del zurdo jugador. Rumbeé hacia la puerta, se escuchaba la de cuero golpear una y otra vez contra esa puerta. El Diez estaba detrás y la pelota, como todos los días, estaba con él.

No quise pensar más en una excusa, sólo pediría perdón, no prometería una próxima vez, no diría nada. Sólo lo abrazaría.

Toqué tres veces el timbre:

—*¡Vino Papi!* —La frase no hizo más que apurar alguna lágrima retenida. Abrió y entré despacio. Él, aferrándose a mi cuello y con su carita de cuatro años dijo:

—*Hoy empecé la escuelita de fútbol en Banfield, hice tres goles, la semana que viene hago más para vos.*

EUGENIA

El bar estaba en la vieja esquina de Vergara y Maipú. Tenía un aire compadrito y la autoridad de un bar de esquina. Anclado a metros de la estación Banfield, cargaba sobre la espalda innumerables años de historias. Eugenia trataba de imaginar esas historias que el bar El Sol guardaba. Se ubicó, más por hábito que por convencimiento, frente a lo que en otros tiempos fuera un lujoso espejo. En la mesa de la esquina más ruidosa del bar, a un costado de la mesa de pool.

Eugenia conoció a Nacho en El Sol hacía ya seis años, cuando ella y sus compañeras de la Media 6 se juntaban a almorzar ahí, antes de ir a clases de gimnasia. Al poco tiempo se pusieron de novios.

Ese martes no se encontraba con él, en esa esquina, como era habitual. Planeaba encontrarse con sus amigas de la escuela secundaria.

Acomodó sus cosas en la silla del costado y llamó al mozo. La tarde soleada comenzaba a cambiar de colores y tonos: oscurecía. La gente en la calle caminaba distraída, como con andar pueblerino.

El mozo dejó el vaso sobre la mesa y se marchó sin decir palabra. Eugenia tampoco lo miró, había comenzado a recordar viejas épocas de estudio. Recordaba a Lucy, la gorda. Ninguno de los chicos jamás pudo mirarla como una mujer. ¿Cómo estaría hoy en día? Seguiría gorda seguramente, pero con más años y menos oportunidad de conseguir pareja. Pensó en Marita, “la traga”, siempre quiso parecersele y poder ser igual de inteligente; pero siempre también, fue más fácil estudiar lo necesario para aprobar.

¿Y Ana? ¿Qué sería de su vida? Recordó que había sido Ana la que entró al colegio con una petaca de café al coñac y cigarrillos metidos en el corpiño. Esther, la preceptora, la descubrió en el baño y todas se tuvieron que bancar 15 amonestaciones, porque claro, ¿cómo iba alguien a ser buchón? Eran códigos de estudiantes del secundario. ¡Patricia! Ah, Patricia soñaba con ser estrella de TV. Lo último que había sabido de ella era que consiguió un papel como extra en una tira de Adrián Suar, y la verdad, no era gran cosa para una estrella de TV, pero seguramente vendría con los aires de costumbre a decir que hacía pareja de Raúl Taibo en “El sodero de mi vida”, y sería una de las profundas charlas que podía tenerse con ‘semejante estrella’ televisiva.

Eugenia bebió un largo trago. Miró su reloj y maldijo la impuntualidad acostumbrada de las chicas. De a poco fueron llegando una a una; primero Ana, siempre tan hippie, después Marita, con su traje de empleada de un correo privado. Más tarde entró Patricia, mostrando su foto con toda la troupe de “El Sodero de mi vida”. Para cuando Sandra asomó su panza a punto de explotarle por el embarazo de su primer hijo, la luna asomaba al otro lado de la plaza. Solo faltaba Lucy. Prefirió no preguntar.

La conversación giraba en torno a la vida de cada una. Alguien preguntó por Lucy porque jamás había faltado a una reunión de “ex”. Los chistes no tardaron en aparecer. Patricia dijo que si Suar la conocía la convocaba para hacer de doble de Maradona. Ana aseguró que como era principio de mes tenía plata y había pagado para acostarse con alguien. “*Bueno che, ¿acaso no tiene derecho?*” preguntó Eugenia y terminó el tema diciendo “*hablemos de otra cosa*”. Entre risas siguieron recordando su paso por el colegio secundario.

El pitido largo del último tren que pasaba por Banfield

marcaba las once de la noche. Eugenia pensó que era tarde, estaba cansada y quería llamar a Nacho ya que no había hablado en todo el día con él. Sacó billetes de su cartera y los dejó sobre la mesa. Saludó a todas y salió de El Sol pensando que si tomaba enseguida el 160 podría llegar rápido y hablaría más tiempo por teléfono con su novio. La suerte le hizo un guiño, el colectivo estaba esperándola en la parada de Maipú y Alsina. Se sentó unas cuerdas antes de llegar a la estación de Lomas y por la ventanilla miró la noche: brillante, estrellada, romántica, fresca. Algo llamó su atención. Al llegar a la esquina de Loria y Alsina, vio saliendo de ese viejo telo, tan fresco como la noche a Nacho. Lucy estaba con él.

UNA NOCHE REDONDA

Y mirá... yo le dije a Damián: “Loco, no vayamos. Se va a pudrir todo. Está jodido con la cana”. Pero él me toreó. Puso su mejor cara de gil, y dijo: *«Hace tres o cuatro meses que esperamos este recital, no podemos faltar. Además ¿desde cuando te preocupa la cana?»*

Astuto. Tiró el anzuelo y mordió.

Le retruqué: *«No le tengo miedo a la cana, pero esta noche cobramos seguro, no vayamos. Ayer hubo terrible bar-do. Treinta pibes en cana. ¡Treinta! Eran todos los de Bera-za. Con bandera y todo pasaron la noche en la treinta. No vayamos hoy, total hacen más shows la semana que viene».*

Damián subió la apuesta y me pegó en el hígado: *«Tenés cagazo, esa es la posta, vos estas todo cag... »*

No alcanzó a terminar la frase y yo ya tenía las zapatillas puestas. Había tocado mi orgullo. Podía decirme cualquier cosa menos cagón.

¿De qué te reís vos ahora? Cuando tenía diecisiete o dieciocho años usaba zapatillas Topper. Pero para los recitales usaba las más sucias, porque a esos shows se iba con las roñosas. Nosotros usábamos las Topper de lona. Las otras, las Adidas, Nike o Reebok eran para los chetos, y nosotros, Damián y yo, no éramos chetos. Éramos rockeros. Ponele, en una de estas tribus de hoy, seríamos rollingas. Sí señor, ¡rollingas! Pensá que no había como hoy tanta mezcolanza, había dos o tres especies nomás, ¡ni cumbia villera había, mirá lo que te digo!

Ahí viene el colectivo, menos mal que vino rápido. Llegamos bien, tenemos tiempo. Linda noche nos tocó. Muy linda noche. ¿Te dije que te quiero?

La cosa es que en esa época, éramos perfectos rollings, de esos que aletean, ¿viste? Nos vestíamos sencillito. Jeans rotos y desflecados, Topper tenis blancas y sucias, remerita ajustada y a la cintura, mientras más desprolija y mal cortada mejor, pañuelo al cuello y campera de jean cortita y bien gastada.

Dale, seguí riéndote nomás.

Te decía que cuando vi que no tenía forma de convencer a mi amigo que nos quedemos en casa mirando tele o alguna otra salida, acomodé mi flequillo y le dije: «Vamos, pero vas a ver que cobramos».

Salimos de casa y cuando hicimos diez metros me jugué la última carta:

—*Che, Damián, no tenemos entradas, hay que sacarlas allá y en la cola nos van a matar a piñas.*

En ese momento y más rápido que un rayo, metió la mano en la campera de jean y sacó dos entradas dobladitas. Sonrió ganador y dijo: «*Te toca pagar las birras.*»

Salimos, como ahora, en bondi. Nos tomamos el 10 que pasaba por la esquina de casa y nos dejaba en la Av. Rivadavia, y de ahí el 86 todo derecho por Rivadavia hasta el tres mil y pico.

¡Pero no! ¿Cómo íbamos a ir en auto? Casi no teníamos plata para la entrada, menos para un auto. Lo que ganábamos en el trabajo lo usábamos para ayudar a los viejos y lo que nos quedaba era para comprarnos ropa, ir a recitales o a la cancha.

Ya llegamos a Banfield. Ah, vos tenés que sacar el boleto de tren. ¿Viste? De algo sirve que no sepa manejar, mirá toda la conversación que nos perderíamos. Siempre será mejor para mí ir hablando con vos, que andar viendo el color de

los semáforos.

Bueno, te contaba, bajamos del bondi a dos cuadras de King Kong y ya se olía algo raro en el ambiente. ¡No, nena! No era marihuana, o tal vez sí, pero no era a eso a lo que me refería. Había mucha policía tal como le había dicho a Damián. En la puerta había más policías que ricoterros, (Así se llamaba la tribu de seguidores de Los Redondos). A serte sincero, me dio cagazo tanto color azul, pero ni ‘mu’ dije.

Bueno, te resumo. Entramos y el lugar estaba buenísimo. Vendían latitas de cerveza adentro. Afuera la policía te revisaba hasta las zapatillas y encima fue la única vez que las entradas eran electrónicas, pasabas por un molinete, o sea entrábamos de a uno, pero había muchos de esos molinetes y enseguida pasabas. Por suerte hasta que nosotros entramos, ni un solo encontronazo con los canas.

Esa noche fue unos de los mejores shows que vi en mi vida. Había armonía entre la gente, ni un sólo quilombo, hasta el cagazo a la cana se me había empezado a ir.

Pero ¡claro que tenía miedo! ¿Cómo no? Me hacía el guapo con Damián, pero tenía cagazo de que pase algo jodido. Y pasó, pero no fue tan complicado. De repente, empezó a picarme la garganta y me ardían los ojos. Pero no me pasaba a mí solo, todos empezamos a toser, el Indio Solari paró el show y dijo *“No le demos de comer a estos que quieren que haya quilombo muchachos, que la fiesta sea nuestra y acá adentro”*. Por unos minutos eternos, los pibes nos quedamos en cuero con la remera en la cara. Desde el local empezaron a salir botellas de agua que usábamos para lavarnos la cara y calmar la picazón. Ya te digo, fueron cinco, quizás diez minutos, pero lo único que se escuchaba era el murmullo de todos, hasta que los gases lacrimógenos se calmaron afuera y el humo se disipó adentro... y ahí sí, la fiesta fue nuestra.

Salimos coreando la última canción del show, que como siempre fue “Ji ji ji”. Los de azul estaban perfectamente alineados en la vereda de enfrente, pero nosotros salimos y doblamos en la primer esquina para evitar cualquier problema.

Le agradecí a Damián que me haya roto las pelotas para ver ese show, fue el segundo y último que dieron ahí. Habían anunciado diez shows más. Y... viste, la cana, todo mal con los redondos. Después de ese sábado se suspendieron todos los shows que faltaban. Damián estuvo dos meses sacándome en cara que gracias a él, yo había ido. Y tenía razón. Obviamente tuve que pagar las cervezas.

Che, ¿no te aburro, no? Me parece que no paro de hablar por los nervios.

Si querés hablamos de otra cosa. Me dijiste que Keane toca a lo último? Yo quiero ver a Babasónicos en vivo, quiero ver cómo suenan.

Mirá qué corto se hizo el viaje, una estación más y llegamos a Plaza Constitución. De ahí en subte hasta Retiro y no sé, después... ahora vemos. Qué bueno que hayamos venido, hace mucho que pensaba en esta salida. Me parece mentira. ¿Te dije que estás linda? ¿Y que te quiero mucho? ¡Qué increíble que estemos yendo al show!

Lo bueno que tiene no manejar es esto, sólo te concentrás en la conversación con el otro, o si estás solo, escuchas música, o lees, y no debes preocuparte por nada más.

Si te gusta andar en auto, cuando bajamos vamos en taxi. No te hagas drama por la plata, yo tengo...

—*¡Taxi! Hasta la cancha de River, por favor. Sí, ya sabemos del show. Ok, hasta lo más cercano que pueda de la cancha.*

...

—¡Pero escuchame una cosa! ¿No era que no te gustaba manejar porque perdías la atención en la charla? Mirate, lo único que haces es sacar la cabeza por la ventanilla. Pareces un nene y se supone que el hombre mayor sos vos.

¿Qué es el Italpark? ¿Acá había un parque de diversiones? ¿De verdad? Mirá vos, no quedó nada, ¡qué pena! Y supongo que eran juegos de madera. Está bien no te enojés, tampoco sos tan viejo, lo sé.

¿Cuánto falta para llegar a River? Son las siete y media. Señor, ¿puede poner Rock and Pop? Quisiera escuchar quién está tocando.

Ya sé que soy ansiosa, pero pensá, es la primera vez que salimos solos a un show, ¡y no quiero perderme nada!

¿Viste? Todavía no empezó, estamos bien de horario. ¿Cuánto me dijo que faltaba chofer? Gracias.

A ver si te me preparás bien, mirá que si hay pogo seguro nos metemos a saltar. ¿Cómo? Todavía estás para esas cosas. No, querido, esta noche es para disfrutarla, no podés dejarme saltar sola, prometiste cuidarme.

Acá en Mc Donalds está bien chofer. ¿Cuánto es? ¿Veinticinco Pesos? ¡No, no me callo! Me parece un robo lo que nos cobra este hombre. Pará, dejame que le pregunte por qué sale tanto. Está bien, me callo solo porque hay que disfrutar. Como decís siempre, la plata va y viene.

¿Por dónde se entra? Esta avenida esssss... Udaondo. Ok te sigo, el que sabe sos vos. Hay gente corriendo, ¿no habrá arrancado? Dale, corramos un poco por las dudas. ¿Allá entramos nosotros? ¿A qué parte de la cancha vamos? ¡Es gigante esto! Espera, acá, en la entrada dice puerta M.

¡Ay! ¡Mirá lo que es esto! ¡Estamos parados adentro de la cancha de River! ¡Qué genial! Gracias por venir conmigo.

Ya sé que no soy muy expresiva, pero quiero que sepas que ¡estoy feliz! Ah, yo también te quiero... y mucho.

Ahora viene Babasónicos y después Keane. Llegamos bárbaro. Vamos a dar una vuelta por la cancha, no está tan lleno el campo. ¿Y ese olor? ¿Marihuana? Ahh síii, ya los vi, son estos pibitos de ahí. ¿Qué olor raro tiene, no? En los recitales de Sabina nunca hubo ese olor y en la Trastienda menos. Ya sé que no se puede fumar...

¿Sabés qué? Tengo hambre. No, no quiero esperar a la salida para cenar, quiero comer un Paty acá, en un show en cancha de River.

Sonaron bien los Babasónicos. A mí también me sorprendieron.

Estos pibes no paran de fumar marihuana ¿viste? Vamos más atrás, cuando arranque el show volvemos y ahí te quiero ver saltar conmigo.

¡Qué buena noche nos tocó... ya sé que me lo dijiste antes. Noooo ¿qué buzo? A lo sumo me lo pongo cuando salimos como para darte el gusto. Vos tenés que entender algo, soy más joven, mucho más joven que vos. No te enojés. Mirá la cantidad de estrellas que hay. ¿Te parece sentarnos acá en el pasto? ¿Posta va el arco acá? Pobre Zeballos ¿cómo lo vas a putear así? Entiendo que se comió un gol y quedamos afuera, pero Banfield anduvo bien en esa copa. ¿Justo en este arco fue? Bue... sentémonos donde quieras.

¡Apagaron las luces! ¡Ahí arranca! ¡Corré, dale!

...

Hace tres años ya de aquella primer salida, solos y de noche. Estuve nervioso todo ese día. Claro, yo, un tipo grande, era quien debía llevar adelante la situación. Te miraba de

rejo. Me daba vergüenza mirarte de frente. No sé por qué, uno adquiere esas pavadas de grande. Nunca antes me había pasado. Pero con vos no podía, era como que me costaba aceptar la realidad, como que no me pasaba a mí.

Me acuerdo de esa noche como si fuera hoy. Hacía un calorcito lindo, de esos que te aumentan las ganas de hacer cosas. Ponele, en primavera. no sé... en octubre, ¿viste que la gente tiene más ánimo? Bueno, acordate la noche que nos tocó esa vez. No creo que haya habido un mejor plan. Uno a veces fantasea, ¿no? Digo, uno piensa: “cómo será la noche en que pase esto o lo otro”, es más, a veces la duda gana y terminas cayendo en “¿llegará esa noche?”, pero en nuestro caso, fue algo hermoso, o sea, para mí fue algo hermoso. Sabés que mi vida se fue haciendo en base a los distintos sueños que fui imaginando al lado tuyo. Ese día, se cumplía uno. Imaginate mi felicidad. ¿Te acordás? Comencé contándote mi experiencia en recitales y en especial aquella noche fabulosa del show de los redondos en King Kong. Después vino todo el Pepsi Music en River. Todavía me duelen las piernas de cómo me hiciste saltar. Hoy también nos tocó una buena noche, pero no importa mucho, porque es en el Luna Park el recital. ¡Qué buena está esa remera! Pero esperá, seguro adentro del Luna hay más variedad y a lo mejor estén más baratas. Tenés razón, es imposible que adentro estén más baratas. Vemos, sino a la salida la compramos y de paso quizás bajen el precio. ¿Sabés de qué me estoy acordando? De mi viaje a Jujuy. Ese fin de semana fuiste con los chicos a ver a “Las pastillas del abuelo” a Argentino Juniors. ¿Te acordás que me escribiste un mensaje de texto? Bueno, cuando me mandaste ese párrafo de la canción, yo estaba en el medio de las montañas bajando de La Quiaca a Jujuy. Al leer esa frase, entendí de qué se trata esto. Ahí reafirmé todo el amor que existe entre nosotros y seguro no hay forma de que cambie, por más cosas que la vida nos

tenga preparadas. Me acuerdo que en el mensaje terminaba con la frase “lo juro por mi pellejo, para mí, Dios es mi viejo, para mí, Dios es mi viejo”. No sé si era la lluvia que justo me agarró en la ruta o alguna basurita en los ojos producto del ventarrón previo a la lluvia, pero se me mojaron las mejillas.

¿A qué hora es el show de hoy? Y decime, con Germán y Carina ¿a qué hora nos encontramos? ¡Ahí están!

Mandale un mensaje a mamá y decile que cuando salimos del show le avisamos, así nos deja algo para comer.

UN REGALO PARA SIEMPRE

Jueves 21 de Noviembre de 2009. Ocho y cuarto de la noche. Tengo nervios. Me pregunto por qué, si faltan dos días enteros. Falta mucho para ese asunto. Hace cuatro noches que tengo el vacío en el estómago. Necesito una descarga. Necesito decir. Quiero decir que necesito decir. Necesito escribir, hablar en un papel. No voy a hacer una cronología, no señor. De eso se ocuparan por un día, a lo sumo dos, los diarios, siempre que este asunto salga como espero. Falta mucho, son cinco noventa, 450 minutos; siete horas y media de sufrimiento. Tal vez sea menos el sufrimiento y ese menos puede resultar para cualquier lado. Ansío con todas las ganas que me permite el corazón que el lado elegido para que mi sufrimiento sea menor, sea la bendita presea nunca conseguida.

Me dicen “*tenés que disfrutar todo esto*”. Sí, lo disfruto, pero directamente proporcional es mi ansiedad y nerviosismo a medida que pasan los partidos. A veces, de vuelta a casa en el Roca, pienso cómo será el próximo partido. En ese momento vuelve el vacío a mi estómago y me obligo a pensar en otra cosa. Irremediablemente debo hacer el ejercicio tres o cuatro veces en veinte minutos de viaje. ¿Cómo puedo estar tranquilo? Si a cada paso me cruzo con alguien que me dice “*el sábado les rompen el culo a los rojos*” o la otra campana “*che, el sábado se les termina el agrande*”. ¿Qué agrande? ¿De qué hablan? Si la mayoría de los que domingo a domingo vamos a la cancha no sabemos lo que es estar ahí arriba. Pun-tear un campeonato y estar tranquilos será fácil para bosteros, gallinas, cuervos, pero no para nosotros y cuando hablo de nosotros hablo del equipo y del barrio. El barrio, claro. Veo el barrio alegre, forrado de verde y blanco. Lo veo caminar tranquilo y sonriente con dirección de la Mouriño, la Suárez, la platea.

Hoy el barrio va al Florencio Sola y sabe que habrá once tipos que meten como pocas veces se ha visto. Jugará bien, jugará mal, pero el corazón irá al frente. El barrio, mi barrio, sabe que está bien parado en la cancha. Entonces ¿cómo no irse de vacaciones por dos horas al Lencho? Por una vez en muchísimo tiempo, los veo volver a casa, a lo sumo, emparados y sin tristeza. La tristeza a la que uno se acostumbra cuando las cosas van mal y no llenamos la tribuna. Ahí estamos los que sabemos que vamos de abajo. Los que festejamos cuando les ganamos a los de la vereda de enfrente, los que gritamos hasta la afonía cuando le mojamos la oreja a Boca o a River. Los que llevamos calculadora y radio soldada al oído para ver cómo van los demás, no los de la punta, no, ¡los de abajo! Y calculamos, y maldecimos puntos esquivos y nos esperanzamos en que el domingo ganaremos con huevo, sólo con huevo, porque el equipo no muestra ni un ápice de fútbol o ideas. Y ahora se me amontonan las palabras y hay una de ellas que jamás nombraré en todo este relato, porque le tengo miedo, o demasiado respeto o tal vez muchísimas ganas. Esa palabra que no se nombra y que se desea como a la mujer más hermosa, son solamente siete letras y hoy por hoy el motivo de mis nervios.

«Che, ya está. Banfield gana el campeonato, me lo dijeron en una charla con un amigo, del primo de la señora que vende ciruelas en la feria de Villa Ortuzar y que es pariente de uno de la AFA.»

«Está todo arreglado, Banfield debe ganar el torneo, Duhalde puso plata y quiere ser presidente.» ¿De qué? Me pregunto. ¿De Argentina? ¿Del club? ¿De la AFA?

La verdad, estas afirmaciones me saturan, pero los escucho y los dejo correr, poco me importa si es un campeonato mediocre y cualquiera sale campeón, *“hasta ustedes pueden*

serlo, equipo de pueblo”.

A ver si queda claro, no puedo decir que no me importa si las siete letras se escriben en la vitrina de la sede (En realidad me encantaría), lo que sí puedo decir es que en este torneo: Manuel se tatuó al taladro en su corazoncito, los Agustines por primera vez viajaron a una cancha visitante y salieron, como todos, felices. Que Gaby sabe más de fútbol que quince años atrás. Que mi amigo hermano —Matu—, mi cuñado —Guille— y el Pupi (ese tipazo que recuperé con formato de amigo a fuerza de consolarnos mutuamente en tanta derrota seguida) formamos una cofradía en la que sufrimos, reímos, rezamos y en estos tres o cuatro meses hemos aprendido a disfrutar un poquito de haber salido ilesos de tanta balacera (hasta hoy y espero que por cinco fechas más).

No sé qué será el sábado a la noche. Inimaginable lo que pasará en el novel estadio. Pero es el comienzo de cinco novenas (Independiente—Racing—Huracán—Tigre—Boca). Ojalá, después de eso, este asunto salga como quiere el corazón. Ojalá pueda gritar desde las tripas la palabra prohibida. Pero si eso no pasa, si no se puede, estoy seguro que este ha sido un semestre maravilloso. Y escribo esto ahora para que no me digan que hablo con el diario del lunes. Quizás es un método de descarga, testamento previo, angustia verbal o como carajo quieras llamarlo. No quiero conmovier ni tratar de que me entiendas. Sólo quiero sacar un poquito de todo lo que me pasa para poder tener espacio a otro poco, que seguro me pasará. Si no se entiende lo que escribo, si es todo amontonado, si parece ridículo, puede que sea así. No importa.

Ojalá Dios mire al Barrio y Papá Noel cambie el color de su vestuario por este año solamente. No estaría mal un verde y blanco para el gordo. El regalo, será eternamente bien recibido por nosotros.

(N. 21/11/09 23:15)

1978

—*Señor, saque desde el área* —la voz del árbitro sonó enérgica. Yo, un señor de ocho años, no sabía siquiera cuál era el área. Era un domingo de primavera. El sol de las tres de la tarde nos abrazaba cómplice. A la distancia, las miradas nos acariciaban con ternura, como apiadándose de nosotros.

Marcelo, amigo de mi hermano mayor, andaba en la búsqueda de jugadores con la firme convicción de armar un equipo de fútbol infantil. La idea era entrar al campeonato organizado por la Iglesia del Padre Paco.

La iglesia era una típica parroquia de barrio humilde; tenía lo necesario para demostrar entidad religiosa, pero no pasaba más que de eso, una parroquia en buen estado. Ubicada a espaldas de la casa del Señor, se encontraba el área deportiva conformada por dos canchas: la más grande era de tierra; exclusivamente futbolera. Linda para jugar después de una lluvia torrencial o mejor, con lluvia de verano, cuando el agua pega en la cara y el barro se pegotea a las zapatillas formando plataformas que pesan como el plomo.

La otra cancha era la típica polirrubro de baldosas, con marcaciones en blanco para jugar papi fútbol, vóley y básquet. Aunque, en un barrio como Villa Corina, el deporte nacional en esa época era el fútbol.

El campeonato arrancaba el domingo a las dos de la tarde. A mí, como a otros cinco pibitos, nos avisaron el sábado a las ocho de la noche. Con el tiempo entendería la frase “manotazo de ahogado”.

Nuestro técnico intuyó que la pretemporada nos había quedado corta, por lo que nos citó a las diez de la mañana

del domingo en los potreros linderos a la iglesia. Entre otras cosas buscaba reforzar conceptos. Además, nos presentaría el uno al otro.

Al mediodía, con el sol a plomo sobre nuestras cabecitas, se realizó el reparto de camisetas. Chelo, la dos; Huguito la cinco; el cabeza, la tres; Diente, la ocho. A Lucas le calzaba la diez como pintada, porque la pisaba lindo. Un fenómeno. Lástima que su viejo lo vino a buscar cinco minutos antes del arranque y nos quedamos sin “el Diego”. Al igual que el Nápoli, retiramos la diez del equipo.

Yo veía los números pasar como en la quiniela y ninguno era para mí. Al final de la repartija, Marcelo me mira fijo, frunce el ceño dudando y me dice:

—*Vos sos el más alto del equipo, vas al arco!*

Dicho esto, nos llevó a almorzar a todos. El papá de Huguito había hecho chorizos y patys a la parrilla, pero no comí nada. Pensaba en el partido. Nunca en la vida había atajado. Es más, apenas me le animaba a la redonda. Mi hermano, ayudante de campo, nos hablaba y decía que podíamos ganar. Sólo era cuestión de dársela a los nuestros. Simple, sencillo. La motivación iba cayéndose a pedazos, llegando a su máxima expresión cuando nos enteramos quién era el adversario: ¡Los Pulguitas! ¡Mi Dios, habían hecho 17 goles en un amistoso! Nosotros ni siquiera sabíamos el nombre de nuestro equipo. De hecho, si hoy me esforzara por recordarlo, no lo lograría.

El estadio era para mí, semejante al Monumental de Nuñez, por su magnitud. Me sentía un insecto a punto de ser pisoteado. A diferencia del de River, este estadio no tenía césped que lo cubriera. Era de tierra firme. Hacia el centro de la cancha se podía ver un ligero cóncavo en la tierra, producto de tanto y tanto partido jugado. Las líneas de cal

eran una canaleta de diez centímetros de ancho más o menos (Digo más o menos porque en algún tramo tenía cinco centímetros y hasta de trece centímetros de ancho en otros sectores. El ancho estaba en relación directa con las ganas de laburar de quien hacía la demarcación: el Cura. La profundidad de la línea lateral era poca, pero suficiente como para ver que ahí había un límite. Demarcaba el comienzo o final de la cancha, según desde donde uno lo viera. Cuando los aguerridos jugadores mayores jugaban por la damajuana de cinco litros de vino blanco Luján, los que oficiaban de *wing*, derecho o izquierdo, dejaban piel y pierna sobre la línea, provocando grandes nubarrones de polvo y perjudicando así la visión clara del encuentro en disputa. Se ha sabido de algún caso con serios trastornos visuales, producto de la ingesta de cal a través de los ojos.

Ya hacia las áreas, el terreno mostraba montículos de tierra seca, producto del andar de botines ligeros en busca de la presa, que por aquella época era la Tango N° 5.

Los pibes de mi barrio en esos tiempos usábamos la típica pelota de plástico a rayas. Había dos versiones: celestes y blancas o rojas y blancas. Todas con un lustre que duraba tres giros sobre la tierra. Tenía una especie de costura o soldadura bien marcada. Este refuerzo pasaba casi inadvertido mientras la bocha estaba inflada, pero cuando se pinchaba, ¡jagarrate! La costura quedaba perfectamente resistente a cualquier puntinazo. Si le acertabas justito ahí, el contacto traspasaba la puntera de la zapatilla, la media (si había puesta) y estallaba contra el dedo gordo del pie. De inmediato, el dolor era un rayo que arrancaba en la uña y se trasladaba al pie. De ahí al cerebro, el dolor se transformaba en malas palabras.

Sólo en ocasiones especiales, pateábamos la Pulpo N° 3 de

goma. De todas formas el campeonato se jugaba con la pelota oficial, la Tango N° 5. Esto era un aditivo más al julepe que teníamos. No solo no recordábamos el nombre del compañero, sino que jamás habíamos tocado uno de esos lustrados balones. Con suerte los habíamos visto en televisión. La cosa es que pedimos que nos presten una redonda de esas para saber de qué se trataba. Con la de plástico todos éramos habilidosos, pero con ésta la cosa se ponía mas jodida. Encima los 25 kilos de peso de cada pibe no ayudaban. Al fin, practicamos un rato, precalentamos otro rato y rezamos todo el rato que quedaba hasta el inicio del cotejo.

Se jugaba en dos tiempos de 25 minutos cada uno. El horario de inicio era las tres de la tarde, no lo olvido más. Minutos antes del juego, nos llamaron para firmar las planillas y entregar los documentos. Recuerdo que me mandé al arco entre confiado y con susto (decir que estaba todo cagado me resta elegancia). Traté de no mirar la altura y el largo de los tres palos y me puse a atajar los típicos pases al arquero. Cuando salieron “Los Pulguitas”, se produjo el primer aviso de lo que vendría. Una horda de cincuenta personas empezó a gritar y a aplaudir. De repente había muchísima gente afuera vitoreando a los favoritos. Se ubicaron detrás del arco de ellos, sobre el alambrado que daba a la parroquia. Ahí, en ese momento en que los silbidos y aplausos llegaban a su esplendor, confirmé que la catástrofe estaba cerca. Por primera vez miré la cancha como tal, en su dimensión y con los protagonistas parados ceremoniosamente. Cada cuál en su parte de territorio. Seguía encontrando diferencias notorias con “Los Pulguitas”. Ellos estaban perfectamente empilchados: camiseta blanca, vivos verdes y rojos en las mangas, medias blancas y pantaloncitos verdes. Nosotros usábamos la clásica camiseta de Boca, pero de distintas marcas y tonalidades: de mangas largas, de mangas cortas, con cuello en “V” o con cuello

redondo. Los números estaban perfectamente estampados con cinta adhesiva negra (porque se agarraba mejor a la tela), lógicamente los pantaloncitos al tono no formaban parte de la indumentaria, mucho menos las medias. Ya no importaba, estábamos ahí y había que jugar.

A esta altura, seguramente quien lea este relato querrá saber qué ocurrió con el encuentro entre mi equipo y los fantásticos Pulguitas. Pues bien:

Nos plantamos en el campo de juego como quien claramente sabe qué debe hacer y cómo debe hacerlo. El hielo que corría en nuestra cabeza era, más que evidente, inconsciente. Ellos ganaron el sorteo y eligieron sacar del medio. Yo, por ley de Murphy, fui a dar el arco que estaba justo delante de la ola de familiares de “Los Pulguitas”. Miré fijo a la tribuna sin apuntar a nadie, de puro guapo, como para demostrar que ahí había un arquero.

El sonido del silbato indicaba el comienzo del partido. No la veíamos, ni por asomo encontrábamos la Tango. La pelota iba de un lado a otro, pero sólo la mirábamos pasar. Hacer al menos un inocente foul como para acomodarnos: nada. Ni eso. Lógicamente, llegan a mi guarida. El 10, un zurdito con estampa de jugador, se acerca con balón al pie, le amaga a nuestro 2 y lo deja tirado. Mismo destino para el 3 y el 4, también salió en la foto. Cuando me encara, me mira con cierta sorna, como diciendo “cagaste alto al pedo, no la vas a ver ni en Crónica del Martes”. Veo el zurdazo y cierro los ojos. Afirmo bien los pies en la tierra creyendo de esta forma que podía evitar quedar incrustado con pelota y todo contra la red. Pienso en el dolor del pelotazo a quemarropa a metro y medio de mi cara, respiro profundo y aprieto la mandíbula. Escucho un murmullo inmediato y al unísono de la tribuna que al estar detrás me retumbo en el estómago: “¡Uhhhhhhh!

Algo había pasado, o un compañero mío metió el bocho, se lo arrancaron y estaban buscando el cráneo por la tribuna o el zurdo la había colgado afuera, lejos, bien lejos. Por suerte para mi equipo y mi físico, el Padre Paco tocó contactos y el Barba desde allá arriba pulsó Opción 2: ¡Afuera!

Tomo la pelota y quiero salir con un revoleo. Inocente de mí. Creí que pegándole lejos tardarían más en volver a atacar, sólo por una cuestión de distancias. Ni bien mi pie impacta en la pelota escucho: —*Saque del área, señor*. No hago caso. Le pego con la fuerza que mis ocho años permitía. Suena el silbato, se acerca el referí y me dice:

—*Arquero, cuando la pelota se va fuera del campo, el reglamento indica que se retoma el juego sacando con pelota detenida desde la línea del área*.

Yo lo miraba. No entendía, estaba asustado, nervioso. Era obvio que nunca había jugado en serio y no hacía nada por disimularlo. Mi sabiduría del reglamento estaba limitada a un potrero donde un foul generalmente era cobrado por el más grandote. A lo sumo, por aquellos que se quejaban primero, aunque tal infracción jamás hubiese existido. Con buena voluntad, podían cobrarse uno o dos faltas por partido.

El técnico me dijo “*Poné la pelota ahí*” señalándome la esquina del área y agregó: “*Pegale fuerte, ¡dale!*” Su tono fue entre imperativo e implorante. Saqué nuevamente pero no llegué ni a la mitad de la cancha. Al menos mi puntería fue tal que la redonda aterrizó mansamente en el pecho del “Diente”. Éste, chueco como pocos, la bajó mansita, giró a la derecha y dejó tendido al cinco. Amagó luego pegarle al arco y la tocó a nuestro cinco. Huguito encaró al área de enfrente. Hizo un movimiento de cintura y saltó una barrenada del dos de ellos quedando de zurdo frente al arco. Cuando el arquero salió ciego, al bulto como quien dice, le amagó al segundo

palo, enganchó para adentro y definió de derecha al primero. ¡Golazo!

Marcelo, nuestro mentor, ideólogo y estratega, no lo podía creer. Corrió al área y me abrazó casi hasta las lágrimas. Solo dijo “zapatero nunca”. Él no creía en nosotros, o tal vez sí, pero seguro creía más en ellos.

A partir de ese momento, supimos que se podía. El cuco no era tal. Los partidos había que jugarlos, con lo que hubiera, fútbol, toque, disciplina pero cuando todo eso era escaso solo quedaba la garra, los huevos y el corazón.

Así, la Tango fue entrando una y otra vez. Habremos llegado veinticuatro veces y fuimos sumando pepas cada vez que visitamos la cueva del flequilludo del arco de enfrente. Nos salían todas. Estábamos faltándole el respeto al candidato número uno. A diez minutos del fin, la hinchada de ellos se empezaba a ir. Nuestros familiares se abrazaban. Nuestro 10 había vuelto de almorzar con su familia y gritaba desaforado desde el alambrado. Algún que otro rival moqueaba en voz baja, mordiendo orgullo. Finalmente el árbitro se apiadó de Los Pulguitas y dio por terminado el pleito. Abrazo pegajoso de nueve purretes casi desconocidos entre sí. Lo lindo de la infancia, lo lindo del fútbol es eso, uno tira barreras sin plantearse nada. Volví con mi hermano a casa, feliz.

Muy pocas veces se da que el punto se transforma en banca. Ese domingo de primavera quedó para mí como uno de los pocos ejemplos. Ese domingo de primavera tuvo su sol aparte y por suerte el astro rey estuvo de nuestro lado.

...

Quizás siempre haya otra versión de una misma cosa. Siempre habrá otra mirada de un mismo asunto. Puedo decir que lo anterior fue relatado desde la versión más romántica.

Tan romántica como lo es la epopeya de mi querido Banfield vapuleando a las gallinas en su estadio. O por caso, la analogía del David que vence a Goliat.

Algunos llaman a la que viene, la versión real del partido contra Los Pulguitas. El otro costado de una misma cosa.

Retomemos:

Luego de terminadas las formalidades prepartido, nos plantamos en el campo de juego sin saber claramente qué debía hacerse. El sol de las tres de la tarde nos pegaba de lleno en la cabeza. Una gota pesada resbalaba por mi mejilla, por debajo del gorrito azul y amarillo. Se había hecho el sorteo y me persigné. Miré la cruz de la parroquia y me persigné nuevamente. No quería ir al arco en el que detrás estaban ellos, la hinchada de Los Pulguitas. Cuando ganamos el sorteo mi capitán eligió sacar. A ellos les tocó atacar de frente a su gente. Por ley de Murphy imperturbable de toda creencia religiosa, me tocó ir hacia el arco que estaba justo delante de la ola de familiares de Los Pulguitas. Los miré fijo sin apuntar a nadie, de puro guapo. Como para demostrar que ahí había un arquero.

El sonido del silbato indicaba el comienzo. Arrancó el partido. No la veíamos. Ni por asomo encontrábamos la Tango. Realmente la bocha iba de un lado a otro, pero sólo la mirábamos pasar. Al menos un inocente foul como para acomodarnos, nada.

Lógicamente después de varios toques sin ningún tipo de oposición dibujaron un tiki tiki lujoso. El 10 con balón dominado, imantado a su lustrado botín, se me venía. Un colorado corpulento, diestro, desfachatado. De esos que tiran caños y ni te miran cuando te dejan parado como un zombie sin rumbo fijo. Le amaga a nuestro 2 y sale por afuera. El cabeza, lateral de mi equipo, se le viene al humo y el Colo baila

sobre el balón. Delicioso para quien es parte de su equipo (los gritos de la tribuna a mis espaldas daban cuenta de lo iluminada que fue esa pisada). Obviamente nuestro 3 tomó nota de la patente. Siendo el 4 quien quería salir en la foto, ¡y salió nomás! Justo lo agarraron mirando la 10 del imparable Colorado.

Cuando me encara, me mira con seguridad, sabiendo perfectamente cuál es el paso de baile elegido para dar por terminado el asunto. Traté de adivinar su movimiento, pero no supe cómo hacerlo. Lo miré impávido, sentía el dolor de la pelota en mi cara sin que la inmaculada redonda me haya pegado aún. Traté de taparle algo, no sabía qué, el ángulo, el arco, encimarlo, no sé, sólo atine a correr y ponerme adelante. Como diría un viejo sabio “Hice la de Dios”, sólo que Dios, a esa hora, estaba atendiendo adentro de la iglesia del Padre Paco y no me veía. Me amagó el Colo, me amagó el muy turro, voy a la derecha empujado por el aire de su amague pero no caigo. Engancha para adentro y perfila a pegarle tres dedos, recupero la estabilidad y le salgo al cruce... ¡al pedo! Le pega tres dedos y la clava arriba, allá, junto al gancho que agarraba las cuerdas de la red. Imposible. ¡*Go-la-zo*! Uno a cero abajo, nuestra estima y aliento mutuo de antes de arrancar el partido se fueron con ese gol. Se los llevó la pelota y los dejó aplastados en el ángulo del arco.

Miré el suelo. No quise ver a mi alrededor. Todos miramos el suelo. El aullido de atrás era enloquecedor. Sacamos del medio e intentamos aunque sea dar dos pases seguidos, pero nada resultaba. Ellos entraban por donde querían. De memoria. No eran nueve, sino dieciocho. Con el correr de los minutos parecían incluso mucho más grandes, pibes de diecisiete años a los que no podía frenarlos nunca un pibito de ocho. Así, la noche se vino rápido.

El aguacero tan temido, por fin comenzó a mostrarse, vaya paradoja, bajo el sol inmenso. Para los diez minutos del primer tiempo ya teníamos siete goles adentro. Marcelo solo atinaba a decir *“Chicos, vamos bien, hay que agarrar al que viene”*. Omitía decir, *“Guarda que se vienen todos y por todos lados”*. Al final del primer tiempo eran dieciséis los goles en contra. Como todo gran DT que se precie, se limitó a decir:

—*Muchachos* —nos hablaba como si hubiéramos sido realmente unos muchachos —*hicimos lo que pudimos, para ser un primer partido y casi sin conocernos está muy bien* (al tipo como motivador era difícil ganarle). Continuó diciendo —*sólo hay que estar más ordenados, tratemos que no nos hagan más goles. El segundo tiempo se pasará rapidito, van a ver.* —Se animó a un vaticinio, aunque no era necesario ser vidente para semejante presunción. Definitivamente en la segunda parte, no pudimos evitar que nos siguieran convirtiendo, pero al menos la producción de Los Pulguitas bajó un 50% entre un tiempo y otro... sólo nos convirtieron ocho goles. Esto puede leerse de dos maneras posibles. La primera y a la cual me aferraba al final del cotejo es que fue una notable mejoría de nuestro equipo. La segunda y seguramente más real, es que ellos metieron seis cambios en su equipo.

De todas formas, nos fuimos del estadio con la frente alta por lo hecho en el segundo tiempo. Habíamos perdido 24 a 0 y a algunos de mis compañeros jamás los nombramos durante el partido. Diente, por ejemplo, estuvo todo el partido hablando con el arquero Pulguita. El Cabeza cuando se anunciaba el gol 19 escrito con tiza en el pizarrón negro, se le dio por llorar y salió corriendo de la cancha a abrazarse con su viejo.

Cuando por fin terminó el partido, salimos sin hablar. Un *“Chau chicos”* (ya no éramos muchachos) salió de la boca del entrenador. A veces no decir nada es de gran ayuda. Mi her-

mano me esperaba en la puerta de la iglesia. Fuimos perfectamente callados hasta casa. En la calle, los pibes de la torre 16 jugaban un picado. Faltaba uno, me prendí sin dudar. El fútbol da revanchas.

...

Era septiembre de 1978. El campeonato del mundo todavía estaba en nuestras retinas. En el barrio, en la ciudad, en el país, se hablaba de fútbol. Sólo de fútbol. Cualquier otro tema era un riesgo.

Por otro lado unos miles de argentinos desaparecían como por arte de magia. Una magia distinta, que no tenía actos, ni reglas. No sabía de estratos, ni clases, ni edades. De la oscuridad de una noche a la claridad de un día solo un milagro (o una decisión) permitía que cada quien pudiera ver un nuevo amanecer. Pero claro, en ese mil novecientos setenta y ocho, todos los que no sabíamos de magias, éramos fútbol, éramos un pueblo unido, victorioso ante el mundo. Se sospechaba, claro, que existieron cosas poco menos que oscuras, pero nadie diría nada por muchos años. Nadie hablaría del partido contra Perú. Mucho menos de Quiroga, aquel argentinito que estuvo en el ojo de la tormenta 90 minutos, y al que le hicimos apenas seis goles. Goles que taparon gritos. Gritos que no fueron eufóricos. La euforia de un campeonato de fútbol. Los papelititos. Clemente. Videla en el palco. El pozo de Banfield. Las calles de Buenos Aires festejando. La Esma.

Un mismo año. Dos caras de una moneda que se llamaba Argentina. Al igual que la triste realidad nuestra de esa época, mi partido de fútbol tiene dos finales posibles. Ud. podrá elegir cuál le queda mejor a su estado de ánimo de hoy.

TRES DE LA MAÑANA

Pestañeó. Giró la cabeza y miró el cielo. La noche se insinuaba calma, oscura, silenciosa. La luna lo observaba desde el cielo azul marino. Las estrellas eran pecas en la cara que dibujaba una fina nube. Suspiró. No había refutadores de leyendas ni hombres sensibles de su lado. Miró el cielo una y otra vez. Recordó cada pincelada marrón dentro de esos ojos verdes que alguna vez, torpemente, creyó celestes.

Pensó que ya era tarde. Sacó un último cigarrillo de su atado y lo prendió. Mientras su boca besaba el cigarro, su mano tomaba el vaso de vino. Descorchó el Rutini que guardaba para alguna ocasión especial que nunca había llegado. Bebió un trago largamente. Lejos, un tren lamía las vías y roncaba.

Abajo, en la avenida, dos personas discutían, se agredían y abrazaban. Besos y llantos, lágrimas y risas. Más allá, cerca de la plaza San Esteban, un perro corría a los autos.

El silencio de la noche se cortaba con el andar de su respiración pausada.

Cortazar ya no le contaba qué era del triángulo amoroso de Traveler, Lalita, y... no recordó el nombre del personaje principal de una Rayuela que lo hizo conocer Francia, adorar a una Clocharde y ver en La Maga una mujer con la cual hubiera vivido eternamente. Recordó, sí, una frase: "Ella sufre en alguna parte. Siempre ha sufrido. Es muy alegre, adora el amarillo, su pájaro es el mirlo, su hora la noche, su puente el Pont des Arts."

—Seguramente, —se dijo, —algo deberá encerrar esa frase.

Siguió tratando de recordar el nombre del personaje prin-

cial. Nada consiguió.

Atrás, el televisor silencioso, desgranaba imágenes de algún partido de fútbol donde, parecía, ganaba Banfield.

En su PC, el MSN avisaba que alguien quería hablarle. Elió música: Janis Joplin.

Volvió al balcón. Sirvió más vino, se acodó en un rincón y miró. La luna seguía ahí, espiándolo. La noche, amiga de mil derrotas, testigo muda de borracheras, llantos y sonrisas se mostraba insoslayable. A la distancia, el río se mezclaba en un abrazo negro con el cielo mientras el viejo faro de Punta Chica lo acariciaba cada doce segundos.

Miró la hora, tres de la mañana, tercer vaso de vino y la ausencia de cigarrillos. La necesidad de sentir cómo el humo va abriéndose paso, primero en su boca y luego en su cuerpo, como un río entre montañas. Recordó el río Atuel y su tintineo nocturno al pie de la cabaña que habían alquilado tiempo atrás.

Ya no había negocios abiertos. Buscó desesperado entre la ropa apilada en una esquina del cuarto. Encontró un cigarro viejo, amarillento, arrugado, lo encendió y fumó lentamente, como queriendo secuestrar cada milímetro de tabaco quemado.

Un avión se envolvía con las nubes. Silbaba.

Lentamente se acomodó en el balcón. Inhaló, exhaló, bebió vino y le guiñó su ojo izquierdo a la luna.

El viento pegaba en su cuerpo, las luces subían a gran velocidad, la estrellas jugaban a ser luces de avión y la luna era el sol encerrado en una caja.

Recordó el nombre del personaje, pero no pudo a decirlo. Sonrió. Las luces se apagaron de repente. Hacía frío.

DE CÁBALAS Y DESTINO

Amanecía en Villaguay. En la casa de tejas marrones y vereda lustrada, frente a la plaza y a la iglesia, vivía el único mecánico del pueblo: Antonio.

—*¡Buen día Antonito!*

—*¡Buenos días mamá!* —Antonio, entre bostezos, devolvió el saludo.

—*Levantate, dale. Es un día hermoso y tenés el desayuno servido* —insistió la mujer, al tiempo que abría las ventanas del dormitorio de par en par.

El sol con su luz, llenó de color la habitación. Antonio se levantó cuidando de no pisar con el pie izquierdo. Las cerámicas frías en las plantas de sus pies le dieron escalofríos. Se desperezó antes de meterse bajo la ducha. De reojo chequeó que su ropa de trabajo estuviese lavada y planchada sobre la silla, igual que todos los días desde hacía años. Entró tranquilo al baño.

Antonio: soltero por fuerza mayor, metódico, parco al hablar, pausado en sus actos y creyente acérrimo de supersticiones, vivía con su madre a la que respetaba como la peor de las leyes. Luego que Fausta (su única novia) lo cambiara por el carnicero de la calle ancha, su madre era la única mujer con la que se lo vio en el pueblo.

—*Vieja ¿me alcanza la maquinita de afeitar y una toalla limpia? Me las olvidé en el ropero.* —pidió Antonio a los gritos.

Aurora le llevó una toalla recién planchada y una máquina de afeitar sacada del estuche.

—*Tomá Antonito, metele que está fresco y podés resfriarte. Además el pan está calentito sobre la mesa.*

Al terminar de vestirse, el mecánico fue en busca del desayuno. Una pava de agua caliente y el mate de madera, estaban esperándolo junto a una hogaza de pan recién horneada. Aurora extendió su mano y le alcanzó un mate.

—Viejita, acuérdesese que es 29, día de ñoquis, este mes vino flojito en el taller y hay que ayudarlo pa' que la plata aparezca —mientras hablaba, Antonio le daba el último sorbo al primer amargo.

Pasados una docena de mates y algunas rodajas de pan, Antonio salió de la casa en dirección al taller con el objetivo de tener al menos tres autos arreglados para las doce.

—*¿Qué tal, Hilario?* —La pregunta de Antonio tuvo su acostumbrado tono amable. Entró a paso ligero y fue en busca del baño del fondo.

Hilario alcanzó a responder «*Acá don Anton...* » y el grito retumbó en el taller tapando la respuesta:

—*¡Me cacho en diez! ¿Quién miércoles dejó la llave francesa adentro del botiquín? Acabo de romper el espejo. Lo que me faltaba, ¡siete años de desgracia!*

Salió del baño con los pedazos de espejo en la mano, los envolvió prolijamente y depositó rápidamente el paquete en la vereda.

Don Olegario, viejo amigo del mecánico, cruzaba la calle en ese momento.

—*¿Qué decís Antonio? ¿Cómo te trata la mañana?*

Se saludaron estrechándose las manos.

—*Acá, ganándome siete años mala suerte* —con la cabe-

za le señalaba el bodoque de papel de diarios. Siguió diciendo:

—*Parece que la vida se ensañó conmigo. ¿No fue suficiente con alejarme de la Fausta? Ahora esto. ¡Es mucho!*

Olegario lo miró compasivo, pensó en el carnicero y prefirió desviar la conversación.

—*Vamos adentro, Antonio, está fresquito acá afuera. ¿Me convidás unos mates y fumamos unos negros?*

Hilario esperaba con el mate humeante al lado de un Renault 12. Olegario convidó Parisiennes. Encendió su cigarro, extendió el fósforo a Hilario y cuando estaba por encender el cigarrillo de Antonio, escuchó la negativa:

—*¡Salga de ahí, hombre! ¡Lo único que falta es morir-me! No me mires así. ¿Acaso no sabes la historia de los tres soldados en Alemania? Un fósforo, tres soldados. A lo lejos un francotirador en una noche cerrada. Con el fuego en el primer cigarrillo se ve el objetivo, en el segundo se apunta y al tercero se dispara. Un alemán menos. Dejé que lo prendo con mi encendedor.*

Pasada media hora bien charlada, Olegario dijo:

—*Bueno Antonio, gracias por los verdes. Me voy yendo a lo del Coco, necesito comprar verduras. Que sigas bien.*

Silbando un chamamecito salió del taller.

El reloj había marcado el mediodía, Antonio estaba por cerrar el taller. De pronto una catarata de gritos e insultos lo hizo voltear la cabeza. Entrando a los empujones y despotricando contra sabe Dios qué, vio a una mujer bonita, de mediana edad, elegantemente vestida. Sus ojos y su cuerpo la mostraban al borde de un ataque de nervios. Hilario venía detrás, intentando explicar algo:

—*Pero señora, entiéndame, no es falta de voluntad... es que no tenemos forma de solucionar el desperfecto. El repuesto tenemos que pedirlo a la Capital y eso demora un par de días.*

La mujer, desencantada, necesitaba el problema resuelto en ese mismo momento. No aceptaba excusas.

Antonio siguió la conversación con la vista, mientras se acercó hasta casi chocarse con ella.

—*¿Usted es el dueño de este lugar?*—preguntó ella a los gritos.

—*Sí, señora, Antonio Mesa.* —Fue la respuesta mínima.

—*Supongo entonces que podrá ayudarme. Necesito llegar a San Salvador esta misma tarde y este hombre me dice que no puede solucionar el desperfecto de mi auto porque no sé qué tema de un repuesto.* —La mujer habló sin respirar.

«*Va a ponerse a llorar, como lo hacen los que vienen de la Capital*» pensó Hilario.

Antonio no lo podía creer, su madre lo esperaba con los ñoquis listos, y él, demorado por “una loca”, que no entendía razones.

—*Si Hilario dice que no se puede, ha de ser así* —el pensamiento cruzó por la cabeza del mecánico. —*El problema es que lo dice Hilario...*—sumergió su pensamiento inicial.

Pudo haber dicho que estaba cerrando el taller, que volviera a la tarde, pero la expresión desesperada en la cara de la bella dama cambió su parecer.

—*Bueno, vamos a echarle una ojeada al auto* —rezongó.

Revisó el motor y en pocos minutos corroboró el diagnóstico de su empleado.

—*Imposible señora., se rompió el alternador, hay que*

pedir el repuesto y, con suerte, puedo tenerlo acá en dos o tres días —habló lento y claro. Sin repetir. Evitaría que quedaran dudas sobre lo dicho. Antonio nunca más olvidaría esa cara de desconsuelo.

Inclinó su cabeza a manera de despedida y saludó cortésmente. Caminó despacio hasta la puerta del taller. Esperaba un ataque de nervios de la mujer. Pero sólo pudo ver tristeza y desazón en ese hermoso, hermosísimo, rostro. Acomodó su gorra de lana, limpió el vidrio de sus lentes y caminó rumbo a su casa donde los ñoquis, seguramente, estaban esperando sobre la mesa. Hizo tres o cuatro pasos, no más, se detuvo y volvió la vista hacia atrás. Primero vio el color celeste, luego la tristeza de esos ojos que venían tras él.

—*Perdón, don Antonio, ¿no conoce algún lugar que alquilen autos?* —La pregunta de Laura sonó a súplica.

—*Mire señora, en el pueblo no hay ese tipo de empresas, a gatas hay una remisería, pero si uno va a más de 30 kilómetros no lo llevan. Y si no me equivoco San Salvador queda a unos 50 kilómetros de acá.*

—*Qué lástima, tengo llegar a San Salvador antes de las ocho de la noche, soy la madrina de bodas de un casamiento.*

Antonio la miró pensativo, se quitó la gorra y rascó su cabeza.

—*Si Ud. quiere y no se ofende puedo llevarla en mi auto, no será moderno como el suyo, pero anda fenómeno.* —Él siempre fue esclavo de los ojos claros, recordó que Fausta los tenía color verde.

—*¿Lo haría?* —quiso saber Laura, nuevamente al borde de las lágrimas.

—*Sí, pero con una condición, primero almorzamos en mi casa. Hoy es 29 y la vieja hace unos ñoquis que ni le cuen-*

to. Además, vea, tengo los dos pesos para poner abajo del plato. —Sacó el billete del bolsillo de su camisa y lo mostró orgulloso.

Caminaron lento y sin hablar, con la brisa dándoles en la cara. Las tres cuadras entre el taller y la casa fueron un suspiro. Laura lo siguió al interior de la vivienda. Estaba demasiado agobiada como para plantear nada.

Al entrar a la cocina, el aroma a comida casera inundaba el aire. No pudo evitar recordar su casa de infancia en Banfield.

—*Mamá, ponga un plato más en la mesa, tenemos una invitada* —Antonio habló sin mirar a su madre. El rostro de Aurora se iluminó al ver a la dama. El ambiente familiar, sereno y sencillo, logró tranquilizar a Laura y la hizo sentir extrañamente cómoda. Finalizando el almuerzo Antonio le habló a su madre:

—*Voy a llevar a la señora a San Salvador.* —A pesar de que esa frase rompía las dos reglas establecidas por su hijo durante años: dormir la siesta y no dejar el taller en manos de Hilario, por algún motivo el comentario no sorprendió a Aurora.

Salieron hablando de las bondades de vivir en un pueblo, alejados de las grandes ciudades. El gato negro de doña Eduviges se cruzó en ese momento. Instintivamente los dos retrocedieron tres pasos. Se miraron. Nada dijeron.

Antonio subió al auto, besó la imagen del Gauchito Gil y partieron. Tomaron la ruta 18. El viejo Ford, con su ronquido parejo, los llevó sin prisa los cincuenta kilómetros que separaban Villaguay de San Salvador. Durante el viaje hablaron de muchas cosas, pero muy pocas de sus vidas. De todas formas charlaron con la misma naturalidad que tienen quienes se conocen desde hace años. Hacía mucho tiempo que el

mecánico no mantenía una conversación que no fuera sobre autos con una mujer, exceptuando a su madre, claro.

Llegaron a destino poco antes del atardecer. Los rayos de sol apenas comenzaban a esconderse tras las arboledas del campo y el paisaje se teñía de rojo y ocres. En la entrada al pueblo el auto se detuvo.

—*Acá está bien, Antonio.* (La palabra “don” ya no salió de los labios de ella). *La casa de mi sobrino está cerca, y puedo llegar sola.*

—*Pero señora, no cuesta nada dejarla en lo de su sobrino. Bueno, como usted quiera.*

Ella parecía no escucharlo y sacaba de su cartera doscientos pesos en billetes de diez. Los ordenaba uno a uno con la cara de Manuel Belgrano hacia arriba (Como lo hacía su madre para que el dinero no falte en la casa) y se los ofrecía.

Dijo entonces:

—*Es para usted; espero cubra los gastos que le ocasionó traerme hasta acá.*

Antonio se negó a aceptar los billetes, pero ante la insistencia firme de Laura y recordando la mala recaudación del taller, los aceptó a desgano.

«*Qué linda es...*» pensó... «*¿Qué te pasa, Antonio? ¿A tu edad y pensando macanas? Dejate de embromar...*» se censuró. Volvió a besar la foto del gaucho Gil, puso primera y retomó la ruta dejando atrás a San Salvador.

Entró al taller a paso lento. La ausencia de la habitual siesta estaba pasándole factura.

—*Mbae pá chamigo?* —saludó en guaraní Hilario. Siempre, cuando algo lo alegraba, Hilario hablaba en su lengua natal.

—*Porá nomás* —contestó Antonio en un guaraní menos nativo. Agregó:

—*Bien, por suerte dejé a la Laura en San Salvador y encima me gané una propina.*

Hilario lo miró cómplice. Preguntar era algo inútil. Conociendo lo cerrado que era su patrón prefirió seguir trabajando en un motor.

La noche se alzó clara. Antonio sumido en sus pensamientos acariciaba el mate recién cebado. Sentado y en la penumbra de su oficina murmuraba:

—*Los ñoquis de la vieja trajeron su fruto, doscientos pesos que ayudan. Me levanté con el pie derecho, seguro trajo suerte. Además conocí a Laura. Pucha, ¡qué sonso fui! Ni siquiera sé si Laura es casada o tiene algún tipo de compromiso. Reconocelo Tonito, la mujer te gustó. Capaz soy muy grande para ella. ¿Cuántos años tendrá? 40, 45 como muy mucho. No, ¡convencete, Antonio! Ya tuviste un amor y se fue. No hay dos chances de enamorarse en la vida.*

Hilario se acercó despacio y como adivinando, susurró:

—*Lindita la Laura, patrón.*

Sin esperar respuesta y aceptando un mate, agregó seguro:

—*No se preocupe si algo le quedó en la cabeza, mañana o pasado tiene que venir y guazú será tu alegría. iave, iahá. Tenemos que cerrar el taller.*

Los días transcurrieron lentos para Antonio.

«¿Cuánto demora un casorio? ¿Cuándo vendrá a buscar este auto? ¿Justo acá en el medio tiene que estar?» Las preguntas iban y volvían una y otra vez. Ansiedad.

Hilario lo miraba sin decir nada, entendía claramente el

sentimiento de su patrón, pero prefería no hacer comentarios.

Al tercer día, la tarde amenazaba con dejar una noche más de espera, cuando Laura entró al taller sin llamar a la puerta y lo sorprendió.

—*¡Buenas tardes, Antonio!* —gritó alegre.

—*¡Buenas tardes, señora!* —contestó él, intentando disimular su alegría —*¿Qué tal el casorio? ¿Contento su sobrino? ¿Lista ya para el regreso?*

—*Todo salió perfecto gracias a Dios. Espero que el auto haya quedado perfecto también* —contestó Laura en una mezcla de complicidad y picardía.

Antonio la miró feo, como si hubiera oído un insulto, meneó la cabeza, esbozó media sonrisa y sin pensar dijo:

—*Parece que la sigue el diablo de lo apurada que se la ve. Bueno... claro...la deben estar esperando.*

—*¿Cómo adivinó? Me espera Banfield, mi pueblo, ah, también me espera mi mamá y Flauta, mi perro.*

—*¿Quiere probar el auto antes de tomar la ruta?* —Esta vez habló rápido, sin pausas, sin mirarla a los ojos.

Laura, por el contrario, habló pausada:

—*Probemos el auto.*

Al darse cuenta de la invitación implícita trató de corregir lo dicho:

—*Digo, si usted me acompaña, claro...*

Subieron al auto que estaba ahí, justo en el medio del taller. Antonio se puso tenso. Por un segundo creyó ver a Fangui guiñándole el ojo izquierdo desde el mural colgado en la pared de ladrillos desnudos.

Laura, aprovechó la distracción para retocar su maquillaje y poner en el estéreo un CD de Barry White.

Hilario miraba la escena desde la oficina en penumbras. En voz baja decía:

—*Decíle rojaijú, ch´amigo patrón!* —Sonreía.

Se escuchó el andar calmo del motor y a Barry White desplegando su voz de trueno. Las luces del auto se prendieron y éste arrancó marcha atrás, despacio.

Antonio pensó:

—*Quizás la viejita tenía razón cuando me pidió que la acompañara a la iglesia de San Antonio el domingo pasado. Seguro me ayudó que no saqué la lotería... Desafortunado en el juego, afortunado en el corazón...*

Laura pensó:

—*Fue el ramo, seguro fue el ramo. Valió la pena terminar de nariz en el piso del salón. Por suerte le rogué a la novia que apuntara hacia mi lado...*

Eran pasadas las diez en Villaguay. Aurora desde su cama miró el reloj en la mesita de luz y sonrió. En voz bien bajita decía “Gracias San Antonio, parece que el nene encontró lo que buscaba”.

Hilario, mientras tomaba un amargo, sonreía pensando que mañana el taller tendría otro aire, otra vida.

El restaurant del pueblo aún estaba abierto. En su pared posterior frente al ventanal se veía un espejo roto. El gato negro de doña Eduviges se acomodó mansamente en el antepecho del ventanal. Miró hacia adentro y pareció sonreír. Alguien por los parlantes de la vieja radio informaba que el 75 era el número ganador en la quiniela esa noche. Allá al fondo, en la esquina más alejada del salón y en penumbras Antonio y Laura comenzaban a creer en el destino.

CAYÓ PIEDRA SIN LLOVER

Eran las seis y pico, casi las siete de la tarde. Yo, como en cada previa, andaba nervioso y apurado. El atardecer y su inevitable caída en ese día gris era la antesala de una nueva noche. Cíclico, invariable, rutinario.

El viento se paseaba frío por las calles de Banfield. ¿Cuánto tiempo quedaba antes del aguacero? En lo alto iban de este a oeste las nubes grises que lo cubrían todo. Si hubiera querido, podría haberlas mirado con detenimiento, seguramente hubiese encontrado figuras: acá estaría un Pegaso y allá una cara demoníaca con su mirada diabólica, la barba candado y su sonrisa desprolija, burlona. Aún no era tiempo de ver caer la lluvia sobre Banfield. Volví a mirar el techo gris del atardecer. Al norte de mi vista miope entre las nubes pesadas, se abría una herida celeste ennegrecida. El sol en una última exhalación trataba vanamente de sangrar por ella.

Con tan solo proponérmelo podría haber encontrado más de una razón para escribir un cuento nostálgico, tristón, tanquero quizás. Pero mis pobres intentos por escribir ese cuento que no sería tal me daban claras señales de que lo mío no era la literatura. Aquella tarde no pude sentirme más que una esperanza caminando.

Todo lo que mostraba esa pintura ante mis ojos era útil. La tarde, tal como la veía, el viento frío, el olor a lluvia, las hojas amarillentas y crujientes en las veredas, mis pies ligeros, el farol de la esquina empezando a pestañear, todo podría servir para escribir, pero cuando llegué a Peña y Arenales hubo algo que me sacó de tanto enrosque literario: las luces del estadio.

La escenografía en el barrio aun no tenía a todos sus actores. Estaban sí, los actores de reparto; los policías, encarga-

dos de repartir a troche y moche si la cosa se ponía espesa. Sus autos cruzados sobre la calle Arenales parecían un muro de chapa blanco. Las luces rebotaban una y otra vez en las paredes de mi querido estadio.

El Lencho y las casas frente a él, se teñían de azul intermitentemente. Las vallas metálicas sobre los adoquines me impedían seguir mi peregrinación apurada en busca de las ventanillas de venta de plateas.

Subí a la vereda ante la mirada atenta, siempre alerta, de unos ocho hombres de azul. Al noveno lo sorprendí agarrando un termo con agua caliente que la vecina de al lado de la carnicería le había preparado.

—¿*Dónde lo van a tratar así, oficial?* —le dije, sin saber por qué. La señora se rió y dijo orgullosa:

—*Sólo en Banfield, claro, ¡si somos distintos!*

El policía ni me miró. Tapó el termo, acomodó la pistola en la cintura, bajó al adoquinado y fue a unirse con los suyos.

Seguí mi camino sin pausa hacia la boletería. Las hojas de la vereda dejaron de crujir para formar un pastiche con el agua de la zanja. Mis pies seguían esquivando hombres azules y mis ojos enfocaban la ventanilla adecuada. Nadie. Ni uno solo haciendo cola en ella. Al ver la ventanilla con ausencia de compradores, me relajé y caminé más tranquilamente. Encendí un cigarro y dejé que el viento se llevara el humo de mi primer pitada.

El sonido vino desde atrás, de muy cerca. Traté de asemejarlo con algún sonido conocido: animal, humano, máquina, pero algo en mí se negaba a reconocerlo. Volvió a ocurrir inmediatamente, el sonido volvió a penetrar mis oídos. Escuché esa especie de silbido formado sólo por una hilera de letras “eses” estiradas infinitamente. Similar a la lengua

bífida de una serpiente. Hubo más sonidos unidos al primal. Era una voz. Eran palabras.

Repentinamente me recordé con camperita de jean desflecada y Topper tenis. La fiesta inesperada en lo de Gómez, en Valentín Alsina, acompañada con música de Duran Duran, The Police, y Soda Stereo. Me recordé en la bañera en la que me quedé dormido a las cuatro de la tarde de un martes, borracho. Todo se amontonó en mi cabeza incluyendo, claro, esa especie de corto zumbido que ahora estaba detrás de mí.

La voz dueña del sonido fue dejando salir letras que conformaban palabras, que fueron una frase que finalmente tuvo formato de pregunta. Me hablaba a mí, me interrogaba:

—*¿Zarazola, zoz voz?* —Mi apellido no ayudaba a que su seseo fuera, al menos, disimulado. Vi la mano firme extendida, con sus dedos estirados, buscando chocarse con los míos para apretarlos fuerte, como hacía 25 años atrás. Siempre se había preocupado por el qué dirán y ese gesto de estrujar los dedos del otro significaba para él la demostración de su franqueza. Quizás suponía que yo podría pensar al momento de sentir sus huesos clavándose en mi diestra: “Sigue siendo sincero”. Estaba equivocado.

—*Sí, el mismo. ¿Vos eras?*... Recordaba perfectamente su apellido. Rizutti, ENET N° 14 Libertad, Barracas. Nos comimos 15 amonestaciones cuando él nos mandó en cana por las bombitas de olor y el robo del paraguas a la de Análisis Matemático. Además de otras cinco por haberle puesto caca en un folio dentro del tablero de dibujo a ese mismo que me saludaba. Mal músico. Pésimo deportista. Éramos la tercera camada de Técnicos Mecánicos. Año 1988. ¿Cómo no recordarlo?

—*No me digaz que no zabez quién zoy. Con la memoria que tenía, eza no te la creo.*

Mientras me hablaba, buscaba palabras que evitaran que su seseo quedara en evidencia. Antes de pronunciarlas, las pensaba. Por primera vez levante la vista y vi claramente su rostro. Tenía sus primeras arrugas (¿yo también las tendría?) Sus ojos claros me investigaban, alegres e inquietos. Un diminuto aro adornaba su oreja izquierda. Transpiraba, pero su boca estaba reseca. Los labios partidos, pálidos, se contraponían al bermellón de sus cachetes. Una vena le cruzaba la frente y se perdía en su parte superior, uniéndose al pelo gris peinado hacia atrás y sujetado por un rodete a la altura de la mollera. No había crecido mucho en altura, pero su cuerpo moldeado mostraba horas de trabajo en un gimnasio.

—*Claro, vos sos Rizutti, el violero. ¡Cursamos juntos el industrial!* —Simulé contentarme con el encuentro. Rápidamente agregué: —*¿Qué hacés por acá? ¿Sos del barrio?*

Esperaba un no como respuesta aliviadora. No quería alentarle a desmenuzar su vida. Por algo nunca tuve Facebook ni me ocupé en buscar a alguien que hacía 25 años que no veía y cuyos recuerdos iban de malos a pésimos. No estaba dispuesto a escuchar que hacía siete años se había mudado a tres cuadras de la cancha y que antes vivía más tranquilo en la rama de un árbol en Soldati.

—*Pero mi mujer, ¿vizte como ez la coza no?* —No, no vi cómo es la cosa. Me negaba a escucharlo. Además eran las siete, debía sacar las entradas.

Volví a mirarlo y un gesto en su rostro me hizo recordar detalles que creí perdidos por el camino. Recuerdos que generalmente van siendo pisoteados por otros nuevos e importantes. Me detuve en su ojo derecho, vi el guiño y sin pensar dije:

—*¡El Ancho! Vos sos “El Ancho”, ahora sí te veo clarito...*

Sonreí, lo palmeé en su hombro izquierdo y le pregunté:

—*¿No tenés frío?* —Entendí el porqué de su color en los labios. Tenía puesto un pantaloncito corto azul y musculosa blanca, medias blancas con rayas azules en el elástico y zapatillas Nike de running. Los brazos se veían trabajados y recién salidos del horno, el bronceado era parejo. Me abroché el saco.

—*Zi, ahora ze puzo fulero. Ze levantó ezte viento de mierda. Venía bien la tarde.* —Guiñó nuevamente su ojo derecho y continuó: —*Haze trez años que vivo en Temperley, dezde que me zeparé.* Cagué, me lamenté. Si lo dejaba seguir hablando debía escucharlo un largo rato. Miré la ventanilla y comencé a caminar, le hice un gesto a imitarme. Mientras, él me preguntaba:

—*Che, ¿no tocaste más el bajo?* —No sé si mi oído se acostumbró a su seseo o había mejorado su dicción en esos minutos, pero dejé de notar el silbido de su lengua bífida. Estiraba sus brazos al cielo, los hacía girar en grandes círculos, inhalaba abriendo sus fosas nasales y exhalaba dejando que el soplo saliera por la “O” de su boca. Daba pequeños saltitos en el lugar evitando enfriarse.

—*Tres plateas bajas, por favor. Sí, socios.*

Al ver sus movimientos, apuré la charla iniciando una despedida rápida. Lo miré y dije:

—*No, Ancho, no toqué más. Terminó la secundaria y terminó el chingui chingui. Pero vos andá que te estás enfriando, otro día nos cruzamos, siempre ando por acá.*

Había algo en el Ancho Rizutti que me inquietaba, pero no podía recordarlo con claridad.

El farol de la esquina dejó de pestañear y se apagó. De repente lo supe: ¡Era mufa! Éste, además de todo, ¡era mufa!

Había quedado en lo más recóndito de mi memoria la noche en que en una fiesta del Joaquín V. González subió a tocar con nosotros y saltaron los tapones. O aquella vez que organizó el picnic del día del estudiante y llovió durante tres días.

Estaba a punto de agarrar las entradas, cuando nuevamente intenté despacharlo. Había decidido no agarrarlas si él estaba presente. A ver si todavía...

—*Andá nomás, metele que te vas a cagar enfermado y no está para joderse la salud.*

Él seguía dando saltitos a mi lado, como aferrándose a una conversación que yo quería dar por concluida.

—*No tengo apuro, te espero. ¿Contra quién juegan hoy? ¿Tres plateas sacaste? ¿Venís con amigos o con la familia?*

Hubiera salido corriendo. Mi nerviosismo volvió a su máxima expresión, más sabiendo que ese tipo era piedra. Lo miré. Su cadena de oro de eslabones gruesos y el reloj grande en su muñeca izquierda mostraban su buen pasar económico.

—*Contra Quilmes. Sí, tres. Vengo con la fami... amigos, vengo con unos amigos del barrio.*

Miré al vendedor, le pagué y dándole toda mi espalda a la piedra, conté lentamente el vuelto. Acomodé muy despacio los billetes y esperé que me diera las entradas.

Sentía sus movimientos aeróbicos detrás. Podía oír su respiración, armónica con sus movimientos y con el golpeteo de sus zapatillas en las baldosas. No podía seguir estirando el asunto. Me jugué la última carta.

—*Dale, Ancho, andá. Mirá que yo pago esto y me cruzo a la casa de uno de los pibes.*

Gracias a Dios, enfrente estaba la señora que le dio el termo al policía, levanté mi mano y la agité varias veces, saludándola. Ella sonrió.

—*Esa que ves ahí es la mamá de uno de los pibes, me dijo recién que me espera con el mate calentito. Andá, en serio, otro día te veo por acá.*

En verdad, yo me sentía un mal tipo, pero nos jugábamos el primer puesto del torneo y no podía arriesgarme a que un gato negro al que no veía hacía 25 años y de quien jamás me interesó saber, se cruce por delante y me chucee el partido. Al parecer, el Ancho comenzaba a sentir frío, porque sus movimientos tomaron mayor velocidad y el sudor comenzaba a aparecer nuevamente sobre su frente.

—*Zarazola, parece que el partido te pone tenso y a mí el frío me eztá congelando el culo, mejor sigo trotando.*

Agradecí a todos los cielos.

La noche ya había acaparado con su oscuridad todos los sitios sin luz. Algunas casas habían encendido las luces de la entrada y las veredas del estadio estaban completamente iluminadas. Había llegado la televisión para la transmisión y atrás mío se había formado una fila de unas cuantas personas más. El tipo de la ventanilla me miraba con las entradas en la mano, las golpeaba rítmicamente contra el mostrador. A intervalos de 10 o 15 segundos levantaba el cuello y miraba por encima de mi hombro izquierdo a los de atrás. La piedra dijo:

—*Hagamos algo, le meto pata, llego a casa, me baño y me vengo a ver el partido con vos, total entradas seguro consigo, ¿plateas bajas eran no? Además, seguro pierden hoy...*

No sé con qué cara lo habré mirado, ni qué gesto salió de mi cuerpo, pero el Ancho miró su celular y agregó:

—*Lástima che, te perdiste mi compañía, me acaban de mandar un mensaje, tengo ensayo, no va a faltar oportunidad de vernos acá.*

Sacó de su cintura una billetera diminuta y de ahí adentro

una tarjetita. Me la alcanzó, sentí la humedad del cartón, la tomé con dos dedos y la puse en el bolsillo de afuera del saco. Mientras él comenzaba a trotar más velozmente y a alejarse de a poco, yo iba tomando mis entradas.

Lo escuché decir a los gritos:

—*Toco con Néstor En Bloque, soy el de los timbales, mirame en Pasión de Sábado! En la tarjeta está mi número. Me alegró verte. Un abrazo.*

Caminé tres pasos para atrás. Me persigné sin saber claramente por qué; supongo que la religión y las cábalas no van de la mano, pero todo ayudaba a espantar tanta mufa. Puse la cintita roja que siempre llevo dentro del maletín, en el bolsillo derecho del pantalón. Tomé la tarjeta húmeda y la dejé en el cesto de la vecina. Anduve tres cuadras hasta que miré la hora en el celular, aún había tiempo. Encendí un cigarrillo. El humo iba saliendo de mi boca como si fuera una chimenea de un viejo barco a vapor. Volví a mirar el cielo, el Pegaso movía sus alas empujado por el viento, trepaba nubes. La cara diabólica y sonrisa burlona me miraba y me guiñaba su ojo derecho, como el Ancho.

Pensé en Rizutti, no le encontraba el nombre correcto a su profesión, sería ¿timbalero, timbalista, timbaletero? Me prometí preguntárselo, si alguna vez tenía la desafortunada ocasión de verlo nuevamente.

Doblé a la cuarta esquina, bajé al adoquinado esquivando el fuego naranja que salía de una montaña de hojas secas. Saludé al abuelo piromaníaco y enfilé al punto de encuentro con mi familia.

Al encontrarnos, nada dije del Ancho, pero la pregunta se había alojado en mi cabeza: *¿Todo esto podría ser parte de un cuento? ¿Por qué no?* Sonreí.

Esa noche Banfield perdió 4 a 3 con Quilmes.

EL CASO DEL VIERNES

La verdad, es que nadie tuvo más fortuna que él, por tan poco tiempo. Oíme; sí, lo cagaron. Está clarito que lo cagaron los porteños. No sé si me explico: ¡lo ca-ga-ron!

Si querés, te cuento. Mirá que es peludo el tema, ¡eh! ¿Tenés tiempo? Claro, ¿cómo no vas tener tiempo vos? ¡Con la edad que tenés! Y decime, ¿Por qué querés saber? ¿Sos pariente? Seguro que sos pariente. ¿Vos venís de San Luis?

Sentime. Te digo que es largo el asunto. Bueno. Mirá que me lo pediste y más de una vez, eh. Sentate pibe, pedite un café, mejor tomá mate conmigo. El café es pa' los porteños esos que cagaron al Viernes. Sentime bien y no preguntes hasta que yo termine.

Ese sábado, como casi todos los sábados de verano, la muchachada de Venado Tuerto pasaba el día nadando en la laguna de Don Pancho. La verdad es que la laguna estaba dentro del campo de Don Pancho. Supongo que poniéndole el nombre del dueño de las tierras quisieron darle al cristiano —que en paz descanse— cierta forma de homenaje. Pero a mí me gusta pensar que se necesitaba darle un nombre como referencia clara al lugar. Por ejemplo, pibe, querías pasear con las gurisas y no hacía falta decir nada más. A lo sumo asegurabas un “el sábado a las dos en la laguna de Don Pancho”. Listo. Si se armaba algún desafío al fulbo contra los del pueblo vecino, lo mismo. Así era con todo, pibe, así con todo. Hasta un asado bajo los árboles organizabas con esa referencia. ¡Imaginate! Allá por 1938 no existían las guías de calles. Mucho menos la Interné, esa de las computadoras. No, qué va a existir eso. Entonces, pa' cualquiera esta referencia era de uso diario.

Me fui al demonio. Pero lo que te quiero hacer entender es que era un punto de encuentro en Venado. Decía antes, que

el Viernes... (no cambié nada el día)... nadaban los sábados, pero el tipo se llamaba Viernes: Viernes Scardulla. Lo sacudieron lindo con el nombre al pobre crío. Mirá que ponerle de nombre un día de semana. ¿A quién se le ocurre? Más te digo, le habían puesto Biernes, con B grande, para diferenciarlo, pero en el registro civil no lo aceptaron, entonces quedó Viernes, igualito que el día. Otra vez me fui a cualquier lado. El sábado ese estaba el Viernes y sus compinches, entre los que andaba su cuñado, y algunas pibas del pueblo nadando en la laguna de Don Pancho. En eso, la pelota de cuero que usaban para pasar el rato se manda a la parte de atrás de la laguna. Allá, ¿ves? En el límite con el montecito ese, sí, ese donde está el ombú. Ahí, m'hijo, claro. La pelota fue a dar a esa parte de allá y el Viernes la siguió pa' traerla de nuevo al juego. Cuando, según cuenta la historia, vio que había algo parecido a la punta de un barco o un bote grande que sobresalía del agua.

Tomate el mate que se enfría rápido. Bueno, cuando el Viernes ve eso, llama a su cuñado, se meten bajo el agua y salen sin decir nada. Esa noche, vuelven a la laguna con alguna herramienta. No, no sé de qué clase de herramienta. Ponele, una sogá, dos palas y un sacaclavos de los grandes. Los tipos tienen tanta suerte que el agua había bajado. Ahí, se le hizo fácil el asunto al Viernes y al otro. Se metieron abajo del agua y sacaron tres cofres que estaban con candado. Uno por uno los sacaron. Parece que anduvieron viendo de quién podían ser esos cofres y según cuentan, eran cofres con tesoros robados por el Virrey Sobremonte. Este tipo venía escapando de la Capital con las cosas que se había robado. Andá a saber a quién le afaná todo eso. La cosa es que nunca nadie reclamó, y si lo hicieron, nunca dieron con las joyas que estaban ahí adentro, en los cofres. Un fenómeno ese Sobremonte. Pero pa' mí que se los olvidó, o no sé, capaz que era tanto lo

que tenía robado que los fue dejando por el camino y estos los dejó acá, tirados en la laguna.

Bueno, sentime un poco, la cosa es que el Viernes y su cuñado, se cargaron los cofres y rumbearon pa' la despensa que tenía el Scardulla en la parte de acá de su casa. No sé si llegas a ver desde ahí sentado, pero allá donde dobla la curva de la calle, ahí estaba la despensa. Ahora está la granjita de los pollos. En ese lugar, le entraron a pegar golpes pa' abrir cada cofre, pero parece que no pudieron. Durante dos años anduvieron dale que dale, tratando de abrirlos y ni mosqueaban los fierros.

La cosa se iba sabiendo de a poco en el pueblo. Ellos negaban que tuvieran nada. Hasta que el comisario del pueblo—que era medio amigo de los viejos del cuñado del Viernes—se enteró. Ahí se encarajinó la cosa. Tomá, ya se está lavando el mate. Tomate éste, y lo arreglamos un poco.

Cuando el gordo, el comisario, se mete en el asunto, la cosa se complica en Venado. No había forma de seguir escondiendo el asunto. El Comisario era pesado, Orlando Macassín se llama, todavía vive, sí, claro, pero ya no oye ni ve como en esa época. Este tipo era de esos que te ayudan si lo necesitas, pero pueden llenarte de bosta de vaca fácilmente. Sabrás que en los pueblos hay dos o tres personajes que tienen el manejo de todo lo que pasa. ¿Cómo que no sabés? Ahh, sí, mi viejo, en los pueblos, por esa época, había dos o tres que cortaban el bacalao. ¡Dos o tres no más! Acá estaban: el cura, el abogado y el comisario. ¡No sabés nada de la vida en los pueblos vos, eh! Se conoce que venís de la ciudad. Claro, en la ciudad son más los poderosos. Acá con dos o tres ya es suficiente, ¿me explico?

Otra vez me fui a la mierda. Te contaba que Macassín era un tipo respetado y temido. Como no sabía cómo hacer para

meterse con la fortuna de los cofres, habló con el abogado. Este tipo, el abogado, se llamaba Marcos Ortega Sánchez, y como todo abogado, tenía contactos en todas partes. Parece que el de doble apellido habló con unos amigos de Buenos Aires que le aconsejaron que fuera a ver al Viernes y al cuñado, que hablara con ellos y que los convenciera de irse pa' la Capital. La verdad no sé cuándo empieza el asunto ese que llaman "el cuento del tío", pero si no es con este Scardulla pega en el palo, mirá lo que te digo, ¡pega en el palo!

¿Terminaste con el mate? Mirá que sos lento pibe... ¡Qué va a estar caliente el agua! Bueno, acá en el interior, el mate se toma así, amargo y bien caliente.

Te sigo contando, sentime un poco. Los convencen a estos dos. Los convencen, y para darle más importancia al asunto, les dicen que los únicos que pueden viajar con el botín encontrado, son ellos. Nadie más. Así todos estarían tranquilos. Les dicen que vayan al Senado de la Nación. Ahí estarían dos grandes amigos del abogado Ortega Sánchez y ayudarían a abrir los cofres. Cuando al fin pudieran abrirlos, le darían la parte que le correspondía a estos pobres cristianos. Porque... vos pensá, muchacho, esos cofres tenían cosas afanadas, no sé a quién, ni cómo, capaz afanaron a los indios, o a los gallegos mismos, qué sé yo. La cosa es que eso era afanado.

Cuando llegan al Senado había dos tipos esperándolos. Los tipos se presentan como Monti y Gastón. Andá a saber si Gastón era el apellido. Imaginate, si este tipo de acá se llamaba Viernes, Gastón sería un apellido precioso.

Esperá que caliente el agua y cambio la yerba.

Oíme, te contaba que esos dos tipos los estaban esperando allá. Los reciben en un despacho y le dicen a un empleado que busque herramientas y traiga los cofres a la oficina. Los abren y ahí nomás le dan un papelucho, no, era un cheque,

un pagaré, un documento, no sé qué carajo era. Pero cuentan que en ese papelucho decía que le pagaban veintidós mil pesos, patacones más, patacones menos, ¡22 lucas! Un dineral de guita pibe! A manera de anticipo. Le dicen eso: “Tomen veintidós mil pesos como anticipo de lo que encontraron. Cuando sepamos cuánto es el valor total, les damos el resto”. No hablan de porcentajes, no hablan de fechas, ni hablan de nuevos papeluchos. En fin, no hablan de tres carajos. Además pibe, ¿cómo sabían que había más de 22 lucas en el cofre sin haberlo siquiera mirado? ¿Vas entendiendo por qué te digo que al Viernes y a su cuñado Pocho, (le decían Pocho), les hicieron el cuento del tío y los cagaron?

Che, esperá que traigo un pancito casero. ¡Acá hacen unos que son un manjar! Los hace la vieja Susana. Antes la vieja estaba un despelote. Era una bomba, ahora es gorda y arrugada. Y... ¿viste pibe? Los años. Dale, compramos uno y lo probás. Con el mate andan fenómeno.

Bueno, ¿en qué andaba? Ah, sí, los tipos estos. Parece que los tipos no aparecieron más y los cofres tampoco. Entonces Scardulla, que era del interior, pero no boludo. Porque en la Capital se creen que todos los de este lado somos boludos. Mejor si vos no lo crees. No me dijiste tu nombre. ¿Cómo te llamás? ¿Nelson? ¿Como el capitán? Ah. ¿No era capitán? Ah, almirante, era almirante. Mirá qué rápido ascienden en la marina. Bueno Nelson, la cosa es que Uds. los porteños nos tienen por boludos, pero vas a ver que Scardulla no era un boludo.

Otra vez me sacás de la historia. Atendeme la situación, Scardulla se apiola de la macana que les hicieron y sale de pique a hacer la denuncia en un lugar que se llamaba, creo, Estafas y Defraudaciones. Nadie le cree demasiado lo que el Viernes cuenta. La historia la cuenta él, porque su cuñado Pocho era más cerrado que ombligo de naranja. ¿De que te reís,

pibe? ¿De lo del ombligo? No sé si la naranja tiene ombligo pero me gusta decir eso. Bueno, si no querés quedarte a vivir acá, dejá de cortarme la historia.

Entonces al principio, nadie le cree al Viernes, pero después los va convenciendo. A tal punto los convence que arrancan a investigar y ¡mirá vos! Se destapa la olla. Y acá viene lo jugoso. Sentime. Los tipos le terminan creyendo al Viernes y despacito, sin hacer mucho ruido, arrancan a investigar. Resulta que dan con un tal Ramón Nicasio Martínez. ¿Que quién es ese? Espere, mi amigo, no me apure si me quiere sacar bueno.

Este Martínez es Monti. Usaba otro apellido, o eso que le dicen “alias” en la lengua políciaca. La cosa es que este Monti, tenía más historia que nuestro presidente. Si, este presidente pibe, no el de esa época, el de ahora, el de la Rioja. ¡Sos vivo vos, jeh! Me gusta eso. Monti cae en cana, lo mandan hasta el cogote a la cana. Nadie sale en su defensa. Eso fue raro para un tipo que dicen, movía tantos patacones y tanta gente. Pero parece que el Chicho, que era un mafioso, que manejaba más guita y más gente que el mismo Monti, metió su mano y le mandó gente para que pudiera ver al Barba. Lo mandó para arriba nene, ¿soy claro? Pero todo debía quedar oculto y limpito. Entonces en la comisaría donde estaba encerrado Monti van y dicen que el pobre tipo se suicida. Atendeme, qué carajo se va a suicidar, si tenía los cofres y toda la guita para pagar un buen abogado defensor. ¿Vos te suicidarías? Ni mamado. Bueno, este angelito se saca el techo del cerebro de un tiro.

¿Y qué me contás? ¿Rico el pancito, no? Ahora, cuando llegue el mediodía le pedimos a la Susana unos fiambres y picamos algo con este pan. Vas a ver muchacho, esto es el verdadero gusto por la vida. Vas a pedir cerveza a los gritos. ¿Cómo que no tomás cerveza? ¿De dónde saliste? Acá, mi

viejo, se toma mate caliente y cerveza helada. ¡Qué no, ni no!

Bueno, te decía que se liquidó Monti. Parecía que la investigación se enfriaba luego del amasijo ese, pero no, la investigación siguió. Pero siguió para el lado equivocado. ¿A quién te pensás que investigaron después de eso? Pero no, hermanito, a los comisarios no se los investiga. A los abogados menos, mi viejo. Bueno, te la hago más corta. ¡Investigan al Viernes! ¿Y sabés qué, pibe? Lo acusan de curanderismo... mirá qué pe-lo-tu-dez! En serio te digo. Parece que dijeron que Scardulla sabía curar el empacho, el ojeo y la culebrilla. ¿Cómo va a saber, si apenas podía atender la despensa? No sabía un carajo el Viernes. Igual lo mandan en cana. ¡Le dan la cana! Lo pienso y ¡me agarra fiebre! ¿Cómo puede ser? ¡El tipo denuncia que lo cagaron y le dan la cana! Ya en esa época nuestro país era gracioso. Se come unos cuantos años imaginando otra vida. Repasa el día que encuentra el esqueleto del barco y lo maldice. Entiende como nadie que la plata hace que se te peguen las personas como se pegan las moscas a la mierda. Luego cuando la mierda ya no está, las moscas se toman el buque. Igual que la gente. Desde que cayó en cana nadie lo fue a visitar, ni uno solo. Apenas lo visita su familia, al principio dos veces por semana. Después cada tres meses y finalmente dos veces en un año. Imaginate, muchacho, nadie se acuerda de vos. Te dejan tirado, como a un perro sarnoso. Debe ser fulero.

Al tiempo, unos cuantos años después, el Viernes sale de la cana. El tipo estaba hinchando las pelotas, entonces, antes de salir habla con su familia y les hace vender la despensa. Ya no le importa ni el cofre, ni las joyas que había ahí adentro. Lo único que quiere es estar tranquilo. Acá se abre otra parte de la leyenda. Parece que el tipo sale y se raja a vivir a San Luis. Lo más raro de toda esta historia no es que se haya ido a otra parte, lo raro es que dicen que el Viernes se va a

San Luis y se dedica a criar caballos de carrera. ¡Eso sí que es increíble! Mirá si se va a poner a criar burros. No sabía más que de almacén. No había hecho otra cosa en su vida más que atender un almacén. Pensá que criar caballos, y de carrera, no debe ser fácil. Bueno, al menos a mí, me cuesta creer que el Viernes pudiera criar burros, pero así lo cuenta la historia. Capaz que fue verdad. Pero yo no me la creo. Pibe, me olvidé del mate. ¡La gran siete! Se enfrió. Bueno, ya falta poco pa'l mediodía, después pedimos los fiambres.

Te va gustando la historia, parece. ¡Me hiciste caso, no preguntaste más! Estamos llegando al final de todo este mejunje. Casi que ya no tiene importancia esta parte pero te la voy a contar igual. Te dije lo de los burros. Bueno. Según cuentan, el tipo sigue en San Luis un tiempo más. Algunos años se queda allá. Lo último que se supo de él, es que en 1971, el Viernes quiere sacar un libro con sus memorias. En todo el tiempo que estuvo en San Luis además de criar caballos pensaba en la fortuna que le cagaron los porteños. El tipo se planta y decide sacar un librito contando la verdad del asunto. Pero... imaginate una cosa muchacho, el libro jamás salió a la calle. Ni siquiera hay rastros de una sola hoja. Nadie sabe más del tema y ahí termina el asunto. Parece que el Scardulla vuelve a ser uno más del montón. Nadie se acuerda ni se acordará de él nunca más, al menos hasta hoy que viniste vos preguntando por la historia.

Che, ya casi son las doce. ¿Querés probar el fiambre que hace la Susana? Te digo que es para chuparse los dedos y unas cuantas cervezas también. Dale. Un vaso de cerveza bien fría no te hace nada. Bueno, pedimos uno solo. ¡Mirá que resultaste blandito eh! Comemos y te rajas.

Y decime, ¿cómo me dijiste tu nombre? Ah, sí, sí, Nelson, como el Capitán. Cierto que lo habíamos subido de categoría y era almirante el Nelson ese. Bueno, decime Nelson, ¿qué

te trae a Venado a preguntar por este asunto? ¿Sos policía, pariente, cazador de fortunas o qué? Periodista. ¡Mirá vos! ¿Y en qué diario escribís? Ah, no escribís en diarios. Una revista de Banfield, mirá qué interesante. ¿Cómo se llama la revista? “En busca de la verdad”. Me imaginé.

Ahí viene la Susana con el fiambre y las cervezas. No sé si te acordarás tanto de la historia como de este manjar, vas a ver. Probalo, después me contás.

Atendeme, ¿cómo llegaste a encontrarme? ¿Te contó la Juana, la de la farmacia? Claro, ella junto conmigo y con dos o tres más, somos los más viejos del pueblo. Pero ella no te contó nada porque es medio pariente del Viernes. No sé, no debe haber querido revolver el avispero después de tantos años. Mirá que pasó tanto tiempo y la gente no quiere nombrar el asunto. No sé, muchacho, capaz por miedo. Capaz por vergüenza, pero nadie habla de este tema por acá.

Bueno, pibe. La verdad, fue un gusto. Mi memoria es medio blanda y de casualidad no se me salió un lagrimón al contarte la historia. ¿Necesitás mi nombre para tu nota? ¿Para qué, pibe? No es necesario hilar tan fino. ¿Qué importa quién te contó esto o lo otro? Bueno, está bien. Solamente te pido que pongas que aún tengo memoria. Que a mis ochenta y siete años me acuerdo de las cosas. Comete ese salamincito porque sino lo hago yo. ¿Te gustó? ¿Viste? Una delicia lo que cocina la Susana. Todavía me quiere la gorda. Siempre me quiso y me cuidó. Ahora, con los años, se me puso protestona, pero es buena. Otra vez salí de la conversación, mi amigo. Attendeme. ¿Qué me decías? Ah, sí, ¿cómo me llamo?... Bueno, te digo, pero pone el nombre bien grande y acordate de escribir que soy un viejo con memoria. Te digo mi nombre y te dejo pibe. Me llamo Viernes Scardulla. Me voy a dormir la siesta.

Pagá vos.

(Basado en la investigación de Enrique Sdrech.)

DOMINGO

Amanece sobre la ciudad. El sol calmo y perezoso sale como todos los días desde algún rincón del otro lado de la calle. Amanece por fin en Banfield. Estoy en mi cama. La noche fue larga, no pude dormir. Creí que durmiendo, la tristeza dejaría mi costado izquierdo y no volvería a sentarse a mi lado. Anoche busqué sumergirme en el sueño lo más rápido posible. Después, con suerte, vendrías como todas las noches a alegrarlo.

Ayer trabajé todo el día, me cansé, me agoté para que por fin la noche me lleve a ese mundo donde el dolor no duele y los ojos no buscan y el corazón no tiene sentimientos. Al fin logré entrar al lugar donde el sufrimiento se aliviana. Desperté media hora después y la realidad fue más real, dolió más. No pude seguir soñando con vos, una y otra vez, con vos. No pude.

Tomo conciencia (la conciencia es el peor de los jueces) y todo parece más pesado que media hora antes y trato de convencerme que volverás y pienso que seguro estás, en el mejor de los casos, en algún lugar de Banfield volviendo a tu casa de bailar o tal vez saliendo de un cine de trasnoche. Nada de eso está sucediendo, estarás entrando con alguna nueva compañía a un telo de mala muerte, donde el conserje te mirará con disimulo, y esconderás tu cara tras ese nuevo acompañante, como hacías conmigo, como hiciste hasta hace poco y el conserje preguntará “¿qué habitación quiere, señor?”, él te mirará preguntado si la suite está bien, sonreirás tímida, dirás que sí con un gesto de cabeza y el conserje entregará una llave, tal vez la número 17, les indicará el camino de la habitación y pensará lo que piensan todos los conserjes pero

nunca dicen, tu acompañante pensará en el conserje y su mirada, pero no dirá nada para no entorpecer lo que está por venir y se convencerá que finalmente te tiene al lado y dejará que el conserje piense lo que todos los conserjes piensan pero nunca dicen.

Y yo acá tratando de empezar un nuevo día que es la continuación de ayer pero con otro nombre. La noche fue eterna y ya sabés, la tristeza cobra mayor dimensión cuando aparece en la noche. El vacío se acurrucó en un rincón de mi alma. ¿Para quedarse? Tal vez.

Creo que Don Flavio y su esposa están baldeando la vereda, como todos los días. Pero no. Escucho y con sorpresa noto que no hay baldes, ni manguera ni perros, como siempre. Necesito oírlos. Normalmente suelo fastidiarme oyendo sus charlas tempraneras al otro lado de la pared. Esa voz pastosa del viejo Flavio y Leonor con su chillido agudo suelen molestarme todos los días. De tanto oírlos podría contar vida y obra de la viuda de la otra cuadra. Me gustaría pedirle a Don Flavio que vuelva a relatar la noche que se encontró a un fantasma en el cementerio de Lanús. Necesito irme por un rato con sus charlas. Necesito ocupar mi cabeza con sus conventilleras conversaciones. ¿Qué otra cosa interesante se podrá hacer a los ochenta y tantos?

Es probable que don Flavio esté enfermo. Tal vez su esposa sea quien esté jodida, es prácticamente imposible que no los oiga ahí al lado de mi ventana hablando con las otras vecinas. No he oído, tampoco, ese sonido macabro y paralizante que desprende la sirena de una ambulancia. No escuché una ambulancia.

Podría describir cada instante y cada uno de los sonidos que anoche surgieron del otro lado de mi pared. En verdad, ahora no escucho ruidos del otro lado, tampoco a los pájaros

cantando su ritual matutino. Es raro.

Me acomodo en la cama; está fría en el lado derecho de mi pierna y siento un escalofrío. Me quedo quieto. El sol quiere entrometerse en mi habitación y yo no lo había invitado a esta fiesta para uno. La noche se siente cómoda en esta habitación, todavía no ha perdido la batalla con la luz del día. Pero, sé que no vencerá, en instantes podré darme cuenta que se ha retirado, la luz, como siempre al fin entrará victoriosa por las hendidias del ventanal.

Busco en el piso el encendedor y encuentro el atado de Marlboro (estoy fumando mucho, ¿pero qué otra cosa hacer?), estiro hasta donde puedo la mano y siento el frío que se apoderó de todo el ambiente. Toco el vaso de vino que quedó ahí, quién sabe desde cuándo. Me extiendo cuán larga es la cama y enciendo un cigarrillo; de cenicero, pienso, usaré el vaso de vino. Antes me tomo lo que quedaba.

No tengo ganas de levantarme. Sé que se hizo de día pero no quiero levantarme. Es domingo o tal vez jueves, lo mismo da. No cambiará mi estado anímico por ponerle nombre a un día.

Planifico... me quedo en casa, en cama.

Intento levantarme pero me dejo caer. Mi habitación cambia de tonos, de pronto se pinta de un triste gris oscuro, al instante muta a un blanco mortecino, como si el departamento fuera una olla a la que le colocan y retiran su tapa una y otra vez.

Agudizo la vista y no puedo distinguir claramente si hay una mancha de humedad o es alguna araña que me acompaña desde lo alto. Nuevamente trato de levantarme, nuevamente me dejo caer.

El sol se pone difuso, entiendo el fenómeno de cambio

de tonalidades de mi cuarto. Supongo que estará nublándose. Escucho primero el tic tac del reloj de pared que está en el living, luego el ulular del viento que sacude las persianas y por último las gotas pesadas que caen sobre el tinglado de chapa del patio. Todo menos una sirena que me diga que don Flavio o su esposa están enfermos. Sigo pensando en mis vecinos y su ausencia, supongo que habrán tenido algo que hacer o decidieron no salir a baldear con el frío de la mañana. No, no voy a levantarme.

Prendo el velador y ubico el celular, está encendido, pero no sonó ni una sola vez, miro la hora, deduzco que no es jueves o martes, podría ser sábado pero ni mis viejos, ni mis amigos me han llamado, los unos para ver si almuerzo con ellos como siempre los sábados, los otros para que llegue puntual a la canchita de las vías. Será domingo entonces.

Son las doce del mediodía, la lluvia dejó de ser una amenaza de dos o tres gotas gordas y resacasas. Algún trueno sacude mi ventana y se expande por el techo del patio. Ahora pega fuerte la lluvia sobre ese techo. Alguna vez ese golpeteo sobre la chapa sirvió de banda de sonido para tardes, noches o mañanas de sexo, hoy sólo es un ruido que me obliga a recordar las mañanas, tardes o noches de sexo con vos.

No voy a levantarme. La oscuridad del cuarto me empuja a tratar de dormir y el frío en las sábanas sigue indeleble. Vuelvo a quedarme quieto.

Me duermo.

Despierto sobresaltado y salgo de la cama como un rayo. Voy hasta la puerta pisando con los talones y tratando de no chocar nada. El piso está helado, el living también. Me acerco a la puerta del departamento, miro por la mirilla y no logro ver bien. Despacio voy dándole vueltas a las llaves de la cerradura, no quiero mostrarme nervioso y menos, ansioso.

Calmo mi respiración agitada inhalando profundo, a la vez termino de girar la llave. Abro lentamente, espero por unos segundos. Mi corazón late salvajemente, puedo sentir el golpe de adentro hacia fuera de mi pecho. Tiemblo, el tiempo se detuvo, la sonrisa no aparece, el pelo largo, lacio y marrón tampoco. Lo soñé. Ella no tocó timbre, ni vino a pedirme que nos demos una nueva oportunidad (al fin y al cabo todo en la vida es empezar). Mi mano se resbala del manajo de llaves, me tiemblan las piernas, en parte por el frío, pero más por la angustia y decepción. Cierro lentamente la puerta, antes asomo la cabeza al pasillo para terminar de entender que no estás, que ahí no hay nadie, que fue un sueño de segundos, pero que para mí fueron una vida.

Vuelvo a pisar con los talones y a estremecerme con el frío. Camino dos pasos o tres y doy con el equipo de audio, lo prendo, quiero saber cómo va Banfield en Córdoba (hay cosas que pueden mejorar el estado de ánimo de una persona o definitivamente sepultarlo). El hombre de la radio dice: “pésimo partido del equipo del sur, un empate que sirve para sumar...” no resulta algo alentador.

Ahora dejo que salga alguna canción. La oscuridad del ambiente sigue a mi lado. Voy a la cocina, destapo un tinto y lo sirvo en un nuevo vaso. De fondo escucho “no pido perdón, para qué, si me va a perdonar porque ya no le importa, siempre tuvo la frente muy alta, la lengua muy larga y la falda muy corta...” Sabina, imagen y semejanza. Tarareo la canción. Pienso en mi bajo, si tan solo pudiera tocar un acorde como debe ser tocado. Debí haber tomado las clases de guitarra, me critico el “si hubiera” que tantas veces en la vida me acompañó, ahora me hace ver que quizás hoy mi anestesia temporal tendría seis cuerdas. Podría canalizar; escribir canciones tormentosas, llenas de dolor y de odio y de amor y de fracasos no queridos, para finalmente poner notas y acordes

en una guitarra desgarradora y distorsionada al estilo Creep de Radiohead, pero no, debo contentarme con escuchar a Sabina y envidiar su poesía.

Llego al dormitorio y me acuesto, hoy no voy a levantarme. La tarde noche pasa lenta. Luego de fumar dos cigarrillos en uno, vuelvo a la cocina y como algo: pan de ayer, jamón crudo y queso. Pienso en vos. Invariablemente, inevitablemente, dolorosamente pienso en vos. La conciencia es el peor de los jueces, mi sentencia: cadena perpetua al olvido. Me sirvo vino (estoy tomando mucho ¿pero qué otra cosa hacer?) Vuelvo a la pieza, al cuarto, a la habitación, al lugar donde meses antes había batallas de amor y olor a sexo y me acuesto.

Son las ocho y media de la noche, prendo la tele y veo a Julián Weich haciendo no sé qué sorteo. Cambio. Está Van Damme. Me detengo a ver su destreza. Sigo mi camino por los cinco canales de aire (no tengo videocable). Veo a Sofovich jugando a las maderitas, casi tan patético como mi estado de hoy.

Miro mi ropa de lunes colgada en el perchero, camisa blanca, corbata azul a rayas, traje gris, mañana será otro mi ropaje, otro frasco para un mismo contenido. Entrar a la oficina, saludar sin ganas, pensar en ella (en vos), disimular mi fin de semana con salidas grandilocuentes, escuchar comentarios en relación a mi vestimenta y mi cara sin afeitado, responder que no a la pregunta recurrente: ¿te sentís mal? Responder seguro de mí mismo que estoy en un gran momento (nunca mostrarme desolado). Querer irme de ahí, sin rumbo, sin destino, sin ganas y tolerar hasta las dieciocho que es la hora en que todo el mundo sale hacia algún lado, todos menos yo, que caminaré con paso lento y desentendido de todo sin rumbo fijo. Pero eso será mañana, no hoy. Hoy todavía tiene unas cuántas horas que atravesar. Hoy el frío sigue poseyéndolo

todo dentro del departamento. La oscuridad se apoderó hace rato del día. Pienso en la batalla de la mañana, ahora gana lo oscuro, lo triste, lo melancólico que pacientemente va llenando todo el espacio dentro de esta habitación. Decido apagar el televisor y leer hasta las diez que empiece fútbol de primera. Mientras, Tolkien y “Las dos torres” harán que por un momento viaje a otra época, a otro mundo.

Diez de la noche: sigo acostado. Dejo el libro y prendo la tele: “Quedate en casa ya llega Fútbol de primera” dice Macaya; el consejo del Sr. Fútbol me cae como anillo al dedo. Mientras espero que pasen las publicidades voy en busca de un vaso de vino, vuelvo y veo todo el programa. De Banfield, pasan veinte segundos.

Don Flavio y su esposa no dieron señales durante todo el día, los pájaros tampoco. El reloj me escupe a la cara que son las doce de la noche.

El ambiente oscuro me permite imaginarte. Miro el teléfono, no sonó una sola vez en 24 horas. Pienso en vos, ¿estarás durmiendo? Pienso en llamarte, pero recuerdo a Sabina “...para qué, si me va a perdonar porque ya no le importa...”. Desisto.

El día murió bajo la lluvia, la noche nació desde las nubes, y yo sigo acostado, con frío y sin vos. Son las dos de la mañana. Habrá que tratar de dormir, mañana tengo que ir al trabajo. En seis horas empezaré un nuevo día (al fin y al cabo todo en la vida es empezar), y mi alma sigue ahí, acunando a la tristeza.

NO SE PUEDE SER TAN GALLINA

¡Mirá este pibe, Martín! ¡Miralo! Se subió allá arriba del alambre para tirar esos pingüinitos bordó a la cancha. Ta bien, ta bien, ahora se habla del folclore del fútbol, pero esto no es nuevo, eh. Esto es más viejo que la humedad. El pibe este ni estaba en planes cuando pasó lo de la gallina. ¿Cómo qué gallina? ¿Nunca te contó tu viejo lo de la platea? Creí que mi hijo era medio boludo, pero hace méritos para superarse. Menos mal que tenés un abuelo piola que te cuenta estas cosas. Los primeros que tiraron algo a una cancha, fuimos nosotros. En realidad fui yo...

Bocha, decile al Profesor que traiga el fernet al quinchito y fijate si no me olvidé el pan en la cocina!

Martín, bajame la tele, vení, sentate acá y oíme: Hoy, los pibes creen que están inventando todo, cómo eso que ves ahí en la tele, lo de los pingüinitos digo. Parece algo original, pero lo inauguramos nosotros en el '66 en cancha de Banfield. ¡Por favor querido! Cuando ustedes van, nosotros volvemos y salimos de nuevo. Yo tenía veinticinco años y era el menor de una barra de amigos que parábamos a veces en la vieja sede de Banfield, otras veces en un quiosco que se llamaba Oster Walder y los sábados a la noche en Mi Club, que era la milonga de moda. También solíamos quedarnos en "El Gallinero" ahí en la Maipú.

Oíme, era Mayo, River tenía un equipazo, pero equipazo en serio: Carrizo, Onega, Solari... equipazo. Llega a la final de la Libertadores y juega con Peñarol. Pierde la ida, gana la vuelta y va a un tercer partido en Chile. Miércoles. River ganaba cómodo 2 a 0 faltando veinte. Carrizo canchereó y se lo empatan; en el alargue pierden 4 a 2. El jueves a la noche nos

juntamos con mis amigos casualmente en “El Gallinero”, y ahí se comenzó a cocinar lo de la gallina. Éste, el profesor, ideó todo: arrancó con la idea en “El gallinero”, después la siguió en la vieja sede y terminó el sábado a la noche en Mi Club. “*No se puede ser tan gallina*” comenzó diciendo el guacho. Después fue dando datos precisos de cómo se llevaría adelante la obra. Le dijo a Pocho: “*Mañana te vas hasta el campito y elegís bien. Traete dos gallinas; las más blancas y redondas que haya, tomá, con treinta guitas las conseguís seguro*”. Uno preguntó: “¿Che, y la cana?” sin inmutarse este turro dijo: “*Acá, mis amigos, les presento a nuestro Comisario. Tranquilos, él liberará la zona por el tiempo que haga falta*”. Entre los muchachos distinguí a Osvaldo Ardizzzone, ¡un maestro! que la cazó al vuelo y se reía cómplice de lejos.

El domingo, cuando llegué a la cancha me paró Ángel y se acercó a mi oído, sin levantar el avispero dijo: “Pocho trajo las gallinas, están en las bolsas, en el acceso a la platea W”. Agarré las dos bolsas de tela y dejé una al borde de la escalinata, la otra la llevé conmigo hasta la butaca. Era una gallina Lego blanca a la que le pegamos la franja roja. Enfrente la Mourino cantaba y agitaba las banderas, era señal que salían los equipos. Fui dejando caer la bolsa e incorporándome sobre la butaca. Primero asomó la camiseta blanca con la franja roja, después vi los pantaloncitos y la punta de los botines. La cara de “Pinino Más” salía erguida en busca del campo de juego. Me latía fuerte el corazón y de reojo veía al profesor y los otros muchachos cagándose de la risa. Yo levantaba mis manos dejando caer el resto de la bolsa y apretaba bien la gallina, como si fuera un trofeo. Cuando el botín derecho de Pinino pisó el césped, la largué. Con fuerza y con ángulo la revoleé buscando que no quedase estampada en el alambrado y fui exacto, fui tiempista como el mejor full back. El animal en una mezcla de vuelo torpe y desparramado fue a dar

justito a los pies del jugador. Cuando Pinino vio a la gallina le metió un voleo que la hizo salir de pique rumbo a la Mourirío. La cancha hervía. Los fotógrafos iban atrás de la gallina. Se cagaban de risa. Al darme cuenta del quilombo que había armado, dejé la segunda bolsa en el lugar y fui a juntarme con la barra. A partir de ese día, River se ganó el apodo que lo distingue como sello de fábrica.

Ahora, oíme bien, Martín, eso fue una diversión, algo que a mí hoy no me produce nada, sólo quedó esa anécdota desde hace 45 años. Después de ese domingo pasaron cosas raras, algunos hinchas de Boca me invitaron a sus peñas más de una vez, alguien me quiso llevar a lo de Susana Giménez, no hace mucho intentaron sacar una nota en Olé pero siempre me negué. No es algo importante para mí, no sale de una joda de domingo en una cancha. Además andá a saber qué loco anda suelto... ¡es capaz de lastimarme para ser tapa de un diario!

No, eso no fue importante. Lo importante por ejemplo es que Osvaldo Fani me salvó la vida al frenarme antes que le zampe una piña al Vicealmirante Lacoste, para mí un desconocido, cuando en el '78 vino con Aragón Cabrera al Lencho a ver a River y me miraba canchereando. Recuerdo la frase de Osvaldo: *"No llegabas al primer escalón y desaparecías"*. Oíme, ¿hay algo más importante que la vida? Por eso Martín querido, esto de los pingüinitos es pintoresco, gracioso, pero no es nuevo. Ahora ya lo sabés, fui yo el primero que revoleó algo a una cancha. Si te preguntan quién fue, podés decirles *"Fue mi abuelo"*. Y si quieren saber quién sos, deciles que sos mi nieto, el nieto de un tal Eduardo Banfield.

UN VIEJO ADÁN

Permiso, muchacho, ¿me puedo sentar ahí atrás? Perdoname que te moleste, pero cábalas son cábalas y una de las mías es sentarme justo ahí, justo atrás tuyo. Menos mal que vine temprano porque no sé si hoy encontraba lugar, ya sé, es una huevada, hay lugar de sobra, pero seguro en un rato reventamos la cancha. ¡Qué fiero pega el sol a esta hora! ¿Viste? ¿Sos del pueblo vos? Conozco a todo Guaymallén y no recuerdo tu cara, ni siquiera te he visto de mocoso. ¿Hace mucho que venís a ver al Deportivo?

Por esta época venimos solamente los que sentimos al verdiblanco, los demás vienen si el día está lindo, pa' tostarse. En invierno, cuando la luna pega sobre la nieve y esas montañas parecen fantasmas bien blancos, sólo venimos los que amamos al club. No pibe, después de aquella vez me juré no faltar más, no, yo no faltó más y cuando estoy acá, estoy entero, de cuerpo y alma y puede partirse en dos el planeta que yo me quedo acá con mi equipo.

Siempre me vas a encontrar acá, quince escalones arriba, en la mitad de la cancha a la altura de la línea de cal, me gusta esto, la popular, el calor, el griterío, abrazarme y dejar mi garganta al lado de las piernas de los jugadores, eso me gusta.

Hace años, cuando íbamos derecho a ganar nuestro primer campeonato y tal vez el único, todo el pueblo venía sábado a sábado, y si llegabas tarde te quedabas afuera porque todavía no había tribuna atrás de ese arco. ¡Si me habré subido al árbol que había allá atrás! Bajaba todo arañado por las ramas, ¡pero feliz! ¡No te imaginás! Pero cuando dan las malas como hoy en día, somos siempre los mismos, por eso no te tengo de cara, pibe, seguro que hace poquito que venís.

Y bue, muchacho, si la vieja no quería, no quería. A la vieja no se la contradice.

No, si yo no faltó nunca, menos hoy que es el clásico con Cruz del Sur; en el historial estamos diez partidos arriba y estos culiaos dicen que nos tienen de hijos... pobrecitos. Si conocen el fútbol gracias a nosotros, nos cansamos de ganarles en ese chiquerito con dos tablas que tienen por cancha. Aunque estamos haciendo una campaña de mierda venimos igual, alentamos lo mismo. Ellos andan por allá, como los ves ahora, acomodándose, tratando que con cartelitos y trapos se note menos que no trajeron a nadie. Siempre pasa lo mismo, hasta en eso les ganamos y mirá que el intendente les da plata para que paguen los micros. Ni así llenan. En algo nos parecemos los del Cruz del Sur y yo: no sabemos lo que es sentirse campeón. Sí, pibe, claro que el Deportivo salió campeón, pero lo que yo pude fue sentirme campeón, porque aunque estuve ese día acá, falté a la cita. Pero lavo un poco las culpas cada sábado que vengo a ver al equipo.

En partidos como el de hoy o si se acerca el aniversario del campeonato ganado, me topo de frente con los recuerdos y otra vez me doy cuenta que el tiempo no puede volver a atrás.

Nací acá y a partir de ese momento soy hincha de Deportivo Guaymallén. Te puedo contar todo lo que viví desde el primer partido en que pisé esta iglesia y vi el verde y blanco de la camiseta junto con el número diez negro sobre la espalda del Loco Cosentino. Preguntame lo que quieras y te digo.

¿Justo eso tenés que preguntar, güevón? ¿Justo eso? Puedo nombrarte sin miedo a equivocarme la formación del ascenso o a quien echaron hace trece partidos o cómo se llamaba el hijo del capitán del equipo del '98, pero no me preguntes por qué no me sentí campeón. Contestarte, muchachito, es largo. Si no tenés nada mejor que hacer, puedo contarte un

poco, tiempo hay, falta un rato hasta que largue el partido y si es una bosta, puedo recitarte la historia entera.

Mirá pibe, pocas veces uno desea algo con todas sus fuerzas. Pocas. Me imagino que de ese tipo de deseos habrá entre cinco y diez en toda una vida, no más. Y yo deseaba que se nos diera. Sabía que iba a pasar y me sentía embajador del Deportivo Guaymallén, haciendo fuerza, respetando cábalas, dejándolo todo por ir a la cancha. ¡Porque fui a todas las canchas, eh! En todas las categorías, siempre poniéndole el hombro al equipo desde la tribuna. Era como mi misión: tenía que hacer todo eso porque sabía que haciéndolo íbamos a ser campeones. Así yo terminaría mi propia obra de arte, pero no pude terminarla. Me pasó por güevón, por culiao, por no saber manejar una computadora.

Hace rato que no hablo de esto, en verdad no lo hablé nunca enterito. ¿Con quién voy a hablarlo? A vos te cuento porque preguntaste. Ya vas a entender, no me apures si me querés sacar bueno.

Imaginate que yo no nací como nacen ahora, que en lugar de pan, traen una computadora bajo el brazo. No, muchacho, mi generación tuvo que ir aprendiendo con los cambios y yo aprendí de las equivocaciones. Y equivocarte suele doler, como ahora me duele ver cómo va cayéndose a cachos el club.

Porque uno, qué sé yo güevón, uno se enamora de los colores como de una mujer... y ni siquiera, porque hoy tenés una mujer y capaz mañana te separás o tu mujer te caga o te larga y te volvéis a enamorar de otra; qué sé yo, de los colores uno se enamora para toda la vida.

¿Conocés la agropecuaria de don Raúl Iturbe, no? Sí, ese viejito gordo que a veces suele andar paseando por el pueblo y muy de a ratos viene a la cancha.

Ahí empezó todo. En esa época yo era jefe de un sector y

en la administración trabajaban unas treinta o cuarenta personas. Entre toda esa gente había una señorita de veinticinco años más o menos. Una belleza morocha de chascas enruladas y sonrisa hipnótica a la que le había echado el ojo apenas pasó la puerta, pero jamás fuimos más que una conversación de almuerzo o un cordial saludo de compañeros. Le calculo que anduvimos así un año más o menos: “Buen día fulana, buenas tardes sultano”. Fue un miércoles cuando la crucé tres o cuatro veces en el pasillo que llevaba al comedor y me quedé hablando. En sí, muchacho, no hice más que escucharla, y entre tantas cosas dijo:

«Me gusta pasear, me gusta el invierno y los días de lluvia. Me gusta volver de viaje mirando el atardecer y las montañas. Me gustan los abrazos sinceros y las sonrisas. Los animales son mis mejores amigos. Tengo fascinación por las películas viejas. Siempre tengo una melodía dando vueltas en mi cabeza.» Y fue suficiente, ya no pude manejarlo.

Comenzamos a encontrarnos fingiendo casualidades cada vez menos creíbles. Nos veíamos en el pasillo al comedor, en la cocina, en tesorería; siempre había un papel que debíamos llevar para el mismo lado y uno, se sabe, no es de fierro.

Al principio me escapaba y la evitaba, pero así como sabía que íbamos a ser campeones, también tenía claro que con “ella” era cuestión de tiempo. Pero me frenaba y repetía: “Santiago, donde se come, no se caga”, dale que dale, una y otra vez repetía “no se ca-ga!”. Un buen día pibe, cagué.

Era un viernes tremendamente frío y andábamos con los ojitos chinos por la polvareda que venía con el viento; ni los chocos ladraban. Ahora, a la distancia, sé que yo elegí ese día; no hablo del nombre del día, sino del tipo de día, del clima. A mí me gustan los días fríos, grises, los días de gente con lágrimas en los ojos por el viento que viene bajando de la cor-

dillera y me gusta ver bufandas y abrigos en las mujeres. Decime güevón, si hay algo más erótico y sensual que ver a una mujer sacarse una a una las ropas que la cubren? Y descubrir la belleza desnuda es apoteótico.

Además, con el frío tengo eso de querer tomarme una copita y escuchar música y hablar hasta cuando el alma quiera. Entonces, ahora a la distancia, digo que yo elegí el día para decir: «Necesito hablar con vos, vayamos a cualquier parte».

Estaba cagando arriba de la mesa pero no me importó.

Nos dijimos “hasta mañana” medio a los gritos y salimos de la agropecuaria, cada uno por su lado. Habíamos quedado en encontrarnos en la segunda rotonda, porque se sabe que nadie va para aquel lado, solo nosotros, nuestras ganas y el viejo Teruel que en su bicicleta llegaba hasta donde la calle topa con la montaña. El Pancho me prestó su auto nuevo para que la pase a buscar. Llegué a la rotonda y a lo lejos puede divisar una sombra con bufanda. Me acerque y noté lagrimas de viento bajo sus ojos color miel y cuando la tuve al lado no pude menos que imaginar una a una las capas de abrigo abandonando despacito su lugar para dejar al descubierto la belleza.

Estaba perdido.

—*Hola...* —nervioso pifíé el cambio. El ronquido de fierros no ayudó a disimular mi torpeza. Su sonrisa amplia brilló en la penumbra.

—*No sabía que tenías auto nuevo.*

—*No es mío, es del Pancho. Dale, vamos.*

No preguntó nada. Supe que ir a Dorrego estaba bien y si íbamos a la Polinesia, también. Salimos por la ruta lateral del pueblo. Sí, muchacho, la de los camiones, que es menos transitada pero tiene mil huecos y esa acequia pandita.

En el camino, su mano tamborileaba sobre su pierna izquierda, justo en el límite entre la media negra y la pollera. La escuché cantar suavemente, con timidez: *“Un señuelo, hay algo oculto en cada sensación”*. No sé por qué había un CD de Soda Stereo en el auto del Pancho, pero no creo que hubiera podido encontrar una mejor banda de sonido para esa película. Cada tanto mi mano rozaba su pierna y esa tibieza me daba escalofríos. La voz del Cerati seguía dejándome al descubierto: *“Ella lo puede percibir ya nada puede impedir en mi fragilidad, es el curso de las cosas, hoy mi corazón se vuelve delator, se abren mis esposas...”*

—*¿Estás bien?* —Le decía yo.

—*Perfecto.* —Contestaba ella.

Llegamos a Dorrego y no pude evitarlo, o tal vez sí, pero no quise; pasé por el costado de la canchita de Cruz del Sur y le dejé a los “agua e vino” un reguero de puteadas y maldiciones. Su amplia sonrisa iluminó la oscuridad del interior del auto.

Propuse una confitería en la que hacían los mejores chocolates con tortas, de toda la cordillera. Eran una oda al chocolate con tortas. *«Si querés, vamos...»* Invité.

—*Prefiero una linda cena.*

—*Nunca vine a cenar a Dorrego. Busquemos.* —Tropecé con mis palabras.

Dimos dos vueltas a la plaza y recorrimos el boulevard de punta a punta. Nada, ni un solo lugar que, al menos, ofreciera sopa caliente y pan casero. Estábamos empezando a elegir qué torta comeríamos cuando las luces de la terminal y el cartel de “El viejo Adán” fueron un oasis en nuestro desierto. El bar era chiquito y coqueto y tenía un rinconcito con brasero que nos estaba esperando. Como escondido, como desde lejos

se oía a Hernán Figueroa Reyes y su zamba del cantor enamorado.

Mientras elegía qué cenaríamos, me contaba que su tío jugó 10 años en el Deportivo. Sentí que se cerró el último eslabón y las pocas ganas que tenía de quedarme quieto sin soldarme a sus labios, habían desaparecido.

Elegimos lasagna, sólo porque el cartelito seducía en letras rojas “Lasagna porteña. Como la de Buenos Aires”. El Malbec fue por decisión suya. El vino, la noche, el brasero, la música, nosotros, la charla...

Estaba perdido.

Comenzó a contarme desde su nacimiento en Mendoza veinticinco años atrás. Aunque estudió en San Telmo, en la Capital, siempre amó nuestro pueblo. Hacía poco que había vuelto y junto a algunos pesos y las llaves de su casa, se trajo la mala costumbre de no estar sola: su novio cama afuera.

Me contó que repartía su tiempo libre entre las horas de taller de teatro y otro de violín. Mentí sorprenderme cuando confesó que yo había empezado a hacer cosquillas en su estómago y le eché culpas al Malbec.

Sabía que en algún momento de la noche sería mi turno de hablar. Como por telepatía, ella preguntó:

—*¿Y vos? ¿Hace cuánto llevás el anillo en esta mano?*

No podía mentirle, vivíamos en el mismo pueblo y era muy fácil saber del otro.

—*No es algo de lo que me guste hablar* —intenté desviar la charla.

—*Te escucho.* —Sonrió cómplice.

Suspiré profundo y tomé un largo trago de vino.

—*Estoy casado. Casado en segundas nupcias como le*

gusta decir a la ley.

Seguí contándole desde muy atrás, desde que mi esposa (mi segunda esposa), siendo los dos más jóvenes, anduvo dando vueltas por mi vida, y no resultó. Dejé que las palabras fueran libres y la conversación se transformó en confidencia:

—Después de años, en el momento que mi vida daba vueltas a las esquinas perseguida por la angustia de una separación y con noches interminables de alcohol y mujeres, ella apareció de nuevo, de casualidad, en la calle. De ahí no nos separamos más. Lavó mis heridas y me curó de a poco. Valeria, es una esposa en todo el alcance de la palabra y una mujer hermosa además, pero...

El vino formaba remolinos en la copa que mi mano movía. Seguí hablando tranquilo, dejando al aire cosas que nunca habían salido más allá de mi habitación: mi primer casamiento, las mujeres, el trabajo, los amigos; Valeria, la tranquilidad de un nuevo hogar, mi querido Deportivo, la búsqueda de la felicidad y todos los peros que fui amontonando después de casarme por segunda vez.

“Ella” estaba ahí, escuchando atentamente como escucha una alumna al profesor del que se ha enamorado; sólo se movió para que su copa le tiñese los labios con vino tinto. Le conté todo, todo menos lo de la panza. Me sentí un hijo de puta. Lo era.

Hubo el silencio necesario para cambiar de tema. La pregunta desembarcó en mis oídos:

—Y qué hay de nosotros?

Le dije que no podía ofrecerle más que algunos besos en pueblo ajeno o una cama caliente de vez en cuando, si las cosechas me obligaban a viajar.

—Amantes. —Acompañó a las palabras clavando su mi-

rada en la mía. No mostró ningún gesto del que pudiera agarrarme. Alzó su copa e hizo un simulacro de brindis sin esperar que mi copa chocara a la suya. Corrió los platos que estaban sin tocar, acercó su sonrisa envolvente y me besó. La noche nos fue tragando entre sonrisas, palabras y vino tinto.

Al salir del bar me sentí un viejo Adán y le pedí a mi joven Eva que durmiéramos juntos. Habíamos empezado a devorar la manzana del pecado.

Caminamos abrazados hasta el auto. Salimos despacio de la terminal y volvimos a besarnos todas las veces que quisimos. El Cerati seguía cantándonos: *“dame un día común, un día común, emociones simples, todos tenemos una doble vida.”*

Bajo las estrellas de Dorrego fuimos sumándole kilómetros al auto del Pancho. Recordé que sobre esa misma ruta estaba El Sauce Blanco, el único hotel que podía dar asilo a dos prófugos como nosotros. Un silencio que no llegaba a ser incomodo había acaparado el interior del coche. Tal vez fue la excitación y el deseo lo que consumió sus palabras. Yo sabía que mi silencio era por la culpa que me había acompañado desde que llegué a la rotonda.

Llegando a Guaymallén, en la entrada de la virgencita, doblé a la derecha bordeando la acequia, y encaré derecho a lo que sería nuestro paraíso. Dejamos el auto mal estacionado y hostigados por el frío corrimos hasta la recepción. No había nadie. Me acodé en el mostrador esperando que alguien nos dijera qué habitación tomar, pero cuando “ella” se me acercó y alcanzó a decir “vamos a otro...”, encontré el cartel sobre el mostrador: “Vuelvo mañana a las 07:00, tome la habitación que más le guste, de la 13 a la 18 están libres. Tache la que vaya a usar. Gracias”. Elegimos la número trece entre risas y besos húmedos. El brasero estaba encendido y había dos

toallas blancas dobladas al pie de la cama. Echamos llave a la puerta y el último tinto quedó sobre la mesita de luz.

No voy a entrar en detalles, pibe, sólo te diré que nunca la belleza estuvo tan desnuda, ni la desnudez fue tan bella. Después de esa hermosa y larga noche seguimos viéndonos cada tanto, íbamos a cenar o al Sauce blanco o a algún otro hotel cercano. Nunca hubo necesidad de preguntar ni responder nada, hacíamos lo que saliera como nos saliera.

Las charlas por correo electrónico fueron una adicción más. Podía pasarme los primeros treinta minutos del día en un ida y vuelta de correos y arrumacos electrónicos. Me costó bastante manejar bien el correo electrónico y cada tanto me mandaba una macana de las livianitas; hasta ese día, claro.

Solía dejarle de regalo en su escritorio algún chocolate y cada tanto “ella” me correspondía con discos o libros. Los correos iban y venían con toneladas de almíbar en textos cada vez más apasionados. Era una pasión que compartía con el Deportivo Guaymallén, porque faltaban dos fechas, estábamos punteros y con muchas posibilidades de salir campeones. ¿Vas entendiendo?

El anteúltimo partido lo jugábamos de visitante contra Deportivo Padre Mario en Neuquén y mis dos pasiones estaban en su punto máximo. Me decidí e invité a la muchacha a ir conmigo a ver al verdiblanco. Sabíamos que era peligroso que nos vieran juntos en la tribuna y decidimos viajar en micro y por separado. Alquilamos un auto en Villa Centenario un pueblo cercano a la cancha y nos quedamos viendo el partido a un costado de la ruta, dentro del coche. Ganamos 4 a 2 y quedamos primeros a dos puntos del que nos seguía. Aún no había sonado el silbato del final y estábamos sobre una ruta de tierra para evitar cruzarnos con gente conocida. Dormir en un pueblito hermoso cerca del lago San Agustín fue lo

más parecido a la felicidad plena, si es que existe.

Estábamos terminando la cena en la cama del hotel y le dije que el próximo fin de semana iríamos a ver el último partido, el del campeonato, el soñado.

—*No. Juegan en el pueblo, es un suicidio que vayamos juntos. Además le prometí a mis viejos visitarlos en Buenos Aires. Me voy por el fin de semana...*

Ahí me di cuenta que ella me cuidaba más que yo mismo. Nos dormimos mirando un nítido haz de luz de luna que entrando por la ventana revelaba mi sonrisa de niño feliz.

Durante la semana los mails y charlas a través de la computadora fueron una locura. El viernes no podía pensar en otra cosa más que en mi equipo. ¡Imaginate, pibe! Tanto caminado, tanto vivido, tanto sufrido y estábamos ahí, el verdiblanco y yo, como aquel día en que el Loco Cosentino me mostró el diez en su espalda. Me acordé de todos los lugares a los que viajé siguiendo al Depor: Tucumán, Córdoba, Santa Fe, Rosario, Neuquén, qué sé yo... podía seguir nombrándote localidades y canchas. No importaba el día: lunes, miércoles, sábados, fines de semanas enteros viajando por 90 minutos de amor puro. Y ni te cuento los días horribles que me comí: Tornados, frío, lluvia, mil grados o menos cinco, todo por mi gran sueño, todo con el convencimiento absoluto que te da ese sentimiento. Ese amor increíble, supremo, leal. La lealtad a los colores, al club, al pueblo, sin nada a cambio.

Y ese viernes yo estaba leyendo sus mails, perfectamente embobado como cuando leía las Patoruzito; no me perdía una coma y me acordaba de todas las imágenes vividas: los hoteles, el bar, su sonrisa, la cama deshecha, el vino en la mesita, el primer beso cada despertar juntos, todo pibe.

De a ratos, para cortar tanta imagen recurrente miraba

por la ventana cómo se iba armando la fiesta. Mi gente, mi pueblo, el corazón latiendo alegre y nervioso. Cualquier cosa verde y blanca era útil para el fiestón del sábado. Mirá que casi entramos al libro ese de lo records, ¡se había acabado el vino en el pueblo!

A la tardecita, un poco antes de terminar el día de trabajo, llegó el último mail: “Santi, te espero a las siete detrás de la estación de trenes; salgo ocho y media para Buenos Aires”.

Me había acostumbrado a inventar historias convincentes para decirle a Valeria, pero esa tarde no hizo falta idear ningún plan para ir a las siete a la vieja estación.

Nos encontramos bajo la sombra del único farol que había junto a las vías muertas. Tenía esa mirada que yo había aprendido a ver seguido, estaba hermosa, con las chascas al aire, un vestidito ajustado y esa sonrisa...

—*Tranquilo campeón! Empezá a disfrutar, yo te voy a acompañar desde allá.*

Me abrazó, nos quedamos así, abrazados y sin hablar, sintiendo nuestros corazones golpear en el otro. Sus brazos rodearon mi cuello y sentí sobre él la humedad de sus labios, repitió el beso en mi frente y rozó mis labios. Finalmente, caminó para el lado de la terminal, sin volver a mirarme.

El sábado desperté con el nacimiento del sol, veía sus pálidos rayos asomarse. Valeria dormía mansamente, las sábanas contorneaban esa panza de cinco meses de embarazo que bajaba y subía al ritmo de su respiración. “Nacerá el 10 de abril” nos dijo la doctora, y faltaban cuatro meses para verlo.

No podía dormir más y me levanté sin hacer ruido, buscando en la penumbra mis ojotas. Miré por la ventanita de la cocina hacia el fondo de mi casa, el sol flotaba aún opaco en el cielo. Seguí con la mirada la veredita roja del fondo que topa-

ba con la parrilla aún sin estrenar. La había mandado a hacer para usarla justo ese día, me prometí comer un buen asado antes de ir a la cancha, era un festejo íntimo, anticipado, sin mucho ruido, en verdad era una cábala más. Puse la pava y salí a preparar el fueguito, si arrancaba a media mañana podía comer una costillita y los chorizos antes de ir a la cancha y tenía tiempo de regar el menú con un buen patero que me habían traído de San Rafael.

Terminé de prender el fuego, como Dios manda, sin papel de diario y con leña; entré a casa y rumbeé hacia el escritorio; al pasar frente al dormitorio espí a través de la puerta entornada; Valeria seguía durmiendo.

No tenía por costumbre sentarme en la computadora los fines de semana, pero necesitaba entrar al correo electrónico y leer todo lo que había hablado en la semana con quién, a esa hora, quizás ya estaría desayunando en San Telmo.

Después de haber leído todo una y otra vez, me decidí y le escribí. Comencé diciendo algo como “Hola, soy Santi, ¿llegaste bien?” Era una estupidez. Borré y comencé de nuevo.

“No sé por qué te escribo, serán los nervios, tal vez puedas ser mi última cábala, también puede ser que ya te extraño. El lunes podrás darle el beso prometido a un Campeón...” Algo así le decía y seguía el mail sumando palabras dulzonas. Después entendí que fue al pedo muchacho, pero le escribí y cuando mandé el mail puse mal su dirección, lógicamente, venía rechazado. Lo reenvié 3 veces hasta que me di cuenta del error.

Comencé a escuchar ruidos en la habitación, me asusté y para no volver a escribir perdiendo tiempo copié todo y lo pegué en un nuevo correo, corregí la dirección e intenté una vez más, no volvió rebotado.

Valeria se había levantado. Estaba terminando de cerrar el correo al tiempo que desde la cocina ella me pegaba el grito que tenía el mate listo, agarré un mate, salí a ver si el fuego seguía echando humo y coloqué algunos tronquitos. Al entrar saqué la tira de asado, las mollejas y tres chorizos de la heladera, los puse sobre la mesada para salarlos.

—*Mi viejo pasa a buscarme con mis primos a eso de las dos y media...* —había dicho yo y me parece que estábamos decidiendo qué hacer si el Deportivo salía campeón. La panza estaba grande y era riesgoso que viniera a la cancha. Me sugirió, creo, encontrarnos en lo de Fausto, su papá. El teléfono rompió el silencio de la casa: casualmente era mi suegro.

El viejo se puso a contarme lo lindo que estaba el pueblo vestido de verde y blanco, y según me decía ya había algunos mamados en las veredas, mientras, Valeria se ceba un mate y rumbea para el escritorio y como buena abogada se pone a trabajar en la computadora con un caso para el lunes.

Creí no escuchar bien, pensé que era una carcajada de Valeria al ver a la gente disfrazada en la calle. Segundos después entendí que no era risa sino un grito enojado. A la tercera vez pude distinguir lo que decía: «*Santiiiiiiiiii, ¡Santiagooooooooo! ¿Qué hacés? ¿Qué hacés? ¿Qué es esto, hijo de mil putas?*»

No hizo falta despedirme de mi suegro; me dijo «*después hablamos*» al escuchar el primer grito.

No asocié, no pensé que fuera posible, ni que me pasara a mí. Al llegar al lado de la computadora, la voz de mi esposa era un hilo fino y agudo sin formato entendible de palabra. Las manos le temblaban, sacudía la cabeza en negación continua y no me miraba. «*¿Qué haces, hijo de mil putas?*» había dicho antes. No hizo falta que me mostrara nada, sus movimientos y las imágenes en la pantalla me iban guiando a su pregunta inicial y a seguir mirando, entendí que estaba copiando algo

y pegándolo luego, idéntico a mis manos nerviosas de una hora atrás, el frío me corrió desde la base del cráneo hasta los dedos del pie. Me estaba mostrando mi secreto; en su último movimiento de dedos tensos aparecía en la pantalla mi mail romántico, dulzón, lleno de piropos. Quedé desnudo.

—*Es una sonsera. ¿Vos te creés que yo...? ¿No me conocés, Vale?*

Nunca había desconfiado de mí, nunca, ni se imaginaba que yo podía ser capaz. Tampoco yo.

—*Sos una mierda. Un hijo de puta...* —Se había parado. Agarraba la panza y me mostraba la redondez tensa. Lloraba.

—*Pará, dejá que te explique...* —rogué y me senté frente a la máquina. —*Hay otra, es verdad, pero no pasa de una güevada por mail. Vos de verdad creés que yo podría... ¡por favor, Vale!* —hablé restándole importancia a todo, incluso a la verdad absoluta que yo mismo había dejado al descubierto.

Para darle veracidad a mi versión le mostré correos de la mina del otro pueblo (era cierto, pibe, además existía una mina que quería algo conmigo), donde me decía bombón y que me quería comer también.

—*¿Ves? Es sólo es “bombón” de allá y “reina” de acá.*

Más me detenía a mirar la pantalla, menos entendía si era un chiste de mal gusto o una factura que debía pagar por todo lo que venía haciendo. Durante mucho tiempo le pregunté a Dios: ¿por qué tan caro el precio? Nunca supe la respuesta.

Fue hacia la cocina sin saber realmente si era el lugar donde quería estar. En voz baja y entre sollozos decía “hijo de puta, hijo de puta”. La seguí y me senté frente a ella.

—*¿De verdad creés? ¡Dale, por favor! Perdoname, fue*

una idiotez haber escrito ese mail. No pasa nada, en serio. ¿Cómo podés creer que yo?... —me paré y fui a echarle sal a la carne que había comenzado a ponerse más blanda.

Ella seguía llorando, con un lamento que se escuchaba detrás mío: «*¿Cómo pudiste, cómo pudiste? ¡Hijo de puta...!*»

Estaba con las dos manos sobre la mesa de madera, la panza era un obstáculo ineludible que impedía que volcase todo su cuerpo sobre la tabla de algarrobo.

Estuve eternos minutos en silencio. Había tratado de acariciarle el pelo, pero clavó sus uñas sobre mi mano sin decir nada. Ofendido, le dije:

—No puedo creer que dudes de mí. ¿No me conocés, Valeria? ¿No me conocés? Te pido perdón por haberte hecho esto. Te pido perdón por no haber hecho nada, ¿podés entender? Quise jugar y me salió mal.

—Si la mina te daba calce, el lunes seguro se acostaban...

Las lágrimas habían dejado de salir.

—Perdón, perdón, perdón, no tengo otra cosa por decir. No hice nada, y si me conocés un poco deberías creerme. Qué culiao, ¡la que me parió che!

Le serví un vaso de agua de la canilla y pude ver por la ventana el humo blanco de las brazas, muriéndose. Puse la carne nuevamente en la heladera. Ya no habría asado, ni cábala, ni festejo de campeón en lo de Fausto. Ya no podría.

Pasaron los minutos que fueron horas y la discusión fue yendo de un lado a otro sin sentido.

—Ahora entiendo todas esas reuniones en Dorrego. Ahora entiendo hijo de puta, ¡me gorreaste, hijo de puta!

Nuevamente traté de calmar las cosas, volví sobre lo dicho, la mina de allá, reina, bombón, nada especial, “nada” in-

cluía la cama.

Afuera, en la calle comenzaba a verse el movimiento del barrio de aquí para allá, de vez en cuando una corneta y el “Olé olé olé olé, Depor, Depor” que tantas veces canté hasta estando solo en la tribuna.

Adentro, íbamos de un lugar de la casa a otro, con llantos, con gritos, con puteadas, con tranquilidad, con calma efímera, con tormenta fuerte y de nuevo el círculo asfixiante.

El timbre quizás había sonado antes, porque cuando lo escuché fueron seis timbrazos seguidos. Dos y cuarto marcaba el reloj sobre la pantalla que había desvestido mi doble vida, pensé en el Cerati “sonríe por mí, todos tenemos una doble vida” cantó esa noche dentro del auto.

—*Llegó mi viejo. Me voy.*

—*No vuelvas.* —fue lo último que escuché a mi espalda. Por un segundo pensé en hacer caso a la sugerencia, pero preferí tratar de calmar las cosas cuando volviera de la cancha.

Antes de abrirle la puerta a mi viejo, volví a la cocina y traté de abrazarla. Un gesto inútil. Salí desencajado, mal, mal, mal... En la vereda estaban todos mis primos con mi viejo, iban disfrazados de quién sabe qué, lo único que se entendía claramente era el verde y blanco. Mi viejo me miró sonriente primero, después se apartó un poco de mí y volvió a mirarme en detalle:

—*¿Y los colores?* —Recién en ese momento me di cuenta que no tenía nada del Deportivo Guaymallén para homenajearlo en su día máximo.

—*Valeria se sintió mal toda la mañana. No tuve tiempo de buscar nada.*

Se sacó su sombrerito tipo galera y me lo puso en la cabe-

za. Tuve que esforzarme mucho en serio para no llorar. Nos abrazamos y el “Olé, olé olé olé, Depor, Depor” fue el himno que nos acompañaría el resto de la tarde. Yo no cantaba. Valeria nos miraba desde la ventana del escritorio.

Caminamos en peregrinación eufórica hacia la catedral del Deportivo. Yo trataba de enrolarme en la historia que iba a escribirse en apenas 50 minutos. En el camino nos cruzábamos con el pueblo y todo era algarabía. El canal de acá había mandado periodistas que paraban a todo el mundo para preguntarle sensaciones: gente llorando, arrodillándose, mandando mensajes a los de Cruz del Sur, agradeciendo al abuelo que lo miraba desde el cielo.

Yo me escondía al ver una cámara. ¿Qué diría? No podía decir nada, y mirá que el viernes había pensado una frase para decir: “¡La puta que vale la pena estar vivo!” en honor a Alterio y al campeonato que aún no ganábamos pero que estaba ahí rozando nuestras manos. ¡Pero no, pibe! Si estaba más muerto que vivo, ¿qué mensaje iba a mandar? Además Valeria seguro me vería y no quería echar más leña al fuego. Preferí esconderme de las cámaras y seguir para este lado.

Al llegar a la altura de los policías, mi viejo me dijo:

—*Ta jodido con la Vale, güevón?* —Lo miré y traté de responder, pero el policía que gritaba “¡Con la entrada en las manos!”, la bocina de los autos, los ladridos de un choco con camiseta del Depor, mis primos y el “olé, olé, olé...” me frenaron.

Como siempre, abracé a mi viejo por atrás, cuidándolo de cualquier golpe en el envión de la entrada, subimos los quince escalones y nos dimos cuenta que hacía calor, mucho calor. El sol se había pintado de verde y de a ratos las nubes bajitas, blancas, casi transparentes, formaban una camiseta soplada por el viento. ¡Esos eran mis colores! Pero para mí, todo era

gris. Necesitaba dejar a la Vale y a “ella” en otro plano, en otro lugar, otro momento y así terminar mi obra, mi única gran obra, pero no pude.

Arrancó el partido y la cancha parecía que iba a prenderse fuego, que las montañas de allá saltaban con nosotros y los tablones no iban a aguantar. Creí por un instante haber dejado de lado todo y canté, me abracé con mi viejo y traté de alentar al equipo, pero no sentí nada, no pude nunca sentirme campeón. El partido fue un bodrio, pibe, un verdadero fiasco, pero qué nos importaba, si con empatar estábamos hechos. Sobre la hora nos meten un gol de penal los culiaos y a sufrir. Vos dirás, ¿¿más sufrimiento, todavía?? Sí, pibe, más sufrimiento. Faltaban tres minutos y el Loquito Cosenentino (hijo del diez de mi infancia) se escapa solito por la izquierda, llega casi hasta la línea de fondo de aquel arco, se para, mide el centro y mete una rabona hermosa. El arquero había salido a cortar el centro y ¡quedó parado en el medio del área chica pibe! ¡Golazo, mamita! ¡Golazo y campeonato! Tuve que simular el grito de gol para que mi viejo no sintiera que había criado un güevón que ni cuando salía campeón estaba feliz.

Creo que el partido no terminó, por lo menos yo no escuché al referí chiflando, todo el pueblo cantaba “Olé olé, olé olé, Depor, Depor” y te digo todo el pueblo porque cantábamos adentro y al mismo tiempo afuera, en las calles. Salimos de la cancha y mi viejo levantaba las manos y cantaba como un nene.

—¡Mirá, güevón, qué viejo tenés, que te hizo hincha del campeón!

Las cachetadas eufóricas llegaron a picarme en la cara, pero no importaba. Mientras nos abrazábamos pensé que quizás yo alguna vez podría decirle lo mismo a mi hijo, qui-

zás no.

Caminamos por el pueblo con rumbo al centro y volví a esquivar a los periodistas de canal tres. Creo que fue el gordo Segovia el que estaba bañándose con vino de una damajuana de diez, en claro cumplimiento de la promesa, que según comentaba a las cámaras, había hecho la noche anterior.

En Guaymallen no tenemos obelisco, pero la vuelta olímpica la dimos alrededor de la plaza. Algunos entraban de rodillas a la iglesia. De nuevo el “olé, olé, olé, olé, Depor, Depor” conducía los saltos, abrazos y bocinas. Pero no pude apartarme de todo y disfrutar, y en su día, su día máximo, yo no estuve. O lo que es peor, porque si hubiese estado en la China por trabajo o en un Hospital internado de lo que carajo fuera, pero no, estuve ahí mismo, pero ausente, fantasma, increíblelo. Arruiné todo, pibe.

Después de una hora de festejos en el centro mi viejo ya estaba cansado, y aprovechó que pasábamos con la caravana frente a su casa para quedarse. Yo me separé de los demás y caminé por el pueblo. No tenía alegría, no había nada de alegría en ninguna parte de mí. Pasé por delante de la casa de “ella” y me topé con la cara de un muchacho que supuse sería el novio cama afuera del que hablamos casi todas esas noches de ¿amor? Parecía que todo se había aliado para que mi sufrimiento fuera lo más profundo posible. Miré al muchacho y calculé los años que nos separaban, unos diez más o menos.

Fue imposible conseguir una botella de tinto. No tuve más remedio que comprar una cerveza y continué con mi camino sin rumbo. Justo donde topa el boulevard San Carlos con la San Martín, me crucé con el Pancho. Vino con toda la cara llena de campeonato a darme un abrazo, pero mi cara era una morisqueta.

—¿Qué pasa, culiao? ¿Te hiciste del Cruz del Sur, güe-

vón?

No podía más con la angustia, me pesaba el alma, las piernas, los ojos, todo. Después de haberme escuchado palabra por palabra el Pancho me convenció:

—*Ya está Santiago, rajá para tu casa.*

Le di un abrazo y me fui con la promesa de juntarnos a festejar en el club hasta caernos de mamaos.

Pasé por la catedral verdiblanca, todavía las tribunas estaban repletas de familias. Los haces luminosos cruzaban el cielo y la alegría en la voz del presidente del club se escuchaba a lo lejos. Me sentí un visitante.

No quería entrar a casa. Di tres o cuatro vueltas antes de decidirme a poner la llave y entrar. Había anochecido y llegaba atontado, hundido, confundido, campeón. Llegaba con la vuelta olímpica más triste de toda la historia sobre mi espalda.

—*¿Valeria? ¿Vale?* —Me respondió el silbido del viento que entraba por la hendidura de la ventana. Dudé, temí y seguí buscándola en la casa. No estaba. No había visto la ropa en la vereda y la cerradura seguía siendo la misma: era, siendo muy optimista, un buen indicio.

El canal local me mostraba los festejos. Todos los que había visto antes en la calle, el que lloraba, el del abuelo, las puteadas a los de al lado; todos estaban. Le saqué una foto a la pantalla (la tengo todavía) me serví un fernet triple y me quedé con la mirada perdida en la imagen, esperando que mi esposa llegara. No podía imaginar dónde mierda estaría y qué pasaría cuando volviera. Me costaba razonar cómo seguiría todo.

La noche ya había ganado terreno cuando salí al fondo a

sacar de la parrilla las brazas que nunca llegaron siquiera a calentar las mollejas. Un fernet más grande que el anterior me serviría para decir cosas que normalmente me guardaba.

Guardé cuchillo y tenedor, coloqué la sal en la alacena y escuché la llave perforando la cerradura de la puerta de calle.

Sus ojos estaban tranquilos, hinchados, típica cicatriz del llanto. La notaba demacrada, cansada de haber andado tal vez. Supuse que estaba despeinada por la brisa que soplaba del norte.

—*Te manda saludo mi viejo. Dice que tiene un costillar para cuando quieras festejar* —fue todo lo bueno que dijo antes de empezar con la ametralladora de preguntas. Volvimos a sentarnos en los mismos lugares que a la mañana y hubo un tiempo donde el tema era la culpa: quién tuvo la culpa. Algunas veces había sido yo pero los últimos minutos le venía tocando a ella. Hablamos como pudimos hasta muy tarde; seguimos pasándonos culpas y nos dormimos.

Contarte todo lo que pasó el domingo es muy largo, pero ponele que fue igualito al sábado pero sin ir a la cancha. Arrancó todo a las diez de la mañana, al levantarnos y no terminó, sólo que nos dormimos de cansados nomás.

La mañana del lunes me levanté mas temprano que lo habitual, me bañé y afeité tranquilo. Desayuné solo y decidí dejar el auto en casa. Creí que caminando rumbo a la oficina podría aclarar un poco mi cabeza y con cierta coherencia decir lo que debía. El portón de acceso de camiones de la agropecuaria tenía una bandera del Depor del tamaño de cuatro sábanas de dos plazas y en la oficina cada empleado tenía algo alusivo al campeonato obtenido. Don Raúl había dejado en mi escritorio una camiseta firmada por todo el plantel. Lloré, lloré por todo, por la emoción, por mi ausencia, por “ella”, por Valeria, por mí...

Miré a través de la ventana de mi oficina hacia la administración y una sola persona tenía puesto aún algo alusivo, era un sombrerito tipo arlequín: ¿Sabés quién, no? Fui caminando lento al lugar acostumbrado de encuentro. Alguien se levantó y fue al mismo lugar que yo, me imitaba bajo el sombrerito albiverde. Nos cruzamos en el mismo pasillo que tiempo atrás y en lugar de pedirle un beso para el campeón, le dije:

—*Valeria me descubrió. Leyó el mail que te mandé el sábado. No sé qué hacer. Estoy partido.*

Mi joven violinista dejó de lado la sonrisa hermosa y juvenil. Soportó como pudo el cachetazo helado de mis palabras para finalmente pedir, casi como una orden: “Te espero en El Viejo Adán esta noche”.

Por primera vez en bastante tiempo tuve que viajar solo a Dorrego. A las ocho estábamos junto al brasero apagado, le conté todo o lo que me convenía contar. Por primera vez, el embarazo de Valeria salía a la luz en ese rincón del bar. Mi angustia, estaba reflejándose en esos ojos brillosos, pero sin lágrimas. Una única palabra triste salió de sus labios: “*Cortemos*”. Un suspiro largo, un trago de Malbec, y eso que siempre busca una mujer en la cartera, fueron los pocos movimientos que siguieron a esa palabra.

—*Resolvé las cosas en tu casa. Cortemos.*

Se levantó de su lugar junto a la ventana del bar y caminó hacia la puerta. Me sentí más que nunca un pobre tipo. Pagué, la seguí y volvimos al pueblo, ya no en el auto del Pancho, sino en el mío. Mi cabeza no encontró nada por decir para que la distancia al pueblo no fuera tanta. Los 50 kilómetros de regreso fueron una peregrinación en la que sólo se oía el sonido de nuestra respiración.

Al llegar a su casa, se bajó del auto, besó mi cuello, mi frente y rozó mis labios. Se fue sin decir nada. Me quedé dentro del auto viendo cómo se alejaba. ¿Por qué nunca me había quedado a dormir en su casa? Otra respuesta que jamás sabré, pibe.

Llegué a casa derrotado y destrozado, pero tranquilo. Valeria me esperaba sentada frente al banquillo de los acusados. Inventé toda una historia y detallé el coqueteo con la mina del otro pueblo. Asumí que yo era una mierda pero dejé la pelota de su lado:

—Si al menos me hubieras escuchado cuando tantas veces traté que vieras lo que no tengo acá con vos.

Entramos en una discusión sin final que topó en una calle sin salida. Dudé de mi amor hacia Valeria, dudé de mi amor hacia “ella”, dudaba de querer quedarme acá o salir corriendo para allá. Venía esquivándole el bulto a la realidad cruda. La pasaba bien con “ella” y Valeria estaba embarazada. Me sentía el hombre más feliz del mundo en El Viejo Adán, y en meses tendría el regalo más hermoso que jamás nadie me daría.

Y además de todo, muchacho, lo peor es que arruiné un amor; un amor sin fantasmas, ni dudas, un amor blanco y verde, puro, quizás el único gran amor que haya tenido.

De a poco fuimos solucionando todo con la Vale, pero estaba totalmente custodiado: debía decir a qué hora me iba, a qué hora llegaba, por qué me retrasé, por qué salía más temprano; era una tortura que yo había fabricado y debía soportar. Las mujeres, aprendelo, muchachito, tienen una filosa habilidad para usar la memoria. Podrán pasar lustros, décadas, siglos y ellas en algún momento te harán saber que nunca han olvidado, que por ahí perdonaron, pero seguro no olvidan.

Comencé a creer que con Valeria empezaba a mejorar todo, hasta que una madrugada de sábado se despertó a las tres de la mañana y se sentó en la cama:

—*¿Vos creés que ya está, no? Creés que la loca de tu esposa ya se calmó y que todo vuelve a ser como antes de ese día romántico. Escuchame una cosa, ¿pensás que además de loca soy idiota? Te equivocás, Santiago, no soy ni loca, ni idiota, ni boluda y la única manera que encontré de creerte, es que me lleves a vivir a otro lado.*

—*Mañana vemos. Dormite, por favor.*

Encontré a Valeria desayunando mirando sobre la mesa un diario Clarín. Estaba buscando lugares, casas y precios. Me senté a su lado; no quise preguntar lo obvio y comencé a ver dónde mudarnos. Por lo que había podido notar, Buenos Aires era su objetivo.

El lunes me pasé la mañana pensando qué hacer. Le estaba comentando al Pancho la situación, cuando la pregunta fue el dedo apretando el gatillo:

—*¿Por qué no te mudás a Buenos Aires?*

El vozarrón del viejo Raúl recorrió la administración. Tenía una extraña habilidad para hacer la peor pregunta en el peor lugar. Podía sentir la mirada de “ella” esperando mi respuesta. Quedé paralizado, recordé la última charla que tuvimos en el pasillo que llevaba al comedor:

—*¿Algún día me vas a elegir? No quiero que pase el tiempo, no sé, que pasen tres años más y encontrarme con que no me podés elegir. Prefiero hacerme mierda ahora a los veinticinco. Creo que a los 28 no podría, no podría soportar que te alejes. Si tengo que esperarte dos años, te espero, no me importa nada, dos o los que necesites, pero no quiero esperarte al pedo.*

—*No te puedo retener, ni hacerme esperar y la verdad es que no me animo, no lo veo, no puedo irme de mi casa, no me da la hombría, la culpa, lo que carajo sea pero no puedo* —contesté, sincero y cobarde.

Don Raúl estaba aún frente a mí, esperando una respuesta:

—*Tenemos que analizar muy bien todo, con tranquilidad y tiempo.* —El “tenemos” no dejaba dudas de mi decisión.

Llegué a casa y por primera vez desde el despelote del día del campeonato hablé mucho con Valeria. Advertí que estaba demasiado convencida de irse a otro lado y la idea de mudarse a la Capital, era casi una obsesión.

—*Hay tantos estudios de abogados allá y si vos te vas con trabajo, no nos puede ir mal.*

No encontré en ese momento alguna salida que pudiera frenar ese impulso.

Había muy pocas chances de no viajar, la Capital estaba a 1500 km y a esa distancia mi vida en familia comenzaría de otra manera. Antes de irme a dormir me senté frente a la computadora y... si pibe, adivinaste, leí uno o dos correos lejanos de mi cada vez más lejana amante. Abrí una cerveza y busque en una enciclopedia un mapa, marqué el lugar donde estaban las oficinas que la empresa tenía en Buenos Aires, en un barrio que se llamaba Barracas.

Después busqué un club de fútbol, encontré tres con mis colores: Banfield, Excursionistas y Laferrere. ¿Me entendés, pibe, no? Había resignado casi todo, amigos, pueblo, ella y por supuesto a mi equipo, pero al menos quería ver mis colores en un equipo de primera de Buenos Aires. Me decidí por el Banfield por la cercanía a la Capital. Antes de irme y dejar este pueblo, viajé a conocer mi nuevo lugar. Me enamoré mu-

chacho! Sólo le faltaba alguna montaña y un río, es más, ¡con un arroyito ya estábamos! Pero a falta de esta naturaleza, Banfield me mostró la belleza de sus casitas bajas y sus calles anchas y arboladas.

De vuelta en Guaymallén, fui a la oficina y terminé de cerrar el tema con don Raúl. Prendí mi maquina y tenía un correo con ocho letras: “Te espero”. Me destrozó el corazón, pero yo había elegido. En realidad, Valeria eligió por mí y tuve que aceptar, tuve que pagar la factura, aguantarme la lluvia y tratar que llegue un veranito que seque las ropas. Nos íbamos con la esperanza de arrancar de cero. Yo me iba con la esperanza de empezar a descontar tantos “peros” de mi lista.

Mi actriz y violinista era joven, sabría salir adelante.

Y mirá cómo son las cosas, un domingo 13 de Diciembre Banfield salió campeón y no pude escapar a las lágrimas al ver el festejo de ese pueblo como aquella vez el de Guaymallén.

Al otro día me llega una carta a la oficina, invitándome al décimo sexto aniversario del campeonato ganado por el Deportivo Guaymallén. Y sí, pibe, los muchachos se tomaron su tiempo para invitarme, dijeron que yo había entrado a ser vitalicio y merecía el honor de jugar con los campeones. Fui. ¿Cómo no estar presente? Estaban todos, el loquito Cosentino y el eterno diez negro en su espalda. Fiorentini el arquero, Vareleta el cinco, todos, pibe, estaban todos, más canosos y gordos, ¡pero eran los once campeones! En lo mejor del partido, un pelotazo me pega de lleno en las bolas, pero de lleno eh... me quede tirado como cinco minutos y al trotecito seguí jugando. A los dos días ¡tenía las pelotas como panal de abejas, no sabés! Me tuve que quedar en el pueblo para que me vieran los doctores, casi no podía caminar. Finalmente me quedé al pedo porque me mandaron a Buenos Aires a hacer-

me estudios.

«*Mi amigo, tranquilo que no es grave*», arrancó diciendo el Doctor González y me asustó. «*Venga el martes, que tendremos todos los resultados*». Apretó mi mano y se fue sonriente.

Cuando fui el martes, había tres médicos y no tenían buena cara; me sentaron y González empezó a hablar; usó tantas palabras difíciles que lo único que entendí fue la última frase:

—*Señor Larrea, si bien la cosa no es simple, creemos que usted, por su edad, ya debería haberse enterado de su situación, ¿verdad?* —No pude contestarle porque el tipo hablaba rápido y firme: —*Digo, para usted no es una novedad si le informo que no puede tener hijos, ¿no?*

Tragué saliva, un sudor frío, muy frío, corrió por mi nuca. Hice un movimiento raro con la cabeza, mezcla de sí y no. Los ojos del doctor estaban fijos en los míos y agregó:

—*Santiago, ¿puedo llamarlo así, Santiago? Bien Santiago, por suerte no hubo lesiones severas en la zona, fue un golpe desafortunado. Lo que más me preocupaba era darle esta noticia, pero suponía que era vieja. Me quita un enorme peso de encima. Ahora debo dejarlo, tengo una cirugía. Termine con los antiinflamatorios y si nota algo raro me ve.*

Habló por él pero se fueron los tres. Me quedé solo en el consultorio. Leí todos los pergaminos tratando de ganar tiempo quién sabe para qué. Mis piernas no respondían y me costó mucho pararme. Leí el último pergamino “Dr. Mario González. Urólogo. MP 2214”.

La última vez que caminé a esa velocidad fue cuando volvía a casa después de ganar el campeonato. Caminé lento por Banfield, se me cruzaban situaciones, palabras, caras, lágrimas, mi viejo en la final, Valeria mostrándome la panza re-

donda y entre tantas cosas recordé una de esas frases que nos quedan para siempre en la memoria, vaya uno a saber por qué ¿no? Ella había dicho: «*No me hagas esperarte al pedo*».

Despacio, fantasma, trémulo volví a casa. Tuve la suerte que no había nadie, junté algunas cosas lentamente y llamé a don Raúl. Me senté bajo el pino del fondo y escribí una larguísima carta para ellas dos. La dejé sobre la mesa del comedor diario. Fui a Retiro saqué el primer pasaje a Mendoza y volví al pueblo. Nunca recibí un sólo llamado desde Banfield.

Al llegar fui a la agropecuaria y tenía una oficina lista para mí con una nota de don Raúl dándome la bienvenida. Encendí la máquina, pero no encontré ningún correo de “ella”. Caminé por la administración por obstinado, sabía que ya no la encontraría.

Y mi vida siguió, como siguen las cosas que no tienen mucho sentido. De vez en cuando me paseaba por el pueblo, tratando de reconocer los lugares aquellos, los olía, los dibujaba, los lloraba y pensaba que tal vez “ella” podría estar en uno de esos lugares, esperándome.

Una tarde de domingo caminaba por la rotonda. El viento que venía del volcán me hacía caer gotas de los ojos, ¡ta bien, pibe! Lloraba. Distinguí los rulos y su espalda. Un escalofrío como aquel cuando había sido descubierto, me recorrió el cuerpo. No estaba sola, caminaba con dos personas más a las que se abrazaba: eran dos hombres, uno diez años menor que yo y el otro de tu edad.

¡Perdimos, pibe! Siempre algo se pierde en la vida.

Chau, muchacho. Mándale un beso a tu vieja, decile que es de parte de un viejo Adán.

UN APELLIDO HECHO TRIBUNA

Puede que haya sido en mil novecientos ochenta y siete cuando fui por primera vez a la cancha de Banfield. Me acuerdo que tomamos dos colectivos y caminamos otro tanto. El estadio me era extraño, indiferente. Tenía dieciocho años y un par de amigos que me llevaron a ver un clásico del fútbol.

Fue un sábado a la tarde. El policía me palmeó el pecho, la cintura y las piernas y con un empujoncito permitió mi ingreso a la tribuna visitante. Banfield era tan desconocido como lo era Lanús, pero quiso la vida ponerme debajo de las banderas bordó dentro de ese estadio llamado Florencio Sola.

Fui imparcial. Boca Juniors era dueño de mis domingos y de mi corazón. Aquel sábado recordé un nombre que vi pintado en la tribuna: Eliseo V. Mouriño. ¿Era posible que ese “Mouriño” fuera aquél otro? Lombardo, Mouriño, Pescia, recitaba el viejo siempre. Así enumeraba, de corrido y sin respirar.

—*Un muro* —decía el abuelo —*¿Qué quieren inventar? Si “el gallego Mouriño” lo inventó en el cincuenta y pico! Oíme.* —Así decía el abuelo, así se creía la leyenda y así, los colores de la familia eran los del viejo.

El clásico ese día terminó quizás con un empate, pero ver aquel nombre hizo que mi imparcialidad se desviara para el lado de los de enfrente, del local.

Miré bastante el cartel arriba de la tribuna: “Eliseo V. Mouriño”. Una, dos, tres veces repasé el nombre y los recuerdos del abuelo ocupaban mi memoria: “*¿Qué campeonato el del 54, pibe!*” ¿Por qué un ídolo de Boca tenía una tribuna con su nombre en cancha de Banfield? Una pregunta sin respuesta.

Ya no estaba el abuelo para responder pero sí estaba yo y me propuse averiguar, leer, meterme de lleno en el corazón de Banfield.

Era 1927. Cortazar con trece años garabateaba sus primeros cuentos de niñez. Pío Collivadino y sus 60 abríles, de vez en cuando volvían en su carro a la calle Medrano. Un pequeño Osvaldo Ardizzone cursaba el tercer grado y faltaban unos dieciocho años para que Sandro viniera a este mundo bajo el nombre de Roberto Sánchez. Era 1927 cuando Eliseo Víctor Mouriño nacía en la vieja Mataderos.

A fines de 1941, un muchachito, una promesa de gran jugador bajaba de un tren que venía del lado de Capital en busca de su nuevo Club: Banfield.

Una cancha de cuatro tribunas pequeñas lo albergó desde inferiores. Eliseo entrenaba de la misma forma en que jugaba: Firme, seguro, profesional. Tan profesional que en noches de bar, él siempre se iba primero: *“Mañana hay que entrenar muchachos”*. Y se iba.

Los empedrados llenaban las calles de tierra del barrio y la campaña de Banfield del '51 se hacía leyenda junto a él y su estampa de bravo, de jefe.

Un tipo querible, Eliseo. Un tipo inteligente, respetado. Sin dudas fue el capitán aún sin el brazalete. Se hacía dueño del medio campo, ayudaba a los defensores en la contención y organizaba los avances.

Adolfo Mogilevsky, “el maestro de los preparadores físicos”, lo reflejó claramente: *“El equipo del 51 se forjó en un eje humano llamado Eliseo Mouriño, lástima que nos sacaron el título”*.

Cuando el Barrio Nuevo, comenzaba a forjarse y los campos de allá al fondo se llenaron de chalecitos, calles, arbole-

das y obreros, el 5 de Banfield, el estratega, el cerebro de ese gran equipo dejaba el sur para mudarse a la ribera boquense. Era 1952.

Y siguió brillando Eliseo. Ordenó, jugó, tocó, mandó. La selección le abrió sus puertas. Un 3 de abril de 1961 a las 23:57 horas, la fría Cordillera de los Andes se quedó con la vida de nuestro Eliseo.

La frase de esa época era: “Si tenés un buen cinco, tenés un buen equipo” y Banfield lo tuvo con el Gallego Mouriño.

Era Diciembre de 2009 y Tigre era el rival. El policía me palmeó el pecho, las piernas, los bolsillos y permitió, con un empujoncito, mi ingreso al “Lencho”. Al pasar le mostré el carnet medio maltrecho al peladito de siempre y puse a mi hijo delante de mí, lo miró y le sarandéó los rulos. «*Pase, pase*» dijo luego. Del otro lado del vallado los cantitos, los bombos, el griterío y los aplausos eran para este Banfield que quería bajar una estrella y colgarla en el pecho.

A diferencia de aquel recordado partido con Lanús en los ochenta, yo ya no estaba en la visitante y ese Boca del cual el abuelo nos había heredado los colores había cambiado por otro amor, uno aún más grande que aquél. Un amor de club y barrio, de pueblo y fútbol. Un amor de adopciones mutuas.

Mientras caminaba con mi hijo rumbo a los escalones de “la Mouriño” escuché la pregunta :

—*Papá, ¿esta es la tribuna Mauriño que decís siempre, no?*

Mi sonrisa salió ancha, pero lo suficientemente cuidada como para no molestarlo. Le dije:

—*Esta no es la Mauriño, Manu, es la Mooouriño.*

—*¿Y quién era ese señor Mouriño?*

— *Ay Manu, ¿cómo te explico? Eliseo fue un prócer, algo así como el General San Martín, pero más chiquito, sólo de nosotros, de nuestro barrio, ¿entendés?*

— *¿Y vive acá en la cancha?*

— *No, petiso, vive lejos ahora, pero vivió mucho tiempo acá en Banfield. Era como Erviti. Un fuera de serie. Mauriño como vos decís, fue uno de nuestros héroes, por eso la tribuna se llama así, en honor a ese fenómeno del fútbol.*

Sin proponérmelo pensé en Mouriño y en mi abuelo y en la primera vez que pisé el Lencho en la visitante. Pensé en ese jugador con estampa, con voz de mando, y me pareció verlo con la cinco, aplaudiendo y arengando a todos, ahí, en el césped. Pensé en el 51 y en el abuelo: Lombardo, Mouriño, Pescia decía el viejo de memoria.

Acaricié la cabeza de mi hijo y lo abracé y aplaudí la salida de los jugadores. Una vez más miré el nombré allá arriba y supe que Eliseo había conseguido otra unión eterna entre los tres. Ya nada podrá separarnos a mí, a Manuel y la Mouriño.

PAISAJE URBANFIELD

Novecientas palabras, ni una más ni una menos. ¿Serán suficientes como para que una historia cobre vida?. Pareciera que sí; pienso: puedo hacerlo, me pregunto: ¿Cómo?

Es mi cumpleaños y estoy en el tren, cansado. Trato de encontrar estas novecientas palabras que me den una historia. Pasan las estaciones, llego a mi ciudad, a mi lugar. Banfield me recibe y encuentro la paz, pero ninguna idea.

Bajo del tren, salgo por Chacabuco y me interno en la terminal de colectivos. Voy en busca del 266 letra P roja. Desisto. Decido caminar como si fuera un turista en mi ciudad, un fotógrafo. La tarde está horrible, las nubes comienzan a soltar gotas y la noche se pone más fea todavía. La Avenida Maipú me recibe con un policía de tránsito queriendo ordenar la triple fila de autos. La esquina con la calle Valentín Vergara me muestra la casa de deportes iluminada. Ahí supo brillar el “Bar El Sol”. En el lugar que ahora veo una pantalla led gigante, estaba la estantería de bebidas, detrás de los mozos. Enfilo por Maipú y a media cuadra, “Mi clavel” tiene colgados juguetes y triciclos en la vereda. En diagonal a mí “La mascota” exhibe el último modelo de la camiseta de Banfield, «*lin-da*», pienso, y sigo. Cruzo la avenida Alsina: en una esquina la farmacia; en la otra “Tiara”, con su nueva marquesina, se muestra como uno de los pocos lugares de tertulia a esta hora del día. Afuera, sobre mí, ya llueve grueso y sigo pensando en las novecientas palabras. Me guarezco en la “Banfield Center” donde el cine ya no está, pero sí el Gimnasio. En la vereda mojada, una mujer policía anota una patente en su libreta. Al llegar a la esquina del “Café de la Pausa”, la lluvia se muestra mansa, transformándose en garúa. Miro hacia atrás y el

bondi aún brilla por su ausencia. Sigo. Un Banco, “La Jolie”, “Sancho”, “Di Ru”, el “Teatro Payró” (hoy “Teatro Banfield”) son parte de este pueblo y su historia. La iglesia “Sagrada Familia” y su blancura se contraponen a la oscuridad tempranera de esta tarde noche de lluvia. No hay gente pidiendo limosna en su entrada.

Viene un colectivo, es la P, lo paro, estoy en Maipú y Pueyrredón, subo y sigo con mi turismo íntimo. Ya no llueve. Lentamente salimos rumbo a mi querido Barrio Nuevo. En la puerta de la “Sala Ricci” hay alguien llorando, la heladería “Freschezza” se ve desierta, enfrente una panadería: “El Ángel” y un lugar: “El Viejo Varieté” que anuncia a “La Mississipi”. Muchos locales de todo tipo delinear la escenografía de esta cuadra que va desde Viamonte hacia Arenales. La gente esquiva charcos y camina rápido. Arriba, el cielo sigue amenazando; la noche ya lo cubrió todo. Novecientas palabras, ni más ni menos. Novecientas. Inalcanzable cantidad para mi corta inspiración. En Capdevilla y Maipú la pizzería “25 de Mayo” (o “lo de Pettinati” para los hijos de este barrio) despacha una moto con algún pedido. Al llegar a cinco esquinas, la escenografía cambia. Se ensanchan las calles, las casas bajas de techos de tejas no se enteran aún que a unas diez cuadras el sol choca cada vez con más edificios immaculados. Sobre Derqui, la avenida que cruza el barrio, contaré unos seis o siete negocios hasta mi calle. Las cuadras pasan, el tiempo también, mi casa está cerca y las ideas no afloran. Comienzo a pensar que no conseguiré una palabra disparadora de alguna idea, mucho menos novecientas. Estoy en mi lugar en el mundo: Barrio Nuevo. La heladería “Frutto” ya no tiene a los jovencitos reunidos en su puerta. Luis, el carniceiro de “La Genovesa” está parado en la esquina del supermercado, su panza y la calvicie asomando delatan su fisonomía inconfundible.

Me gusta el barrio. Siempre: en otoño, en invierno, en primavera y verano. Lo disfruto. Las siestas de los sábados en invierno son insuperables y es imposible que en las nochecitas de verano el olor a flores no nos abrace. En el amanecer del otoño, las montañas amarillas de hojas caídas de vetustos árboles, le dan un colorido especial a las calles y veredas. Hace poco jugué un partido de fútbol en la calle bajo una lluvia de hojas. Son cosas que mi hijo no olvidará; yo tampoco. Podría seguir y describir la primavera pero de mi cuento, nada. La lapicera vuelve al bolso y el papel quedó blanco de principio a fin. A la distancia diviso el quiosco de diarios de Cacho, y me bajo en esa esquina. Adentro del colectivo los paraguas chorrean y las personas se abrigan. Oteo mi calle, cruzo lentamente. Sobre la vereda del Instituto, frente a lo de Cacho hay cola de autos esperando estudiantes. La historia que busco se desvanece, el cuento que quiero no se ha gestado. Cada minuto que pasa aumenta mi frustración. Quedarán para cuando la inspiración llegue, mi libreta y sus hojas blancas, junto a la lapicera y su tinta azul, en el fondo de mi bolso negro. No quiero pensar más. La lluvia comenzó nuevamente. Las gotas golpetean sobre mi cabeza. Estoy en la puerta de casa y adentro mi familia espera para un nuevo festejo, chiquito, íntimo, como a mí me gusta. Mañana será otro día y seguiré mi búsqueda. Pensé que no llegaría, pero evidentemente sí, créame, respetado lector, en este instante usted habrá leído novecientas palabras.



LA MIRADA

(NOVELA CORTA)

CAPÍTULO 1: LA ENTREVISTA

*Yo la vi sin querer,
buscaba alguna mujer que fuera el viento,
fuera el viento en mi sien.*

*Y la vi, qué va a ser,
una hermosa Lucifer robó mi tiempo,
mi pensamiento y mi fe...*

ACM

Quince minutos transcurrieron entre aquello y mi llegada al edificio. Traté de que mis sentidos volvieran a estar en su lugar: imposible. Me había pasado algo hermoso, único, frustrante y romántico; todo al mismo tiempo. Aún así acomodé mi traje beige y empujé la puerta alta y pesada de roble. Escuché el quejido perezoso de sus bisagras viejas, para que por fin terminara de abrirse.

Una vez adentro, encontré a mi derecha una escultura que bien podía ser una Venus de Milo. El exagerado tamaño de la escultura y el silbido alegre del portero enfundado en un gastado mameluco caqui, me sorprendieron. Una chamarrita quizás salía de sus labios al tiempo que repasaba el ombligo y la panza de la estatua con su húmeda franela naranja.

Sobre la altísima pared que estaba a mi izquierda, un espejo de marco dorado me reflejaba entero: flaco, mirada perdida y el pelo desprolijamente peinado. La camisa se escapaba del lado derecho de mi pantalón elegante. El espejo mostraba a mi espalda el amplio hall del antiguo y suntuoso edificio. Por primera vez acomodé mi corbata. El piso de cerámicos blancos y negros tenía rastros de humedad; Héctor (suelo ponerle nombre a las personas que no conozco) seguro estuvo trabajando sobre él. Llegando al final del ampuloso hall estaban

los tres ascensores. Di cuatro pasos rumbo a ellos y retrocedí otros tres, como si un gato negro me hubiera obstruido el paso. Me detuve frente al espejo a ajustar la resbaladiza corbata de seda al cuello de mi camisa. Aproveché para peinarme y pasé por mi cara el pañuelo mal doblado que saqué del bolsillo trasero del pantalón. Transpiraba.

Respiré profundo, llené mis pulmones despacio y los desalojé lentamente. Con esperanza antigua esperé el lujoso aparato. La puerta del primer ascensor se abrió y un señor alto, calvo, de chaleco gastado negro, camisa blanca y corbata oscura preguntó: “¿A qué pisos, señores?” Cada cual recitó el suyo. A todos sonrió a medida que apretaba el botón indicado. Balbuceé “*séptimo piso, por favor*”, me miró, sonrió y apoyando su mano sobre mi hombro dijo: “Buena suerte, es una gran empresa”. Agradecí.

Me detuve a pensar en ella o sólo la recordé, no puedo definir eso, en verdad no sé identificar la diferencia. ¿Pensar en alguien es recordarlo? ¿O al revés?

El camino a una nueva vida estaba apenas unos cuántos metros más arriba y yo, recién estrenado como Maestro Mayor de Obras, tenía la convicción que tiene un pibe a los veinte años.

Tardé dos minutos en llegar al séptimo piso de aquel edificio de Esmeralda al 300. En ese diminuto viaje en ascensor, mi atención se enfocó en dos caballeros que rozaban sus piernas y sonreían.

El aparato abrió sus puertas en el cuarto piso y la rubia subió charlando con una amiga. ¿Era la misma de minutos antes? No, no era. Pero fue suficiente para que mi corazón latiera dos o tres veces más rápido.

Debía escribir sobre esa muchacha; dejarla inmortalizada

en algún cuento breve, en una poesía, en una oda, en cualquier cosa que me permitiera describirla tal cual la había visto en el tren.

En mi breve existencia sobre esta tierra las rubias no habían sido mi costado débil, hasta ahora, claro. La sonrisa inigualable, su nariz helénica y esa boca de labios perfectos la definían preciosa.

La entrevista de trabajo no tenía importancia en ese momento. Tampoco la tenían los cariñosos amigos del ascensor. Saqué mi cuadernito del maletín y escribí “ella en mi cabeza, Helena, Aquiles, Homero”. Pensé en imitar a Homero y su *Ilíada* haciendo que Helena se fugara conmigo al bajar en Constitución y viviéramos felices en Banfield, sin Aquiles, ni guerras, ni Caballo de Troya.

Al llegar al piso siete cerré el anotador, entré a la oficina y saludé cortés:

—*Buen día, tengo una entrevista con la señora Estela.*

La opaca recepcionista de Panamerican Petroleum Inc. miró su reloj en claro mensaje a mi prematura llegada. ¿Sería ésta otra forma de impuntualidad? Mi pregunta interior me perturbó.

Enarcó sus cejas y su mirada se marchó a través de la ventana. Aún con la vista clavada en el edificio de enfrente, como si estuviera viendo el mejor show de Richard Clayderman, me invitó a tomar asiento en unos sillones con olor a cuero recién sacado de la vaca. Preguntó si deseaba tomar algo con una sola palabra:

—*¿Café?*

Respondí del mismo modo, usando una sola palabra:

—*Café.*

Me hubiese encantado pedirle agua helada y también su número de teléfono, pero como un autómata, acepté la proposición primera. Le devolví una sonrisa chiquita a manera de agradecimiento y me senté a su derecha.

El ambiente tenía una decoración antigua, quizás era de la misma época que los ascensores. Estaba perfectamente iluminado por la luz solar, aún blanquecina, que ingresaba por el ventanal.

Estábamos a unos 25 metros de altura de la avenida Diagonal Norte y a unas cuadas de la Casa Rosada. Un río de automóviles y colectivos comenzaba a andar en una Buenos Aires convulsionada.

Cuando en una recepción no hay nadie con quien hablar sobre las caricias de los amiguitos del ascensor y tampoco cuadros donde tratar de imaginar qué quiso decir el pintor, generalmente uno se decide por un libro o como en mi caso trata de escuchar lo que sea. Es buena terapia para matar el tiempo y calmar un poco los nervios, y yo había decidido prestar atención a los sonidos. Hacia el lado de la Plaza de Mayo algunos bombos bien castigados eran arengados por una voz metálica que salía desde un megáfono. El estruendo de la pirotecnia sepultaba la voz cantante permitiéndome solamente escuchar tres o cuatro letras finales de algunas palabras. El juego era claro: adivinar la palabra. Así comencé con "...eros", fácil: Compañeros. Otra: "...ucha", ahí se me complicó, podrían haber sido lucha, escucha, mucha, pucha" y la última que pude oír fue: "...uta" ésta la saqué por el tono impresionista de quien hablaba, claramente la palabra era "disputa".

Me distraje lo suficiente como para no ver a la recepcionista correr rápidamente a cerrar las ventanas y prender el aire del equipo blanco a mi espalda. Creo sinceramente que

ella dijo: «Negros de mierda, ¿por qué no laburan?»

Pero no pude seguirle el hilo a ella ni el ritmo a los bombos, porque esa sonrisa amplia con perfume a fruta fresca nuevamente recorría mi cabeza y me obligaba a zambullirme en mi reciente viaje.

Carla (al igual que a Héctor, le di nombre a la recepcionista) cercenó mis pensamientos cuando dejó el pocillito blanco y humeante sobre la mesita ratona, murmurando algo inentendible. Faltaban todavía diez minutos para el horario pausado de entrevista, el tiempo justo para que se entibiara el café; no quería seguir transpirando. Leí por arriba una revista Time y otra Gente, tan distintas e iguales entre sí.

A un minuto de la hora señalada apareció la señora Estela, que resultó ser una joven mujer de treinta, treinta y cinco años. Se la notaba alegre cuando salió de la sala ubicada frente a mí y ese calificativo de “señora” ahora se tornaba excesivo. Estaba acompañada de dos personas más que resultaron ser los amiguitos cariñosos del ascensor quienes, me enteraría luego, participarían de la entrevista. Los tres me saludaron con apretones de manos de distinta intensidad y grado de transpiración. Uno habló:

—*Carla, tres vasos de agua por favor.*

El hombre de sonrisa inmediata fue cortés al hablarle a la recepcionista, intuí algo extra laboral en sus miradas, pero dejé que mi imaginación no siguiera creciendo, como pasó en el ascensor. Señaló luego mi pocillo y me invitó:

—*Traete el café y vení.*

Fui. Desde mi sillón blanco nuevo hasta la sala donde entraron, no había más de diez metros. Tomado en unidades físicas de velocidad diría que yo debía hacer diez metros en 15 segundos, a contar desde el momento en que me despegaba

del sillón. Desde ese instante, decía, hasta que mi pie derecho pisó la alfombrada sala, ella volvió a cruzarse en mi cabeza y a sitiarme por completo: los cabellos rubios, los ojos celestes y esa mirada que imaginé transparente se habían adueñado de mí. No pude dejar de pensar en todo lo que había pasado minutos antes. Esa hermosura que aquel lunes de diciembre con sólo estar arriba de ese destartado tren y mostrarme su sonrisa había conseguido transportarme quién sabe a qué mundo, real o ficticio, no podía menos que ser mi trébol de cuatro hojas.

Entré seguro de mí mismo, me acomodé en un extremo de la mesa de reunión y apoyé el café a mi derecha.

—Díganos por qué cree que puede ser parte de esta empresa de primer nivel.

Grandilocuente, la ex señora Estela iba directo al hueso. Incisiva. El *uppercut* me hizo tambalear, pero no besé la lona. Acomodé la taza de café y saqué de mi maletín el currículum. Necesitaba enfriar el partido.

—Antes de ir a la respuesta les entrego mi currículum donde podrán ver estudios y mi pequeña experiencia. Respondiendo ahora a su pregunta, debo decirle que es excelente tener la posibilidad de comenzar a trabajar en esta gran empresa. Pienso que dado mis estudios, mi empuje y mis ganas de superarme día a día puedo encajar perfectamente dentro del organigrama de su firma.

Mientras hablaba, la seguridad que yo mostraba con cada palabra, a mí mismo me sorprendía. Al terminar de exponer razones, tomé un sorbo de café esperando una segunda embestida. Entretanto, miraba uno a uno a los tres.

El amigo de la recepcionista tomó mi currículum y lo husmeó.

—Según veo estudiaste en la ENET N°1 Passalacqua, de Banfield. Bien, de ese colegio salen dos tipos de profesionales, los buenos y los malos. ¿Vos, de qué bando sos?

No esperaba esa pregunta. Uno se prepara para respuestas como la anterior, además nunca diría que tan mal profesional era o me creía. Mi entrevistador sabía de qué hablaba y había definido al detalle a mi colegio secundario.

Miré a Estela y luego a Gustavo (así se había presentado).

—Sólo hay una forma de comprobar eso: teniéndome en su compañía. De cualquier manera le diré que me considero un buen profesional y mis antecedentes (aunque pocos por mi edad) así lo demuestran.

A esas dos preguntas le siguieron otras quince que fueron en degrade de lo más profesional a lo más familiar. Hacía un rato largo que había terminado mi café y dos vasos de agua helada, cuando por último Estela miró a quien no había hablado en toda la entrevista y dijo:

—Ok, señor Adalberto Wenceslao Martínez. Con esto hemos terminado. Necesitamos unos días para evaluar otros postulantes, pero lo mantendremos informado cualquiera sea nuestra decisión. Espere nuestro llamado. Gracias.

Tres apretones de manos idénticos a los anteriores me despidieron de la entrevista. Salí sonriendo, saludé a la amiga de aquel otro y tomé el viejo nuevo aparato que me dejaría frente a frente con el espejo y la Venus de Milo. Recordé a mi trébol de cuatro hojas y el corazón se alegró. Supe, tiempo después, que nunca llamaban a las personas que no eran seleccionadas.

CAPÍTULO 2: EL BAR

*Volcándose la décima cerveza andaba
un tipo sin casa ni edad,
frotándose los ojos para ver más lejos
aunque no quede nada por mirar... (CDLQ)*

Soy Cacho, amigo de Adalberto Wenceslao Martínez. Soy más que su amigo. Se podría decir que “Beto” y yo somos hermanos. A través de los años fuimos cambiando de maestros, escuelas, modas, novias y amigos; pero él y yo nunca nos separamos. Más o menos entre los ocho y los doce años, los potreros y plazas eran los lugares donde nos reuníamos y armábamos picaditos. Cuando el acné asaltó nuestra cara y las nenas se transformaron en señoritas, cambiamos los cortos por jeans y mudamos el lugar de reunión a la esquina de la farmacia. Esto duró tres años, hasta que Don Cosme nos acusó de haberle robado tres cajas de vendas elásticas y algún antiinflamatorio muscular. Así, del día a la noche pasamos de habitar la esquina de la Avenida y Larroque a disfrutar cervezas y maníes en el buffet del Defensores de Banfield. El papi fútbol siguió por un tiempo más, hasta que un viejo clásico llegó a su fin con revoleo de piñas y polleras y así la rutina del fin de semana terminó.

La placita que nos presentó estaba a dos cuadras de mi casa. El aroma a tilos y eucaliptos que aún llena el aire en el comienzo del verano, es una marca indeleble en mi memoria. Aquel día llegué con la pelota bajo el brazo, flamante, inmaculada y perfectamente redonda. El potrero estaba ocupado por unos cuántos muchachitos que se miraban resignados. Un viejo Fiat 1500 había truncado el partido en disputa. La pelota debajo de la rueda delantera derecha, totalmente des-

inflada no daba lugar a dudas, el partido se suspendía. Fue entonces que Beto, corrió cincuenta metros, se detuvo frente a mí y más como súplica que como invitación, dijo jadeando: *“Tenemos los equipos. Nos falta la pelota, ¿jugás?”* En ese mismo instante comenzó nuestra amistad.

Hoy el mítico bar El Sol de este lado de Banfield nos cobija. Las paredes amarillentas albergan manchas de humedad que simulan dibujos hechos en aerografía. Los pisos están revestidos con baldosas graníticas cachadas y salpicadas por cuanto haya podido caerse sobre ellas. Donde terminan las baldosas comienza el piso alisado de cemento, imperfecto, áspero. Hecho de mala gana.

Las mesas no son iguales entre sí, tampoco lo son las sillas; todo pareciera como derramado desde un cubilete a este local semioscuro. Escasean los manteles.

Dicen que en la época más petitera del bar, Sandro pasaba por acá con más de una chiquilina prometedora.

No logro recordar por qué dimos con el bar El Sol. Me parece que fue por el viejo del Chino Juan. En verdad fue su madre la que nos mandó dos o tres veces a buscarlo, siempre en días que cobraba la quincena. El viejo se quedaba con los de la fábrica dándole al truco y al Cinzano con ingredientes. Desde aquellas veces el Chino, Beto y yo esperábamos a don Luis terminar la mano y el Cinzano, tomábamos gaseosas y nos sentábamos en la misma mesa que estamos hoy. Claro, el Chino ya no viene porque se fue a vivir a San Martín. Pero nosotros seguimos viniendo. Se nos han sumado otros personajes: almas filosóficas, pseudo intelectuales, bolcheviques y músicos a los que la guitarrita les garpa la sopa de todos los días.

Acá Beto escribió su primer poema de puño y letra. Yo lloreé borracho pegado a esta ventana, el descenso de Banfield

a la B tres tardes y sus noches, disimulando mi primer desencanto en materia del corazón y eso también fue parte de algún escrito de mi amigo Beto. Lo veo venir y entiendo que el tiempo ha pasado, como siempre lo hace: rápido e irrepetible.

El pelo marrón, enmarañado todavía, es abundante. Johnny Deep en su papel de “El joven manos de tijera” se me antoja prolijamente peinado en comparación con Beto. Está como si recién se hubiera levantado.

Escucho su risa y veo su amplia boca poblada de dientes teñidos por nicotina. Saluda al dueño del quiosco de al lado. Viene tranquilo y con el Jockey soldado entre el índice y el mayor de su mano derecha. Despacio llega, como arrastrado por el viento suave de octubre. Buen tipo Beto, o “el escritor” como es conocido en “El Sol”.

Antes de entrar se detuvo en la puerta e hizo lo de siempre: buscar. Vaya uno a saber, tal vez no sea búsqueda sino manía o curiosidad. Por ahí es un raye nomás, pero invariablemente se detiene en el umbral, oteando quién sabe qué. Mira lejos a veces, otras mira muy cerca. Curioso. Siempre el ejercicio se repite: mirar, buscar, esperar, tal vez encontrar. Entonces sí, entra a nuestro santuario para solitarios confesos.

Desde la mesa -nuestra mesa- que está pegada a la ventana que da a la placita de la estación, lo acompañé con mi vista en su búsqueda. Sólo pude ver una marea de gente deambulando como zombies. Raramente comenta si encuentra al menos algo de lo que busca. En sí, jamás ha dicho nada al respecto.

Hoy estamos solamente Beto y yo y es raro. Mario, el mozo, había empezado a hablar de alguna cuestión de política o del asunto del prode. El domingo el nueve de Boca

revoleó un penal al cielo de la bombonera y Beto quedó con 12 puntos y sin la llave de la puerta donde estaban los billetes con los que soñaba.

Apenas pisó el bar, Mario lo chicaneó:

—*Che, Betito, me parece que vas a tener que seguir dándole a la pavada esa de la escritura, ¡“el nueve” te cagó la guita, je!*

—*Gordo, ¡ya vas a ver toda la tarasca que voy a tener cuando meta en las librerías el asunto este de las minitas...!*

El estornudo le impidió seguir gritando su sueño de millones.

Su mano extendida hacia mí y la sonrisa leve, muy leve, fue lo último que hizo antes que su mirada se vuelva lejana. Palideció y me asusté. Apoyé sobre la mesa el vaso de cerveza recién servido y en el movimiento la derramé un poco. El hilo amarillo cayó sobre su zapato izquierdo formando un charquito espumoso. Le pregunté si estaba bien, miré a Mario y amagué a llamar a emergencias para llevarlo a una clínica. Había comenzado a temblar y el golpeteo de sus dientes frenó toda respuesta a mi pregunta. Giró levemente la cabeza y su mirada se clavó en un viejo espejo que a sus espaldas reflejaba a la muchedumbre saliendo de la estación en busca de la terminal de colectivos. Agarró el diario que comenzó a temblar junto con Beto. Trató de ordenar las páginas que se empecinaban en resbalársele. Como arrastrado por el viento de octubre, se sentó en la destartada silla de madera que soportó el peso y se quejó suavemente. Tragó de un sorbo su cerveza fría y fue acomodando su cuerpo al respaldo de la silla. Dejó el diario sobre la mesa y enmarañó más su melena. Se frotó los ojos, como quien al caminar por la playa quiere sacarse la insoportable arena. Respiró profundo y lento. Estiró todo su brazo derecho y dobló el puño de

su camisa a cuadros; repitió con su brazo izquierdo. Corrió un poco la silla hacia atrás, empujándola con la espalda. Estiró sus piernas y las cruzó, poniendo la derecha sobre la otra. Volvió a entremezclar su peinado, que ahora era idéntico al de Robert Smith y mintió que leía el diario. Cuando enfocó la calle, se había normalizado su mirada y ya no temblaba. Me robó un cigarrillo, me convidó otro y sonrió. Esperé alguna explicación, pero sólo faltó que dijera: “acá no pasó nada”.

Yo seguía asustado y sin quitarle la vista ni un segundo, me bajé la cerveza de un solo saque. Él, como quien mira sin importarle realmente qué burro ganó la polla de potrancas en Palermo, acomodaba la última hoja del Clarín y trataba de leer los dibujitos. Acorralado por mi mirada, preguntó:

—*¿Querés más cerveza?* —Sin esperar una respuesta, desvió el tema: —*Este diario de mierda tiene un papel malísimo.*

—*¿Me estás jodiendo? Parece que viste a la mismísima muerte, ¿y me hablas del papel?* —Le contradije.

El volumen de mi voz era alto, rozando el grito. Se sirvió un poco de la fresca cerveza y con los ojos rojos de sueño ausente, se sinceró:

—*Cacho, ¡la vi!*

—*¿A la parca? ¿Está buena?*

—*No boludo, ¿qué parca? ¿Me preguntás para joderme o querés saber lo que me pasa?*

Su mirada salió por la ventana y se fue hacia la calle Maipú. Ahí nomás, cerquita, un tren que iba a Mar del Plata pasaba rápido y dejaba el sonido del silbato esparcido en el viento.

Su boca le dio una pitada larga al Jockey. Se deslizó en la

silla hasta enganchar con su pie la de enfrente y la arrastró hasta ponerla muy cerca suyo. Mario se acercó a cambiar los envases y dejó sobre la mesas algunos maníes y papas fritas con olor a aceite rancio. Beto lo miró y se mandó la última aceituna antes que el mozo retire el platito amarillento. Pausadamente dobló el diario hasta dejar el titular boca arriba: “El nueve y la maldición de los penales”. Nuevamente acomodó su camisa y me habló:

—*Vení, sentate acá, que te cuento.*

—*¿Morocha o rubia?* —me apresuré a adivinar.

—*Fría.* —dijo— *Elegí vos la marca.*

El humo del cigarrillo salía espeso y blanquecino por la comisura izquierda de su boca y lentamente, soltando una a una cada palabra, comenzó diciendo.

—*Hace mucho que vengo cavando en el agua. Años.*

Le hice una seña a Mario, que anotó con una birome roja algo en su cuaderno viejo y pasó el trapo al mostrador. Puso el trapo sobre el hombro y se arrimó.

—*Gallego, llevate el diario y si viene alguno de los nuestros, decile que hoy hay misa, que sigan de largo o se sienten allá.*

Señalé el extremo opuesto al nuestro y lo apuré:

—*Hace años que venimos, Mario, ¿podés traernos algo que pueda comerse? Y andá enfriando algunas botellas más, que tenemos tiempo de sobra.*

Acomodé la silla, mientras doblaba los puños de mi camisa. En un movimiento levanté las botamangas del pantalón y lo encaré.

—*A ver, contame ¿qué te anda pasando, Beto?*

El bar, una vez más nos acunaba; la tardecita se ponía os-

cura, como la mirada de Beto.

Por la vereda de la plaza ya no había tantos zombies deambulando y el viento, sentándose a mi lado, se había quedado quieto, dispuesto a escuchar al escritor.

Uno nunca termina de conocer a las personas, aunque, como en mi caso, sea una hermandad de treinta años. Esa noche de luna hermosa, de luna romántica y nostálgica, yo conocería un rincón bastante protegido y oculto de Adalberto Wenceslao Martínez: su corazón.

CAPÍTULO 3:

BANFIELD — REMEDIOS DE ESCALADA

*Él la vio una sola vez
y le quemó la mirada,
Sólo un segundo bastó
para quedarle grabada...*
NTVG

Beto comenzó el relato y sus ojos se fueron con su memoria.

—Era lunes. Temprano. Un lunes distinto; hermoso para ser el día más feo de la semana. Estaba parado en el andén de la estación Banfield, rodeado de gente que iba al laburo. El insolente sol me cegaba. Pude escuchar a la distancia el sonido del tren pero no podía ver su figura cuadrada arrastrándose perezosa hacia mí.

Los zapatos lustrados, la corbata a rayas, la camisa blanca y el traje beige me mostraban pulcro. Estaba, además, recién afeitado. Me transpiraba la frente y bajaba un incómodo hilo de sudor por mi espalda. Diciembre.

Esa era la primera o segunda vez que viajaba en tren absolutamente solo, imagínate el cagazo y la adrenalina de viajar solo. Ya sé que era un boludo grandote, pero ¿qué querés que haga? ¿Naciste arriba de un tren vos?

La cosa es que subí, la puerta del vagón se cerró y por un instante su interior fue lo más parecido al pasillo lúgubre de un hospital. No quería estar ahí en esa sala de espera, ni tener que meterme en la panza del vagón: me quedé cerquita de la puerta mirando el reflejo tenue que daba su vidrio roñoso. Ese día me dije: “Beto, esa imagen pulcra, es tuya”

y evidentemente era mía. El vidrio mugriento me mostraba perfectamente prolijo. Lo que no sabía el vidrio ni los que me rodeaban era que yo iba en busca de trabajo. Me tenía fe. Estaba convencido de pelearle un lugar a cualquiera. Además, comenzaba mi historia con la escritura y necesitaba empezar a bancarme mis cositas. Vos lo sabés mejor que nadie, los viejos ya no podían seguir aguantando a un mocoso rockero, pseudo bohemio y con ínfulas de escritor. No había otra, mi elegancia y yo íbamos en busca de la nueva vida.

Miré hacia el andén y me llamó la atención un perro ladrándole a mi puerta. Estaba sucio, tenía un manchón té con leche en el ojo izquierdo y un pañuelito rojo en el cuello. Igualito a Jagger, el perro de tu primo.

Afuera, alguien corrió para subir al tren, pero fue tarde, las puertas se cerraron. Antes de perderlo de vista leí en sus labios tres palabras: “la puta que...” y vi su gesto contrariado.

Cacho, entendeme algo, no te hago toda esta introducción sólo para ponerte en clima, no mi viejo, ¡ni en pedo! Dame cerveza ¿querés?

El escritor me acercó su vaso con restos de espuma en el fondo. Lo que quedaba de la botella fue ocupando otro lugar y adaptándose al formato de nuestros vasos de vidrio. La espuma formó un triángulo, y al desbordarlos se transformó en un hilo blanco arrastrándose lento por el vidrio hasta chocar con la mesa. Beto trataba -inútilmente- de que su dedo índice parara la catarata de espuma.

—A ver si abreviás un poco, que ya nos ganó la noche y hoy tenemos cine. ¿Dale? —le insistí, para que acorte su relato.

Fue una pésima idea: intenté que fuera directo al punto. Pero me encontré con que el tipo estaba dispuesto a hablar y sin intención de salir del bar. Pinchó una aceituna y la cerveza ayudó a bajarla rápido. En un volumen perfectamente audible desde la estación Banfield, me dijo:

—*¡Pará! ¿Sabés hace cuánto quería sacar todo este bagaje que llevo en el lomo? Vengo chorreando gotitas de toda esta amargura de mierda en casi todo lo que escribí hasta ahora. ¿Y vos me jodés con ir al cine? ¡Que se vaya a cagar el cine! Si querés, andá, pero yo pienso seguir acá, hablando solo si es necesario. Eso sí, pagá la cerveza y decile a Mario que ponga un poco de música. Ahora, si te quedás, escuchame y no me interrumpas al pedo!*

No había opción. Arrimé aún más la silla a la mesa, la giré y me senté acodado sobre el respaldo, mirando hacia el mostrador. Mi mano derecha apoyó su índice sobre mi oreja. Mario cabeceó un “sí” y a la distancia encogió sus hombros; hizo un “montoncito” con la zurda: “*¿Qué bicho le picó a éste?*” leí de su boca. En ese momento sonaron los Stones en la nochecita del bar.

—*Dale, ¡largá!* —le insistí a Beto. Lo empecé a escuchar como si estuviera en el cine.

—*De pronto, ya con el tren en marcha, sentí que alguien me miraba. Una mirada curiosa caía sobre mí. Me escrutaba, me olía, me asfixiaba.*

Vos sabés que mi fuerte nunca fue la pinta, ni cuando fue el cumpleaños de tu hermana logré llegar a un mínimo de facha, y eso que Laura me enloquecía. Pero lo que natura no da, mi viejo, no lo da nadie. No señor. Siempre estuve por debajo del nivel medio del concepto de belleza. ¿Vos sabés cómo se mide la belleza, Cachín? ¡Es una cuestión de simetría, papá! ¡Si-me-trí-a! Así como te lo digo. Yo no me con-

sidero un asimétrico total pero tampoco soy un cuadrado perfecto como este cenicero. Descarté entonces que fuese yo quien estaba en la mira. De todas formas sentía los ojos en la nuca. Sospeché, conjeturé, imaginé a algún amigo en la mitad del vagón. Podía ser un pariente, algún profesor del Passalaqua; un viejo amor al que le había regalado algunos versos mal rimados, no sé, capaz la que me miraba era esa de medias negras que subió conmigo y que yo le había echado el ojo en la estación. Aunque claro, también estaba la posibilidad de que no existiera tal mirada. ¿Vas entendiendo, Cachito lindo? Podía ser sólo una sensación errada, producida tal vez por los nervios de la entrevista a la que había ido.

Simulando absoluta tranquilidad, usé de espejo el reflejo que el vidrio me daba pero atrás mío nadie. Estiré el cuello de norte a sur y a la inversa, pero ninguno estaba mirándome, ni accidentalmente. Mis ojos fueron a la derecha y pude ver claramente las tres caras más cercanas. La primera era de un ñato de pelo aplastado en la frente cayéndole sobre el ojo izquierdo. Leía el diario de otro que estaba a un costado. Sonreía. El segundo rostro era más delicado; una morochita linda. Tenía lentes con aumento suficiente como para poder leer desde otro vagón el libro que llevaba en su mano derecha. Sobre su hombro izquierdo colgaba un bolso de cuero negro. Su mirada estaba perdida al frente. En nadie, en nada. Una señora de unos 60 años era la cara que seguía. Sus grandes lentes de sol pasados de moda y la búsqueda de un asiento es lo único que quedó de ella en mi memoria.

De mi lado izquierdo no había posibilidades de estar siendo observado. Todos los que estaban sentados dormían o quizás hacían que dormían, no sé. Los que estaban parados charlaban en pequeños grupos...

El tren se movía a buena velocidad, cuando decidí dejar de lado la persecución sin motivo. Casi siempre, un hombre piensa, más de pibe y con traje impecable, que es una mujer quién lo mira. Entonces, ¡a la mierda con esa que me espía-ba!

Retorné a la idea original: ir en búsqueda de una nueva vida, ganarme el pan y trabajar para ser feliz escribiendo. Más calmo comencé a pispiar para afuera a través de las ventanas de vidrios sucios. Entre tantas otras cosas vi a dos chiquilines con uniformes escolares, sentados en la placita que está pegada a la vía. Tenían los labios tan unidos que las narices no se veían. Quizás estaban dándose un primer torpe y tembloroso beso. Mirá lo que habrá sido ese cuadro que todavía me acuerdo de esa parejita. Los envidiaba, no recordaba haber tenido un beso así y no había dado ni siquiera uno parecido.

¿Qué te pasa, Cacho? A ver si cambiás esa cara de traste. ¿Sos mi amigo o no? Pedite una picadita de esas que nos prepara el gaita allá en el fondo. Un día voy a entrar a la cocina y voy a sacarme la duda, porque para mí nos está dando la pata de un gato con mostaza. ¡Mario, traete una pata de gato en rodajas con otra de estas, bien fría! Pero como me decía mi vieja, “abrí la botella delante nuestro”, a ver si no nos estás dando pis frío.

Cacho, te juro que “la mirada” me seguía mirando. Quiero decir que mi sensación de ser observado se acentuaba. ¿Se entiende? Giré y apoyé mi espalda en la puerta del vagón, decidido a encontrarla. Saqué un libro del maletín. Mi observadora (a esa altura me jugaba que era mujer) creería que estaba viendo a un hombre elegantemente vestido y tal vez imaginaría a un intelectual. Quería impactarla.

Acomodé mi cabello húmedo. Distraídamente leí algu-

nos párrafos de Los siete locos, el capítulo era justamente “La Sorpresa”, ¿recordás cómo arranca, Betito? “Al abrir la puerta de la gerencia, encristalada de vidrios japoneses, Erdosain quiso retroceder...” Fue imposible concentrarme. Aproveché que el tren paró antes de llegar a Remedios de Escalada y acomodé rápidamente el libro en su lugar.

Sentí su mirada cercana, aún más incisiva. Estuve a punto de bajarme; hice cálculos: “Me bajo ahora y espero el de atrás. ¿Llego? No, no llego.” Cuando ya estaba poniéndome excesivamente nervioso, la encontré. Allá, en medio del vagón, mezclada entre la gente estaba “la dueña de la mirada”.

Llegamos a Remedios de Escalada y el tren hacía su primera parada.

CAPÍTULO 4:

REMEDIOS DE ESCALADA — LANÚS

*Un recuerdo de ciudad,
el amanecer visto en tus ojos
(igual que se ve en el mar)*
MDMH

—*¡Qué sé yo cómo supe que era ella, Cachito querido!... ¡Me preguntás cada cosa! Lo supe porque me marcaba. ¡Mirá qué fácil! Jugale al 33 a la cabeza y el domingo animate a un Quini seis, te paso los números. ¿Me dejás que siga contando o ya te vas al cine?*

Una vez más la noche nos había descubierto paradójicamente en “El sol”. El bar de Vergara y Maipú ya no albergaba a muchos parroquianos. Encendí un cigarrillo y le di otro a Beto, para que siga contándome. A esa altura y con el envión que tenía, insistir con ir al cine era faltarle el respeto. Preferí que Beto siguiera su discurso:

—*Fui hacia ella, tratando de verla en detalle. De a poco, de a poquito, como restándole importancia, la observé. Tuve que aprovechar todo lo que tenía a mano para no quedar en evidencia. Salimos de la estación Escalada; haciéndome el gil me corrí hacia el interior del vagón y pasamos frente al taller de los ferrocarriles. Viste que en una de sus cúpulas hay un reloj y debajo hay una virgencita, bue, fingí buscar a la virgen a través de la ventana (Dios me perdone) e hice la señal. ¿Cómo qué señal animal? ¡La señal de la cruz! En medio de mi religiosidad pude ver de reojo un lunar en su nariz y una cadenita dorada que le quedaba preciosa.*

En un zarandeo del convoy, me sostuve del pasamanos

de tal manera que cuando ella iba para el lado de las ventanillas yo me bamboleaba para el pasillo y a la inversa. Me seguís ¿no? Digo, ¿te das cuenta? En un punto ella y yo, los dos, estaríamos cruzándonos a la distancia. Cuando eso pasó, noté su camisa ajustada, desabrochada apenas por encima de los senos (Suena cursi, lo sé) y llegaba apenas por debajo del nivel del cinto, a la cintura. Los pantalones eran claros y ajustados a esas piernas que se veían fuertes y bien moldeadas.

A mi derecha desde la punta del vagón escuché la voz grave del vendedor de pan casero, cuando con su canasta pasó delante mío; lo seguí y avance unos metros en el vagón. Me había acercado más a ella. Por encima de la espalda ancha del vendedor pude ver plenamente su cara. Era simétricamente perfecta. Una deidad, un poema. Traía puestos lentes de sol. Era rubia. Pero no un rubio pintado a mano, este era uno gestado en nueve meses: suave, ondeado, libre. Tenía la nariz más hermosa que jamás haya visto ¡y en conjunto con la boca conformaban un rostro maravilloso! Y su sonrisa... ¡jahhh! ¡Qué hermoso es ver una sonrisa hermosa un lunes por la mañana! El aroma frutal de su boca llegó hasta mí (o lo imaginé). Algún día colocaría un chocolate sobre esos sublimes labios rosados.

No estaba sola, no. Una amiga la acompañaba. Noté enseguida que murmuraban algo. Me miraban cómplices, sonreían por lo bajo y trataban de disimular. Yo, a esa altura no podía dejar de comerla con la vista. Había perdido todo disimulo.

Estaba mirándome... ¡A mí me miraba! ¿Entendés, hermano? Ya no había dudas. Traté de adivinar el color de sus ojos. Pensé que podían ser verdes con pinceladas marrones, como salpicados de gotas de miel. Por ahí eran celestes, pero no intensos, sino más bien cristalinos. De esos celestes que

te permiten nadar en la mirada y llegar por mar al fondo del alma. De haber podido elegir, los prefería celestes. Sus lentes modernos, de contorno blanco y vidrios esfumados, le calzaban perfecto. Su pelo ondulado tomaba el movimiento de la brisa que entraba por las ventanillas. Todo mi yo, se transportaba. Era imposible para mí dejar de mirarla. Y de vez en cuando, ella se aferraba al brazo de su amiga y le decía algo al oído. Siempre sonreían. Yo transpiraba.

Beto estaba tan metido en el relato y sus ojos tenían, además de ese color rojizo, un brillo que pocas veces pude ver antes. La mirada iluminada y lejana. ¿Alegre? Se había subido al mismo tren de aquella vez. Había cambiado en esos minutos sus facciones y parecía uno de esos chiquilines que se daban el primer beso tembloroso en la placita. ¿Acaso era la cara que tuvo cuando le entregó la poesía mal rimada a su primer amor? Nuevamente opté por no interrumpirlo. Igualmente, ¿qué le diría?: “¡Vos sos un boludo en serio, eh!”. No, definitivamente no. Me quedé callado, mirándolo, mitad fascinado, mitad compasivo, y seguí escuchando su corazón abierto:

—De pronto, toda la ansiedad por la entrevista había quedado de lado. Comencé a deliberar qué decirle. Debía hablarle. Un tren no es buen lugar para arrancar un diálogo pero no me quedaba otra. Necesitaba sacar algún dato que me permitiera salir con ella, conocerla, enamorarme. Aunque te reconozco que ya había empezado a enamorarme un poquito.

Lo más práctico sería pedirle el teléfono. ¡Tené en cuenta que “ella” me buscó con “su” mirada! Entonces, Cachito lindo, me pensé tres planes. Uno, con el que iría ciego a hablarle, otro un poco menos poético y más sanguíneo y el último que rozaba la súplica. Oíme bien:

«Hola. Tenés todas las armas para mejorar mi mañana. Podés hacer que pierda o gane un trabajo o que mi mundo

sea tan hermoso como vos. Yo, puedo hacer que tu mundo sea tan hermoso como vos».

Si ella sólo reía, aplicaría el plan B, como para presionarla más. Era así:

«Sino, me das tu teléfono y mañana sigo insistiendo. No lo tomes como amenaza, sino como la necesidad de poder ver todos los días al mejor homenaje a la mujer. Dale, no me prives de sentir que mi mundo gira alrededor de tu sol. Solo el teléfono y me voy».

Si aún no aparecían los benditos números. Iría con la tercera idea. Rozaba la súplica:

«No me va a hacer bien soñarte toda la vida. Por favor, son siete números por toda la vida junto a vos. Probamos. Te llamo, vemos, salimos o no, no sé, pero dame esa oportunidad».

Ya sé que era medio cursi todo, pero te quiero ver a vos pensando estrategias para engancharte una mina arriba de un tren, en diciembre, con un calor que desmayaba a los pajaritos y todo almidonado. No, Cachín querido, ¡no mi viejo! ¡No me enojo, qué va! Pero si querés podemos probar. Te mando al horno que tiene el gaita ahí atrás y te pido que te pienses algo. Te doy cinco minutos. Por supuesto que yo sabía que había cursilería en mis distintos discursos, pero también sabía que ella no podría negarse.

—¿Me esperás, Betún? Tengo un trámite allá atrás. — Lo corté.

—Listo, andá al baño, mientras yo sigo acordándome cómo siguió el viaje, —me dijo Beto y afirmó: —No quiero dejar nada sin contarte. Dejame un pucho. —Cuando volví del baño, él siguió:

—¿Vos decís que estaría mal si pedimos otra cervecita? ¡Mario! ¡Traete otra! Te sigo contando:

“Tranquilo -me dije- no necesitas más que el primer

plan. Fue “ella” quien te invadió con “su” mirada.

No podía echarse atrás. Mi cabeza viajaba a una velocidad inusual para esa hora de la mañana. Me puse nervioso. Sí, estaba nervioso como ese músico que sabe que está a punto de encontrar su canción o como el jugador que pateará el último penal y definirá una final. Me sentía un ganador. La belleza rubia estaba ahí y me seguía marcando. ¡No sabés la cintura que tenía! Y las... las... vos me entendés, hermano, mirá si me habrá gustado esa mina que hasta me da vergüenza decirte: ¡Qué tetas tenía! Te diría que empecé a ver más allá de ese viaje de iniciación, que seguí con mi fantasía...

«Listo, me pasa el número. La llamo, salimos a cenar. No. Primero almorzamos un sábado al mediodía. Después, una nueva salida, pero ahora a cenar a algún barcito en San Telmo. Ahí le tiro los cañonazos al cuore. Imposible que esquivé las balas. ¿Cama? No sé, tal vez me anime o lo insinúe. Hacía tanto que no tocaba ni siquiera una foto».

El tren seguía su trajinar, mi cabeza elucubraba situaciones. El tiempo pasaba rápido y la entrevista estaba cada vez más cerca, pero nosotros seguíamos en el tren, comiéndonos con la mirada, como tortolitos.

—Beto, el vaso se vacía, ¿vamos con otra?

CAPÍTULO 5: LANÚS — GERLI

*Y si acaso no brillara el sol,
y quedara yo atrapado aquí,
no vería la razón
de seguir viviendo sin tu amor...
L.A.S.*

—En un momento de mi viaje, -de nuestro viaje-, dejé de admirar esa belleza rubia, esbelta, griega, para dejar que mis ojos vieran qué pasaba con el mundo afuera de nuestro paraíso. La velocidad del tren fue cayendo rápidamente hasta llegar a cero. Las puertas se abrieron con el chirriante ruido de puertas empujadas por el aire comprimido. Estación Lanús. Me sorprendieron dos cosas: la muchedumbre esperando subir y el puestito de chorizos y panchos que a esa hora ya tenía clientes. La cumbia se escapaba desde el local para colarse por las ventanillas del tren bañado con olor a chorizo recién hecho. Relacioné todo en un segundo. El fútbol, la pasión, los barrios, la rivalidad. Me imaginé llevándola a un partido de fútbol. Aumenté la apuesta; la llevaría a dos: uno, el nuestro con los pibes, el otro sería el clásico: Banfield - Lanús. Antes veríamos por tele algún partido donde Banfield jugara afuera, en el interior, porque esa sería la prueba previa que certificara que no era mufa. Porque podría ser muy rubia y bonita, pero si era lechuza se quedaba en su casa.

Cacho, no sé por qué elegimos como fecha 13 de Diciembre para nuestro pequeño clásico con los de la esquina del almacén de Doña Leonor, seguro fue idea tuya. Encima “martes 13”. El que pierde garpa el asado completo: ensalada de lechuga y tomate, las cervezas, vino tinto, gaseosas,

pan y helado. El Tano y vos se ocupaban de juntar la guita de los dos equipos. Estaba todo arreglado. Yo tenía hinchada propia.

Nosotros éramos los de siempre: El Musulmán, Tomate, Facha, vos y yo. Los de la otra cuadra de tu casa eran el Gordo Matías, Pelusa, Nene, Chueco y Chino.

Hasta ese día yo era el único de la barra que no tenía ningún filo. “Che, Beto, ¿cuándo vas a conocer la cara o la barba de Dios?” me decían siempre.

Ella estaba conmigo en el clásico allá en la canchita de la estación. La dejé esperando en el buffet mientras nos cambiábamos en el vestuario.

De movida nomás, el Musulmán, mientras se vendaba la zurda me preguntó:

—¿De dónde sacaste esta hermosura?

—¿Qué te importa Musulmán? ¿Acaso yo te pregunto con quién te acostaste anoche?

—Con tu hermana me acosté, ¿no te contó?

—Dale boludo, ¿qué te importa de dónde la saqué? ¡Es mi novia y punto!

Mi respuesta contundente no daba pie a más preguntas ni comentarios. Como si hubiera cantado “Pido gancho, el que me toca es un chancho” recité nuestra ley: “Cuando una piba tiene título de nobleza, llámese novia, esposa, concubina etc. etc; etc, pasa automáticamente a no calificar y es un amigo más.” Listo, ustedes, manga de giles no me seguirían preguntando.

Me cambié a los pedos y antes de entrar a la cancha salía corriendo a darle un beso como el de los pibitos de la placita. Me di cuenta que ustedes nueve me miraban desde la

canchita. Indudablemente pensaban “mirá éste, con esa cara de boludo que tiene, lo que robó”. Pero yo ni enterado. Al trotecito pisé la cancha gritándole al Musulmán: “¡Tocá Musu!”

Ella me miraba precalentar. ¿Admiraría mis piruetas con la bocha más que mis piernas? Seguramente.

Comenzó el partido y no jugábamos a nada, los de la otra cuadra nos pegaban un pesto bárbaro. Yo no veía el balón ni por asomo pero ni me lo cuestionaba. Me dedicaba a mirar a través del ventanal vidriado, para verla sentada del otro lado. Ahí estaba: rubia, radiante, divina.

En una jugada tonta yo le pegaba un codazo en el medio de la boca al gordo Matías, que ni lerdo ni perezoso se me vino al humo. Ahí nomás me planté y nos dimos unos bifes, entre piña y piña miré de reojo a mi novia para mostrarle que podía defenderla ante cualquiera que se hiciera el vivo. Se levantó y se fue, la rubia se fue a la vereda. Al verla salir, le pegué una última piña al gordo y corrí a buscar a mi amor. Mientras salía del verde rectángulo lo escuchaba al gordo gritar: Vení puto, no seas cagón. Te vas con esa mina y seguro te cuelga la galleta. ¿No ves la cara de boludo que tenés?

Llegué a la vereda y ella me decía:

—Beto, vámonos de acá, no me gusta verte pelear.

Trataba de convencerla dando explicaciones:

—No pasa nada, son cosas del fútbol, ¿viste? Unos sopapos y cuando termina tomamos cervezas juntos.

Pero no había caso, Cacho, ella me pedía casi llorando:

—Vamos, Beto, llévame a casa.

Yo, un flamante novio comprensivo, los dejé colgados a

ustedes, al gordo Matías, al partido y me fui así como estaba para Temperley (ponele que era Temperley donde vivía) a la casa de la futura madre de mis pibes.

Al llegar, primero me pediría que nos bañemos, pero con sus viejos en la casa me diría que me bañe solo, porque sus padres no soportaban mi olor a fútbol transpirado.

Habían pasado casi dos horas desde que Beto sufrió ese temblor. Dos horas hacía que yo, desde el otro lado de la mesita marrón del bar, le prestaba atención. Me di cuenta que si tenía pensado contarme el viaje, aún faltaban cuatro estaciones hasta amarrar en Plaza Constitución.

Lo bueno era que a Avellaneda e Irigoyen las separan sólo el Riachuelo y algunas cuadras, con lo cual el escritor no habría tenido tiempo de crear más ilusiones románticas. Le saqué un cigarrillo de su atado, serví más cerveza, y le mostré a Mario dos veces la botella vacía.

Beto seguía con el corazón en los labios y los ojos y la mente en ese vagón del Roca que le había cambiado la vida.

La espuma de la cerveza recién servida estaba a punto de derramarse cuando el escritor puso su dedo en el borde del vaso y siguió su relato sin prisa...

CAPÍTULO 6: GERLI — AVELLANEDA

*Veo tus ojos en el sol
y tu risa a su alrededor
fuego y secreto
de este viejo amor*
L.G.

—Ella seguía hablando con su amiga y a pequeños intervalos me mostraba su sonrisa amplia, sincera, distinta. Me la regalaba ¿sabés? Digo que pocas veces uno puede ver a alguien riendo un lunes (o cualquier día) temprano a la mañana y disfrutar. Esa vez yo disfrutaba cada huequito que su cara generaba. Cada exclamación, cada mirada de sus clarísimos ojos celestes eran motivo de una algarabía inaudita en mí.

El tren frenó casi bruscamente y el chirrido de las ruedas contra las vías causaba (todavía causa) en mí esa extraña sensación de que algo fatal ocurrirá. Ese metálico sonido que produce el íntimo roce de rueda y riel es para mí el anuncio de algo terrible. Felizmente nada de mi perspectiva pesimista se había materializado. El andén de estación Gerli nos esperaba manso; tres personas por subir al tren era todo el pasaje. La ausencia de vendedores ambulantes y esa pequeña ventanilla de despacho de boletos eran toda la escenografía del lugar.

El Puente Gerli. ¿Sabés la veces que pasé por ahí todos estos años, Cachito? Una parva de veces pasé y cada día me acuerdo algo diferente de aquel lunes.

Cuando el tren abrió sus puertas, ya no tenía registro de la entrevista a la que estaba yendo. Lo único que me movilizaba era “la mirada celeste” de esa hermosa Lucifer, que

estaba a tres o cuatro metros de mi propia mirada.

Recuerdo a un tipo a mi derecha, tendría unos treinta y cinco años. Tenía el pelo largo; enrulado, y dos aros en su oreja izquierda. ¿Viste que cuando sos pendejo ves a un tipo de más de treinta y decís que es re grande? Bueno, este tipo me parecía grande. Había subido en Lanús empujando a todos los que, dormidos, entraban al vagón. Hablaba con otro de más o menos su misma edad. Me llamó la atención su charla. Preparaban la salida del próximo sábado: irían a ver a Guns and Roses. Te estoy hablando de cuando los forajidos eran los forajidos, no como ahora que Axl es un abuelo gordo y patético, que juega al rockstar babeándose en el escenario. Nooo, Cachín, en esa época los tipos eran ¡LOS TIPOS!

El asunto es que los escuché planeando su salida y me colgué con la idea. Yo quería estar ahí viendo a los forajidos. ¿Y Beto con quien iría, Cachín? Decime, ¿con quién, cabezón? ¿Con quién?... No, pichón, ¿cómo con vos? ¡No!... Iría con la rubia que hacía menos de quince minutos había conocido arriba de ese sagrado tren. Tenés razón, aún no la había conocido, pero estaba seguro que me la ganaba a la blonda, ¿me seguís?

Mi cabeza viajaba a la velocidad de la luz. Supuse, tal vez ingenuamente, por cómo estaba vestida que a la rubia le gustaban los recitales y más aún, seguro era fanática de Guns and Roses o de alguna banda de esa época. Me daba lo mismo cualquier banda. El primer obstáculo sería el paredón que ella levantaría cuando, como desairando mi invitación, dijera: «No me gusta el rock y menos los rockeros drogadictos esos. Ese negro de galera, es un espanto, es un horror. Además, me encanta el tango».

“Espanto y horror”, dos palabras que me definirían que la rubia no sólo no era rockera, sino más cheta que la mier-

da. Pero como el amor todo lo puede: yo insistiría: «Pero ¿vos lo viste bien? ¿Prestaste atención al sonido de su guitarra? ¿Te diste cuenta el tono al que es capaz de llegar Axl cuando canta?»

«No, la verdad no tuve el gusto. Prefiero ocupar el tiempo con Julio Sosa. Magaldi, Discépolo...»

Preferí imaginar que la rubia amaba el rock y apenas yo mostrara intenciones de ver un show, ella se ofrecería a sacar las entradas. Me la imaginaba vestida con jeans ajustadísimos, remerita pegada al cuerpo apenas por arriba de la cintura y zapatillas. ¡Mierda! Hoy, a mis cuarenta vueltas de página, me doy cuenta que hubiera sido lo mismo que viniera en pijama, pero que viniera.

Algo me frenó las ganas y mi imaginación viajó a otro plano: “Además me gusta el tango” había dicho ella. Pensé en mis mañanas de estudiante en casa y en Rapidísimo, con Héctor Larrea saliendo de los parlantes de la radio y mi vieja cocinando. Conocía a los cantantes que ella había nombrado. Mi viejo en más de un cumpleaños me decía, cuando bailaba con mamá: “Pibito, mirame que algún día tendrás la oportunidad de bailar así”. Lo miré y aprendí.

Tranquilamente podría bailar un tango sensual, romántico; abrazado a la cintura pequeñita de mi compañera de tren. Nos sentaría bien un viejo bodegón de la Boca. Sentía su perfume y era suficiente para que mis pasos siguieran el ritmo del dos por cuatro. Me sentía un Al Pacino en “Perfume de mujer”, exactamente así era la sensación.

Ya no habría problemas entre el rock y el tango, el pelo largo o la gomina, la camperita de jean o el saco y la corbata y el funyi. Yo estaría con ella en cualquiera de los dos sitios y eso era lo importante.

Otra vez el sonido hueco a aire comprimido y el tren abrió sus puertas. Entró un ventarrón de esos húmedos y calurosos que parecen darte unos metros más de oxígeno, como una antesala o una advertencia de que en breve bajaras a la hoguera de Plaza Constitución. Escuché su voz. Por fin pude oír su melódica voz y supe que nunca jamás me olvidaría de ese tono suave con el que le decía a su amiga: «Menos mal que abrieron las puertas, me estaba ahogando».

Supe que jamás dejaría que ella se ahogase. Sería capaz de darle aire con mis libros, con mi saco o incluso podría soplar para evitarlo.

Las puertas quedaron abiertas unos minutos y el tren no se movió. Yo me acerqué; despacito me arrimé. Necesitaba terminar tanto enrosque, incluso era necesario terminar con esos minutos de imaginación. Tenía que aprovechar el tiempo que quedaba hasta el final del viaje para sacar un número de teléfono. Era la última oportunidad de poder decirle algo y obtener ese dato. Como yapa, sentiría su perfume, vería sus ojazos y amaría su sonrisa. Con todo eso no me quedaría otra que seguir enamorándome. Quedaban unos siete u ocho minutos y estaba decidido a aprovecharlos.

Mientras Beto hablaba yo iba entendiendo que ese hombre, con algunos años en la espalda y al que yo creía conocer más que nadie, seguía enamorado de esa ilusión que hacía tanto tiempo atrás lo había hecho feliz por veinte minutos. Luego todo fue solamente un recuerdo. No supe cómo definirlo, tal vez fue un buen recuerdo, quizás uno de los peores. Como sea, seguro era el recuerdo más importante (y único) que el escritor tenía de esa señorita. Desde el momento en que Adalberto Wenceslao Martínez pisó el vagón de ese tren, la rubia le había robado, como mínimo, las ganas de intentar alguna otra jugada en cuestiones del corazón. Aunque siem-

pre en nuestro confesionario de ese rincón roñoso del bar haya hilvanado algunas historias gordas y otras con gusto a vinagre, sobre mujeres, sexo, y amor.

Sin saber plenamente lo que aún me quedaba por escuchar, había algo que el escritor debía, quizás, agradecerle a esa mujer: ella le había permitido conocer el amor a primera vista. El inobjetable, irrevocable, inevitable, envidiable, inolvidable amor a primera vista.

Debo reconocer que sólo creo en lo que me pasa y jamás creí en el amor a primera vista, pero a partir de esta noche-cita hermosa de octubre no tuve más remedio que aceptarlo.

Mi amigo, el escritor, Beto, estaba a punto de contarme el resto del viaje o quizás el resto de su vida hasta esa noche y obviamente había logrado hacerme olvidar las ganas de ir al cine.

De vez en cuando y como para no perder el hilo del relato, Beto tomaba el vaso vacío y lo levantaba; sus ojos se alojaban en la botella marrón que estaba frente a mí y su cabeza me invitaba a agarrarla y llenar el depósito. Iban como nueve botellas marrones cuando miré por primera vez la hora. Era casi media noche y en la calle ya no había gente deambulando. Los zombies seguramente se habían encontrado con quienes los esperaban. Beto hablaba sin respiro:

—Quiero ordenar un poco todo, mi cabeza a esta hora se nubla, se distorsiona por el cansancio y la cerveza. Así como vos, yo tampoco puedo ponerlo en verdadero orden pero me imaginé con ella: vacaciones, salidas, lo que sea y me encantaba la imagen que veía, me regustaba esa piba, la quise, la amé, sí, también eso. Era un frasquito de cristal lleno de amor líquido al que yo debería cuidar para que nadie, incluso yo mismo, quiera o pueda romperlo. La veo ahora en mi cabeza y me recorre una electricidad que me

paraliza hasta el corazón. Todo. Era preciosa, tan preciosa como mis palabras te hagan imaginarla. Y cuando la pienso con otro o ponele con su hermano o sus amigas, no sé, la imagino radiante, hermosa y quisiera que mis ojos estuvieran cerca para verla y sé que nunca la voy a poder ver en ese esplendor, y es raro. Y este “nunca la voy a poder ver” nace de mí, de una parte también muy sincera mía, la parte que acepta, pero no olvida.

Cacho, ¿te acordás cuando Sabina dice “no hay nostalgia peor que añorar lo que nunca jamás sucedió”? Esa canción me la sabía toda entera, la canté por meses y quizás años hasta que como casi siempre, como casi todo, se fue transformando, fue mutando y se cubrió de algo, no sé, musgo, frialdad, costumbre, desazón, tristeza, nostalgia, eso... nostalgia. Cachito, la melancolía está en concubinato con los atardeceres grises de otoño. La nostalgia en cambio, puede vivir en cualquier estación, siempre lo pienso, nunca puedo asegurarlo.

Y ahora, después de haber dicho todo esto me siento como cuando me atendía la mina esa que me aconsejaba o analizaba y no entendía que lo único que yo tenía era amor en mi alma y no tenía a quién dárselo. Porque la destinataria no estaba, nunca estuvo, nunca estaría y eso es lo que la mina no entendía y me hablaba de duelar, me hablaba de una falta, de buscar el origen de esa falta en mi familia o en mi niñez, de trabajar sobre eso y yo le decía: «¿Usted no entiende? ¿Nunca se enamoró en veinte minutos? Claro usted antes de enamorarse lo analiza. Porque ustedes son una raza especial, una raza superior; cuando uno piensa en un pedazo de pan, ustedes están pensando por qué elijo mermelada de durazno». Y la mina dale que te dale con que había que trabajar en eso. ¡Trabajar, loco! ¿Cómo se puede trabajar con el amor? Me fui. Nunca más volví a verla, ni

a ella ni a ninguno de sus colegas. Ni chau le dije, sólo me levanté de ese sillón con olor a gato y me fui.

La pucha Cachito. Me extravié de la historia, me fui por la vía de al lado, ¡je!

Mi plan estaba tan en ascenso como ascienden las vías del Roca cuando remonta el terraplén y desembocan sobre la avenida Pavón, para permitir al gusano eléctrico anclarse en estación Avellaneda que estaba a escasos metros de nuestra burbuja amorosa. De verdad necesito contarte y llegar al final, o al comienzo... no lo sé...

CAPÍTULO 7: AVELLANEDA — IRIGOYEN — CONSTITUCIÓN

*Y si viene un río gris,
que separa el mundo en dos,
quisiera quedar del mismo lado
nena, que vos
ACM*

El calor, a esta altura del viaje nos envolvía y asemejaba a un horno con su puerta abierta. Uno a uno repasé mis planes. Había decidido hablarle. Ella miraba a su amiga y de a ratitos giraba la cara para verme. Su pelo rubio otra vez comenzaba a ondularse por la brisa caliente que entraba por la ventana. El tren había partido de Avellaneda y se hamacaba sobre las vías, a unos diez metros por encima del roñoso Riachuelo. ¿No habían prometido limpiarlo en mil días? Aquel, seguro era el día cero.

Atraído por el olor repugnante que entraba por todos lados, miré por la ventana hacia abajo. La mugre de esa zanja gigantesca parecía trepar en capas invisibles, colarse por las ventanillas y obligarte a respirar por la boca. Una gran vena marrón verdosa abierta que se perdía a unas diez cuadras doblando a su izquierda. Aproveché que me había puesto perfume y apoyé una mano en mi nariz. Ella arrugó su hermosa nariz, miró hacia abajo, volvió la vista hacia mí e hizo un gesto entre resignación y asco. En verdad el hedor era nauseabundo.

Puedo describirte sin miedo a equivocarme la escenografía, desde Avellaneda hasta Irigoyen. No te imaginás las veces que miré, miro y seguramente miraré ese corto trayecto

entre estaciones en mínimos detalles. De este lado de acá, en Avellaneda, un Carrefour y cruzando la calle un terreno baldío. Pasando el charco mugriento y del lado de allá en Barracas en “la capi”, un destacamento policial y una villa de emergencia frente a él. En verdad cuando no leo libros, siempre miro los carteles de allá abajo, los de la pared que da al terraplén. Ya perdí la cuenta de la cantidad de apellidos, fórmulas políticas y promesas que he leído en todos estos años.

¿Sabés que la última frase “graffitiada” que ganó mi atención no es sobre política? Y me llamó la atención porque simplemente dice: “Tano come vieja”. Creo que nuestra poética urbana, nuestro ingenio popular no se han ido.

Porque vos lees “Tano come vieja” y te imaginás un pibe de veinte, veintidós abriles acostado con una mina de cuarenta y cinco mínimo. Y son tres palabras que sirven de disparador. Escuchame: ¿Cómo será el Tano? ¿Y la vieja? ¿Será vieja realmente? ¿Pagó el Tano? ¿Cuántos años tendrá el que escribió? ¿Por qué la vieja se acostó con el Tano? ¿Será amor?

¿Me entendés, Cachín? Se pueden hacer mil conjeturas con esas tres palabras, incluso el Tano podría estar en el pedestal de sus amigos, y ser el más apto para hablar de sexo, porque sencillamente se comió a la vieja. Hay otras frases que me hacen analizar y filosofar, pero ya no vienen al caso.

Di un paso más hacia ella cuando el tren transitaba la curva y comenzaba a aminorar la marcha para, por fin, estacionarse en estación Irigoyen. Tambaleé.

Poco tiempo estuvimos parados en la anterior estación e Hipólito Irigoyen era la anteúltima antes de bajar en Plaza Constitución. Ahora, uno tras otro todos los vagones se

quedaron clavados acá y no había mucha perspectiva de un despegue rápido rumbo al fin. Esto no era bueno para mi futuro laboral y si el tren seguía parado ahí, bajo el sol matutino, no llegaría a mi entrevista y mi nueva vida probablemente quedaría en una buena intención o tendría otra vida en otra parte. Jamás lo sabré.

Pero mis nervios se intensificaron cuando comencé a esquivar gente tratando de dar con la rubia. El corazón golpeaba fuerte sobre mi camisa prolija y húmeda de sudor. Mi respiración era arrítmica, y sin exagerarte te digo que sólo respiraba cuando me daba cuenta que estaba a punto de desmayarme. De todas formas me animé a llegar al lado de la mujer que había hecho innecesarios mi día y mi futuro, si no eran obviamente a su lado.

Tengo la seguridad, porque analicé cada segundo de ese día, que ella notó que cuando más me acercaba, menos dejaba de mirarla. Y fue en ese instante único que la vi ponerse colorada y eso la hacía aún más hermosa. Y ese enero de ensueño pude ver cómo un irrespetuoso sol de playa iba tiñendo su cuerpo y su cara cristalinos de un rosado tímido que resaltaba el celeste de sus ojos y lo confundía con cielo y mar. Yo viajaba a través de esos ojos de océano hasta el alma de esa mujer de la que me había enamorado.

Playa, sol, diciembre, enero, vacaciones. Proyecté una presentación oficial el día de Navidad que justo ese año caía domingo. No sé qué pensás vos, pero oíme ¿hay mejor momento que un asado de domingo de Navidad? Porque viste que el día más familiar de la semana es ese ¿no? Entonces se daría todo para la presentación: la picada y el vermouth y el asado y los chorizos y el vino y el sol de mediodía y ella y yo y todo. O quizás nada de todo eso, sino el reunte de lo que había quedado de la noche anterior, sanguches de miga, esas

boludeces, pero igualmente era todo magnífico. Perfecto.

Pensé en su familia, Cacho, ¿podés creer que me detuve en eso? Porque hasta estaba la posibilidad de invitarlos a pasar Navidad en casa. Seguro era una familia normal.

¿Y mirá si sus viejos no quieren en su casa a un tipo sin trabajo y escritor? “A éste no le gusta el laburo” diría ‘mi suegro’.

«Y dígame, muchacho, ¿a qué se dedica usted?»

«Soy Maestro Mayor de Obras, pero ahora estoy sin trabajo. Además me gusta la literatura, escribo poemas, cuentos, relatos.»

«Casi un vago». Diría Don Carlos (ponele que sería Don Carlos)

Pero enseguida supe que ella era mi trébol de cuatro hojas y mi suerte empezaba en ese momento, arriba de aquel tren destartado, y seguía en el edificio de Esmeralda al trescientos. Claro Cachete en la Panamerican Petroleum Inc.

De repente, algo en la atmósfera, en la escenografía había cambiado. Un actor nuevo entraba a escena; alguien se había acercado a mi futura novia y me bajó toda la ilusión de un hondazo. Un pibe alto, flaco y simétricamente bien dotado. Claro, Cachín, era lindo pibe; rubio, con facha, pin-tón. No podía creerlo. ¿Cómo no lo había visto antes? ¡Pero qué pelotudo!

Deprimido, retomé la causa inicial de mi viaje: la entrevista. Desde que me levanté éste había sido el origen de todo, incluyendo que yo estuviera ahí, casi pegado a mi Barbie y también ahora a su Ken. El Brad Pitt ese me había sacado toda chance con Penélope. No había más opción que volver a ocupar mis pensamientos en cómo presentarme a

la multinacional. Más triste que molesto, la miré como en una despedida y fue ahí que me di cuenta que el cara bonita y grandes músculos, acariciaba el rostro de la otra, de la amiga. ¡Era el novio de la otra piba!

¡Cómo te explico lo que sentí! Fue un renacer de esperanzas... ¡de nuevo yo estaba en carrera! El Barba me había enviado una sogá sobre la recta final y la meta estaba a sólo cinco minutos.

Me acuerdo que mientras esperaba que el tren saliera de la estación Irigoyen (que no saliera era en algún punto mucho mejor) pensé:

—Estoy asustado. Es más, cagado era la correcta definición. Sí, estoy todo cagado. Es hermosa. ¿Será cierto que me viene fichando a mí? Atrás mío no había más que una puerta con vidrios roñosos. No se puede mirar tanto a una puerta de vagón de tren.

Partió el tren y con él mi tiempo iba descendiendo. El olor había quedado atrás o nos habíamos acostumbrado, no sé.

Cuando el tren se movió, las manos entraron por las ventanillas, una mano morocha chiquita fue al reloj, la otra también morocha pero más grande hizo blanco en el bolso, Escuché el grito, la rubia se dio vuelta como todo el mundo, hacia donde venía la voz aguda, suplicante: «¿Qué hacen? Hijos de puta, ¡me roban!»

El tren había tomado envión y ya no había manera de atrapar a los ladrones. Yo aproveché el revuelo de comentarios y maldiciones para acercarme a ella. Pasamos el puentecito metálico y estábamos entrando a los andenes de Constitución cuando me acerqué a su oído derecho y amagué a decir:

—Hola, ¿qué tal?

Ella había dado vuelta la cara y me ignoraba. Volví a intentar. Otra vez su nuca me miraba de cerca. La rubia no se dignaba a mirarme y era imposible que no se diera cuenta que yo estaba casi fagocitándome con ella. Esa reacción me desconcertó.

Desde que subí en Banfield sentí que me miraba, pude ver todos sus gestos, sus charlas cómplices con la amiga, su sonrisa encantadora hacia mí; tenía el partido ganado sin jugarlo y mi blonda pretendiente ni siquiera me daba la posibilidad de jugarlo.

Te juro, Cacho, que me había agarrado tal calentura que tuve ganas de putearla en diez idiomas. Me había boludeado todo el viaje y me seguía boludeando en ese momento. Y yo ahí, cagado de calor, con el corazón en la mano, temblando de miedo, de bronca, de amor.

La amiga y su novio me miraron compasivos. Pero, oíme bien, no estaba dispuesto a dejar que las cosas quedaran así. Ella no se burlaría de nadie nunca más. El tren estaba deteniendo su marcha, el calor había quedado en otro plano aunque yo estuviera totalmente empapado. Me volví silenciosamente hacia la puerta donde había subido y esperé a que ella baje. No sé cómo pero ella me escucharía. No tenía idea qué le diría pero ella me escucharía. La muchedumbre bajó empujándose y ellos tres esperaron a que el vagón estuviera casi vacío. Yo había bajado y esperaba sin prisa junto a la puerta del vagón. Me prendí un pucho. Espié por la ventanilla hacia adentro y vi que la rubia tomaba del brazo a su amiga. El novio de la otra agarró una especie de paraguas de los cortitos, lo estiraba y formaba un bastón. Dieron tres o cuatro pasos, el carilindo le pasaba el bastoncito a su novia y ésta a mi rubia. De pronto todo lo que había pensado decir era una bolsa de palabras que no pasaban por mi

garganta.

¿Entendés hermano?

La belleza griega, la madre de mis hijos, la mujer que el Musulmán me envidiaría en el clásico con los de la otra cuadra, jera ciega Cachito! Nunca pudo verme. Jamás me miró, ni siquiera su sonrisa estuvo una sola vez dedicada a mí. Fue terrible ver que ella no veía. Solo atiné a susurrarle al oído:

—Cuidado con el hueco en el piso.

La tomé del brazo antes que su amiga lo hiciera y la ayude a salir del vagón. Su voz dulce me golpearía una y otra vez en la cabeza:

—Gracias.

Y lentamente se alejaron los tres.

CAPÍTULO 8: NO ME VA A HACER BIEN SOÑARTE TODA LA VIDA

*Me marchó
pensando si he de volver
a tus ojos
tus ojos de cuarto menguante
tus ojos que pintan el aire.
Viajando hasta donde habita el dolor
me acuerdo
tus manos tocando mi carne
tus manos que atrapan el aire.
Y cómo he de saber si vuelvo
solo si el sol
decide alumbrar tus ojos
tus ojos de cuarto menguante.
Raly Barrionuevo*

—Quedé en blanco. No sabía qué hacer, si seguirla, hablarle, irme a la entrevista y olvidarme del asunto. Me decidí y fui en busca de mi nueva vida pero no logré olvidarme de los quince, veinte minutos más hermosos de mi vida.

Caminé despacio por la estación Constitución. Algunas palomas revoloteaban sobre mi cabeza otras picoteaban migajas en el piso. Bajé al subsuelo para tomar el subte. Caminaba por inercia, trataba de recordar cada gesto de la rubia y las veces que me había creído que por una vez en la vida alguien se había interesado en mí. Al llegar al andén miré la hora. Estaba bien de tiempo, es más, me sobraba el día. No sabía que también me sobraría la vida.

De golpe, un corte de luz puso todo negro, oscuro, ciego.

Me paralicé. Por primera vez en la vida me sentí ciego. Estuve en su lugar, me refiero a que supe (o creí saber) aunque sea por un momento, qué sentía ella, pero así y todo yo tenía ventaja: la había visto.

La luz se repuso y el murmullo en el andén se hizo calma y rutina de apretujones y malos tratos. Subimos y comenzamos a andar acompañando los vaivenes del movimiento del subte. Después de un rato de sarandeos y frenadas y empujones y de seguir sumando gotas de transpiración a todo mi cuerpo, vino lo otro, la entrevista con la señora Estela.

Dame dos minutos. Me toca a mí ahora ir allá al fondo. Mientras, servite otra, estoy hablando más que el Papa en Pascuas.

El escritor me había dejado perplejo. No pude sobreponerme del golpe que había recibido hacía unos minutos. Pensé en la chica y su imposibilidad de ver. Pensé en mi amigo y toda la congoja por no haber sido ni siquiera olido por esa chica. Traté de ponerme en el lugar de los dos: Imposible.

No supe imaginar rápidamente cómo seguir la noche de conversación y de escucha con Beto. Pedí una nueva cerveza, volví a llenar mi vaso y el suyo. Pedí también unos Patys para frenar un poco las cataratas de emociones recientes y darle algo más que líquido a nuestros estómagos. Beto no regresaba del baño. El reloj colgado en la columna despintada decía que las dos de la mañana estaban a tres minutos. Beto no volvía y ya había pasado mucho para ser solamente un pis, es más, también era demasiado tiempo para algo más profundo. Le dije a Mario que retardara los Patys hasta que me viera volver del fondo. El pasillo que llevaba al baño estaba todavía más roñoso que el bar. A la derecha había cajones de cerveza viejos y vacíos, a la izquierda estaban las puertas de los baños.

El pasillo era un zaguán sin techo y con pared en fondo oscuro. Me pareció ver un gato husmeando, mirando el cielo de esa noche cargada de estrellas. Pocas veces en mi vida había visto una noche así.

Me acerqué a la puerta del baño y la luz estaba apagada, golpeé y escuché el susurro de Beto: «*Ocupado...* »

Traté de no parecer preocupado, pero mi voz me dejó en evidencia:

—*¿Estás bien, Betún?*

—*¡Claro papá! Solamente estoy tratando de no ver, como en el subte. Quiero entender qué sentía la rubia del tren. Estoy ciego con los ojos abiertos. Quedate tranquilo que estoy sentado en el piso, no me voy a caer.*

Por los tonos y silabeos, la borrachera estaba en un grado de avance indisoluble. Estiraba las frases. Hacía grandes pausas y respiraba bufando.

No supe qué decirle. Me apoyé al lado de la puerta, en la pared, y como el gato del fondo me puse a ver las infinitas constelaciones que nos espiaban a un costado de la gorda luna. Esperé fumando a que Beto saliera. Cuando entramos al bar, pasé por un costado de Mario, que sonreía y gesticulaba.

—*Hacé marchar los Patys, Mario. Dale que tengo más hambre que maestro de escuela.*

Nos sentamos en nuestra mesa, la suciedad del rincón ya no era de destacar. Una nube de humo se paseaba sobre nuestras cabezas y por debajo del cielorraso grasoso. La niebla horizontal se trasladaba desde la ventana hacia el mostrador y a la inversa, dependiendo si el viento venía de la calle o del pasillo del fondo. Casi en un susurro se escuchaba Serú Girán y Mario comenzaba a colocar los vasos recién lavados

boca abajo sobre un trapo seco que había puesto encima del mostrador limpio. Las sillas que daban al pasillo descansaban sobre las mesas con las patas hacia arriba.

Beto estaba ensimismado. Comía despacio y miraba la cerveza. No estaba totalmente borracho, en cuyo caso no hubiera comido absolutamente nada. Me quedé callado en mi silla dejando que el tiempo simplemente siguiera corriendo. Las agujas del reloj se movían rápidamente. Los ojos de Beto seguían rojos, pero ahora con tristeza auestas. Habían vuelto a ser los de antes.

Los Patys fueron un suspiro y Serú seguía de fondo pero Mario ya nos miraba sin gracia.

Beto eructó largo, hurgó en su nariz, desacomodó nuevamente su peinado y dijo resignado:

—*No sé, hermano, la verdad es que todo cambió. Después de esa mañana de lunes, ya nada fue igual para mí. Había pasado los veinte minutos más lindos de toda mi vida, no podía entender que ella jamás me había visto, es más, no podía entender cómo ella siendo tan hermosa no pudiera verse. Fui a la entrevista, me bajé en la estación Diagonal Norte y caminé hasta Esmeralda, hasta dar con el viejo edificio. El portero silbaba y la recepcionista era bastante agria. Estuve tres horas eternas con Estela y dos personas más. Salí con la firme promesa de que volverían a llamarme cualquiera fuera el resultado de la búsqueda. Con el tiempo aprendí que ese es un artilugio para que uno se vaya esperando y convencido que ha dado una buena impresión y tiene posibilidades de ingresar.*

Salí del viejo edificio e hice el camino inverso al de la mañana. Durante el tiempo en que estuve en la entrevista mi cabeza había logrado abandonar la imagen de la rubia. Pero al pisar la vereda se potenció todo lo que había vivido en el

tren. Como en ráfagas, volvía a mi cabeza su preciosísima cara riéndose. ¡Comencé a verla por todos lados, Cachito! Era una locura: ella en la esquina, ella en la tienda, en la ventanilla de ese colectivo que pasaba por Diagonal Norte e iba repleto, en la cola del subte, en todos lados. ¡Una locura!

Me parece que Mario está cansado, paguémosle y vamos a dormir.

Sabía perfectamente que Beto no iría a dormir hasta no terminar de contarme toda la historia. ¿Quedaría algo por contar?

Entre el bar y la casa del escritor había poco más de tres cuadras, por lo que de tener que escuchar un tramo más de la historia, estaba seguro que no sería tanto. Además, Beto no me invitaría a tomar un café a su departamento.

Le pagamos a Mario y no pude precisar si la expresión de alegría de su cara era por la montaña de billetes de dos pesos arrugados que le dimos, o porque éramos los últimos parroquianos en El Sol y podría irse a dormir.

Nuestros cansados y algo tambaleantes cuerpos empezaban a caminar por la vereda cuando las luces del bar se fueron apagando rápidamente. Apenas tuve tiempo para ver la melena canosa de Mario cerrando el local y yéndose en dirección contraria a la nuestra.

Al llegar a la esquina de la plaza, Beto me miró. Estaba cansado, se le notaba en la cara, en las bolsas que se le formaban debajo de sus ojos.

La noche nos envolvía con su brisa tibia. El Sol había cerrado pero no faltaba mucho para que el otro, el de arriba saliera desde el río en busca de un nuevo día. En la avenida no había caminantes, sólo algunos autos con destino incierto. Dimos los primeros pasos en silencio. Nos conocíamos

mucho y sabíamos perfectamente cuándo no era necesario hablar. El escritor nuevamente se había callado e incluso parecía que caminaba con los ojos cerrados. Algún desnivel en la vereda hacía que los abriera y volviera la vista hacia mí o a la avenida, según el caso.

Esperamos a que el semáforo nos diera verde, por pura costumbre. En un minuto y fracción en el que estuvimos mirando el muñequito rojo y tieso, no pasó ni una bicicleta.

Y ahí estábamos, parados en una esquina a las cuatro de la mañana sin decir nada, riéndonos por habernos quedado mirando el muñequito rojo. Al final de tanta carcajada, él dijo:

—*Cacho, aguantá que me meo.*

Comenzó a andar nuevamente. Pasábamos por una lencería con la foto gigante de Araceli González con evidente escasez de ropas, Beto la miró un rato, no sé, dos, tres, diez minutos y empezó a hablar despacio, con calma:

—*Me convidó su ceguera sin darse cuenta. Al principio no lo noté, no sabía claramente qué era lo que pasaba pero con el tiempo empecé a entender que yo no podía ver, no sé, quizás no quería ver, pero era una manera de ponerme en su lugar y sentir esa sensación de que todo era negro, un eterno negro sin luz. Un profundo pozo o un túnel sin salida, como me pasó en el subte ese mismo día en que supe que ella jamás me había visto. Pero, a diferencia de ella, yo veía, me levantaba a la mañana y podía ver el sol y las nubes o la lluvia y las flores, pero lo que no pude hacer más fue mirar a otra chica. Ya no pude.*

Comenzó a caminar por la avenida, a paso lento. Atento, seguí escuchándolo las dos cuadras que nos quedaban hasta llegar al hall del edificio donde vivía. Nos sentamos en las escalinatas de la entrada y prendimos el último cigarrillo. Beto se

descalzó, frotó un pie contra otro mientras seguía hablando:

—Cuando volví a casa, estuve toda la tarde pensando en ella. Me di cuenta que jamás le había puesto un nombre. Traté de acertarle a alguno que representara la belleza y la luminosidad. LUZ me pareció que encajaba perfecto en quien tenía sin saberlo mi corazón en sus manos. Sin ganas de hablar apenas le comenté a mis viejos cómo me había ido en la entrevista; que Estela no era tan vieja, que Gustavo conocía el Passalacqua, que esperara el llamado, en fin...

Decidí a encerrarme a escuchar música y a pensar, recordar, (¿pensar es recordar o al revés?). Necesitaba recordar esos veinte minutos edulcorados, calurosos, ese tiempo de amor. Estaba destrozado sin motivo, me sentía amargado, desconcertado. Me acomodé en la silla frente a mi escritorio y comencé a escribir. Fue una descarga hermosa porque pude escribir todo, absolutamente todo lo que me había pasado, mis imaginaciones, sus miradas, mi alegría, su sonrisa. El talismán de la suerte en mi entrevista.

Anoté todo lo anterior y posterior a dejar que la rubia se fuera así como así.

Borraba y comenzaba de nuevo, ese era el ejercicio, escribir una y otra vez y todas las veces que hicieran falta hasta entender que se fue porque yo no me animé a hablarle. ¿Podés entender, Cachito, hermano? ¡No me animé a decirle que no me importaba su ceguera, que yo quería que estuviera conmigo y que si me permitía, yo sería sus ojos, bailaríamos tango, escucharíamos rock!... Pero me callé. Lo único que dije fue, “cuidado con el hueco del piso” y la ayudé a irse. Caballerosamente, la invité a alejarse de mí.

Pasé toda esa tarde repitiendo hasta el hartazgo las mil y una cosas que pasaron en el viaje, hasta que la noche de ese lunes de diciembre se fue acomodando a mi habitación.

De a poco, muy despacito la habitación fue perdiendo nitidez, los colores fueron perdiendo esencia y terreno, iban tornándose al negro, primero un negro pálido, grisáceo; después oscuro y absoluto negro. Y ya no pude ver nada y así estuve por un rato. No puedo definir qué cantidad de tiempo había pasado hasta que me quedé dormido en esa oscuridad absoluta. Idéntica a la de Luz.

Pero había una diferencia, yo supe que fue cuestión de tiempo para que los colores volvieran a rodearme. Ella no tenía tiempo, su tiempo era oscuro, negro siempre. Quise tranquilizarme pensando que tuvo su momento de colores y vio al sol y a su amada luna, redonda y pálida como la que está ahí arriba y contó estrellas y amó los árboles en otoño y el cielo al amanecer y un arco iris... Hasta que la profundidad de una noche eterna la acompañaría... tal vez por siempre.

Soñé. Esa noche soñé. Esa larga noche oscura duró bastante, duró todas las noches desde aquel día de diciembre hasta esta madrugada. Claro, fue hasta esta madrugada en que algo cambió.

Una mano. Era una mano de mujer que tanteaba mi cama queriendo encontrarme en la oscuridad. Quieto. Me quedé totalmente quieto en mi cama y pude sentir la suavidad cristalina, el perfume a fruta fresca y la ondulación de esos cabellos que no podía verlos rubios, pero sí podía sentirlos suaves.

Ella me tocó la cara y despacio abrí los ojos. La rubia estaba sentada junto a mí, me mostraba sus ojos celestes sin luz y en voz muy baja empezaba a decir:

«Hola, acá estoy. Soy Luz, tu Luz. Beto, vine a buscar tus ojos para que sean mi vista para siempre. Te nece...»

No la dejé hablar, cerré nuevamente mis ojos con todas las fuerzas que pude. Saqué su mano de mi cara y como en un rezo, susurré:

«Gracias por todos estos años de amor silencioso y oscuro, pero necesito ver el sol y las flores, reírme, volver a sentir. Necesito creer que el amor es más que veinte minutos de viaje en un tren y toda una vida de búsqueda. Dicen que el amor es tenaz y vuelve a salir como el sol... y en eso ando.»

La miré, estaba hermosa, con su camisa abrochada apenas por arriba de los senos y llegaba apenas por debajo del cinto que sujetaba los pantalones claros. Pero no llevaba lentes y ahora sonreía triste. Una sonrisa de despedida. Luz acomodó mi almohada, besó suavemente mis ojos, y me dejó solo.

—...

—...

— Me voy a dormir. Me apura el sueño y mi primer noche de soltero.

—Chau, Cacho.

—Chau, Beto.

CURRÍCULUM DEL AUTOR

Tres meses antes de que el hombre pise la Luna, en Resistencia –Chaco– nacía Nelson Oscar Ferreyra. Quiso el destino, la necesidad y sus padres, que dos años después su vida continuara en Villa Corina, Avellaneda. En sus estudios primarios, fue abanderado de la Escuela n° 59 Almafuerte, en la época en que los soldados caminaban por los techos del colegio. La secundaria transcurrió entre rockanroles y planos, recibiendo, después de algunos tropiezos, de Maestro Mayor de Obras.

Corría el año 1989 y hasta ese momento no había nada que lo ligara con la escritura, excepto su gusto por la lectura.

Allá por la mitad de la última década del anterior milenio se muda a Banfield con familia nueva, recibiendo de flamante padre en 1994.

Como, según el mismo dice, “algo debía estudiar”, deja de lado su gusto por la Arquitectura y comienza una larga carrera de Ingeniería, arribando al título de Ingeniero Industrial en el año 2008.

Promediando su carrera universitaria comienza en la escritura. A mitad del año 2001 un texto dedicado al ascenso de categoría del Club Atlético Banfield, es publicado en una revista semi institucional, siendo ésta su iniciación en la materia.

En el año 2009 decide realizar un Taller Literario en el Centro Cultural CETA que se encontraba ubicado en Banfield. De la mano de un gran profesor y entrañable amigo (Rolando Pérez) , pasean por relatos, cuentos, crónicas, odas y poemas. Allí es donde aprende distintas técnicas de escritura y suma a su afición por la lectura a escritores de la talla de Tolkien, Soriano, Dolina, Saer y Conrad, entre otros. Todos distintos

autores que fueron enriqueciendo su escritura. Participa, además, en diversas antologías y escribe para diarios zonales y revistas empresariales. Así como también participa de concursos literarios, siendo premiado en dos oportunidades.

Abajo se detallan sus participaciones.

Antologías:

- De la A a la Z, producción independiente (2011).
- Antología de Editorial De Los cuatro vientos (2012).
- Enrolados en la literatura producción independiente (2014).
- El Banfileño producción independiente (2015).

Concursos literarios:

- SADE (Sucursal Sur) mención de honor por el relato 3 de la mañana.
- Editorial de los Cuatro Vientos Tercer lugar por el cuento “El diez”.

Revistas y diarios:

- Revista El Parque (Quilmes).
- Diario El Banfileño (Distribución local).
- Revista Open Space (Revista institucional).

ÍNDICE

Prólogo	3
Biografía no autorizada del autor de “Entre Banfield y yo” . . .	5
Banfield campeón	9
Un Ramone suelto en Banfield	12
El Diez	16
Eugenia	28
Una noche redonda	31
Un regalo para siempre	39
1978	42
Tres de la mañana	53
De cábalas y destino	55
Cayó piedra sin llover	65
El caso del Viernes	73
Domingo	82
No se puede ser tan gallina	89
Un viejo Adán	92
Un apellido hecho tribuna	121
Paisaje urbanfield	125
La mirada (Novela corta).	129
Capítulo 1: La entrevista	131
Capítulo 2: El bar	138
Capítulo 3: Banfield - Remedios de Escalada	145
Capítulo 4: Remedios de escalada - Lanús	151
Capítulo 5: Lanús - Gerli	156
Capítulo 6: Gerli - Avellaneda	160
Capítulo 7: Avellaneda - Irigoyen - Constitución	167
Capítulo 8: No me va a hacer bien soñarte toda la vida .	174
Currículum del autor	183

*Este libro se terminó de imprimir en el taller de
“EDICIONES INDEPENDIENTES RUBÉN SADA”
de Quilmes Oeste, Prov. de Buenos Aires, en abril de 2018.*



Se ve una calle adoquinada con hojas secas que se amontonan en el cordón; más allá hay una vereda mojada por la lluvia de abril. Hay también montañas nevadas y quizás un estadio de fútbol al costado de una ruta. Un rockero sale de un póster para sumar su música y en un tren, un joven conoce el amor. Una iglesia sobresale del paisaje y él bebe vino en una habitación solitaria. Un purrete asustado va hacia el arco y mira la tribuna Mourriño; 'el Diez', lo

sigue de cerca. En unos pocos años, Banfield sale campeón dos veces y el viejo Adán jamás logró serlo. Las nubes, el sol y la luna son tres amigos que se conocieron en la Escuela Media N°6 y pareciera que 'el Viernes' ya no es sólo un día de la semana.

Lo que lees arriba forma parte de mi libro. Contiene cuentos, relatos y crónicas, donde conviven temas simples y cotidianos como la amistad, el amor, alguna tristeza o alegría, el fútbol y la música. Pasearás por Mendoza o Entre Ríos. O viajarás en el Roca y tal vez te convide a caminar por mi lugar: Banfield.

Es un libro que seguramente podrás leer y disfrutar bajo un árbol, en el tren o un colectivo, en algún avión o por las noches, buscando que el sueño te acepte.

Sin grandilocuencias, Entre Banfield y yo, es, sin más, un libro amigable. Un libro querible, con personajes tradicionales y urbanos, que tiene como común denominador a este pueblo maravilloso del sur del Gran Buenos Aires.

Estas historias me llevaron a algún sitio. Si puedo conseguir que compartas conmigo el viaje, el placer de haberlas escrito será para mí, aún más grande.

Nelson.

